



William Shakespeare

Romeo y Julieta

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

William Shakespeare

Romeo y Julieta

Introducción

La obra cuya traducción ofrecemos hoy a nuestros lectores es una de las más bellas, de las más selectas que encierra el teatro de Shakespeare. Gracia, sentimiento, naturalidad; sublime lenguaje, expresión del amor ardiente que aspira a la correspondencia, del amor correspondido que lucha con la contrariedad, del amor triunfante y satisfecho que pierde improviso el cielo de su ventura; he aquí, en pocas palabras, el cuadro cada vez más correcto que va a entretener nuestra imaginación y a remontar la sorpresa, extasiada y anhelante por las aéreas regiones de lo espiritual.

No tan angélica como Desdémona, no tan gentil como Porcia, pero sí más vehemente, más apasionada, más interesante y conmovedora en sus elevados arranques, la Julieta de Shakespeare caracteriza el tipo bello, perfecto, superior, de la más perfecta, superior y bella sensación del alma. Haciéndola, o bien intérprete de su exquisita sensibilidad, o bien irrecusable testimonio de su rara concepción, el eminente poeta la ha eternizado reina entre sus heroínas, y le ha ceñido el laurel de su nombre inmortal.

Julieta, unificada con Romeo, es la fiel representación de la tragedia del amor, como dice Mr. Guizot, lo mismo que Otelo, lo mismo que Macbeth, arrastrados por sus infernales consejeros, conforman las tragedias de los celos y la ambición.

Lo hemos dicho antes, y no nos cansaremos de repetirlo, por más que la docta pluma de Chateaubriand haya querido consignar diferencias, Shakespeare sobresale sin rival por la pureza y naturalidad de sus creaciones, por la viva y extraordinaria similitud con que retrata los sentimientos humanos. Así como éstos predominan, como se elevan y descienden, como se cambian a merced de impulsos repentinos e indefinibles, así su prodigiosa imaginación los detalla, sin esfuerzo, sin ningún premeditado estudio, sin quitar ni añadir un solo punto a la verdad, postergando siempre a ésta todo ficcioso compuesto, toda floridez y elevación.

Fehaciente testimonio de este proceder son los interesantes caracteres que, aparte el de los protagonistas, figuran en la pieza que traducimos a continuación.

Fray Lorenzo, Mercucio, la Nodriza, Capuleto, cada uno en particular, es tipo de perfección admirable, tipos o pinturas que van ofreciendo al lector contrastes inesperados de pureza y sublimidad, de sencillez y grandeza, siempre adecuados a las situaciones, siempre en analogía con el sentimiento especial que determinan.

El bello protagonista de esta pieza, en cuya repentina mudanza de afecto han querido muchos fundar una crítica severa, sin ver, como dice razonadamente Víctor Hugo, que el nombre de Rosalina es sólo el seudónimo de la belleza ideal que absorbe la mente de aquél; Romeo, meridional en su conducta, meridional en su lenguaje, hijo legítimo de la extremosa Italia, hablando el idioma del Petrarca, puro amorador de sus antítesis, de sus tiernas alegorías, de sus graciosas al par que vehementes comparaciones. Romeo, buscado y hallado por Shakespeare en las leyendas italianas, mantenido italiano con asombrosa maestría, todo italiano en su pasión por Julieta, también oriunda de las regiones del Sur, aparece desde el principio hasta el fin de la pieza tal como el pensamiento, como el alma, como la vida de la inteligencia le buscaran para hacer de él la vida, el alma, la encarnación del amor.

Su graciosa declaración en el baile de máscaras y su más bello e interesante encuentro con Julieta en el jardín de Capuleto, elevan a superiores regiones la más desprevenida imaginación, preparándola sin esfuerzo a las escenas que subsiguen. «¡Oh cara acreencia! mi vida es propiedad de mi enemiga», dice Romeo al saber el nombre de su amada; exclamación únicamente comparable con la breve, expresiva sentencia que muy poco después emite Julieta: «Si está casado, es probable que mi sepulcro sea mi lecho nupcial».

Amantes que en el primer albor de su misterioso y singular afecto se expresan ya de este modo, deben necesariamente producirse como lo hacen en la bellísima escena segunda del segundo acto; deben remontarse a las esferas celestes y hablar el puro, cadencioso idioma de los arcángeles; deben entregarse a esos raptos, a esas expansiones inocentes que brotan de las almas vírgenes, que, rodeadas de extremas castidades, divisan el terrestre paraíso de su felicidad suprema. Romeo tiene que dejar a su Julieta; nada le importa que le sorprendan, nada puede temer de sus enemigos los Capuletos, nada de su encono, si la mirada de su bien se dulcifica; mas tiene que partir y apartarse de su edén querido, como el amor del amor se aleja, como el niño que vuelve a la escuela, con semblante contrito. Su alma, empero, le llama por su nombre, y cautivo de trenzadas ligaduras, dócil azor, vuelve a renovar la sabrosa y amante plática, deseando al terminarla ser el sueño y la paz, para, paz y sueño, aposentarse en el corazón y los ojos de Julieta.

¡Qué imágenes, qué ideas éstas tan encantadoras y bellas, tan propias de la situación, tan en armonía con los puros sentimientos de los dos amantes! Todo nuevo, todo original del poeta, está sin embargo escrito en la conciencia del individuo, y el que lo siente, el que lo oye, juzgándolo natural y propio, se pregunta si no lo ha escuchado o sentido otra vez, si es posible que se diga o se sienta de otro modo.

Y sin embargo, pálida aparece seguramente esta graciosa escena, comparada con la más dulce, más tierna, más encantadora de la despedida de Romeo y Julieta.

Los primeros resplandores del día orlan en Oriente las nubes crepusculares, las antorchas de la noche se han extinguido y el riente día trepa a la cima de las brumosas montañas: los dos esposos, cobradas ya las primicias de su misteriosa unión, tristes en medio de su fugaz ventura, platican tiernamente, prolongando en lo posible el acuerdo de su amoroso deseo. La luz que se distingue no es para Julieta la luz de la aurora, es sólo la luz de algún meteoro que el sol ha exhalado para servir de conductor a su dulce bien; la voz

que ha penetrado en los oídos de éste es la del ruiseñor, cantante de la noche, no la de la alondra anunciadora del día. Romeo comprende lo contrario, ve la inmediata necesidad de partir, mas prefiere ser sorprendido por complacer a su adorada, y conviene al fin en que el gris resplandor de la mañana es sólo el pálido reflejo de la frente de Cintia. Dulce, encantadora con descendencia, que seduce más por la sencillez, por la propiedad de su expresión que por otra cosa; idea no nueva ni extraordinaria seguramente, sí extraordinaria y nueva por su forma, por el conjunto en que se envuelve, por la atmósfera de que brota. Esta atmósfera y este conjunto, combinación de gozo y de melancolía, de inefable dicha y de pesar profundo, efecto de una satisfecha esperanza y de una esperanza desvanecida, engendra, si no los primeros, los más reales, los más consistentes y tristes presentimientos en el alma de los dos amantes. Ya no es una simple, infundada, particular frase, cual la emitida por el taciturno Montague al entrar en la mansión de Capuleto, es sí una doble, idéntica sensación de funesto porvenir, en que la vista y la imaginación se aúnan para dejar más honda huella y hacer más esperado, más indefectible el romántico, solemne, moral y grandioso desenlace de la tragedia. «Ahora, que abajo estás -dice Julieta al mandar su postrer adiós a Romeo-, me parece que te veo como un muerto en el fondo de una tumba, o mis ojos se engañan, o pálido apareces». «Pues de igual suerte te ven los míos -contesta el infeliz desterrado-; el dolor penetrante deseca nuestra sangre».

Esta despedida, lo volvemos a decir, prepara admirablemente la sublime escena del cementerio, escena en que Shakespeare, dejándose arrastrar por su poderoso genio, arrebatando a los héroes de su tragedia el florido y dilatado idioma que les hace hablar desde el principio, prestándoles en cambio la concreción, el laconismo de la raza sajona, la ruda y vigorosa imaginación del Norte, los coloca a la altura del drama horrible en que figuran, haciéndoles propios, dignos representantes de él. ¿Quién, sino un consumado maestro, hubiera así roto de improviso todas las reglas, tan largo tiempo continuadas?

«Aléjate de aquí -dice Romeo a Baltasar así que llega a la tumba de su amada-, y haz cuenta que si, receloso, vuelves para espiar lo que tengo el designio de llevar a cabo, te desgarraré pedazo a pedazo, y sembraré este goloso suelo con tus miembros. Como el momento, mis proyectos son salvajes, feroces, mucho más fieros, más inexorables que el tigre hambriento o el mar embravecido».

Este rudo, preciso y aterrador discurso viene a ser un anticipado resumen de lo que va a sucederse en el cementerio. El alma de Romeo, toda entregada a un pensamiento, al pensamiento, a la idea de reposar al lado de Julieta, no intenta mostrarse inflexible sino en la ejecución de su designio. El triste desventurado amante no guarda odio ni resentimiento alguno, no va armado de rencor o venganza; la fiera resolución que le domina sólo atañe a su persona, no va más lejos, y con tal que no le estorben, será manso cordero para los extraños, corriente sin olas para sus mismos contrarios. La privilegiada imaginación de Shakespeare, que a menudo, tras una frase ligera, tras una idea incompleta, tras una simple palabra, deja adivinar un segundo pensamiento, una perfecta sucesión de cosas, en la entrevista de Romeo con el Boticario, en la despedida de aquél y Baltasar, hace ya ver de un modo notorio los benignos sentimientos que germinan en el corazón de su protagonista, elevando por medio de esta mezcla de dulzura y fortaleza, de desesperación e indulgencia, el carácter del héroe principal de su tragedia. El que disculpa y hasta defiende la venalidad del mísero droguista, el que no halla una voz de injuria para tildar el aparente olvido de

Fray Lorenzo, el que tiene en cuenta la bondad de su sirviente en el supremo instante de darle el último adiós, el que poco más adelante implora perdón del propio Tybal, a quien ve reposando en su sangrienta mortaja, debe a la fuerza dirigir a Paris las concretas frases con que paga sus insultos: «Te amo más que a mí mismo, vive, y di, a contar desde hoy, que la piedad de un furioso te impuso el huir».

Pero el prometido de Julieta, despreciando las súplicas de este sublime demente, se empeña en contrariarle, y se hace él propio víctima de su persistente afecto y de su injusta acusación. Muere, pues, a manos de Romeo, y Romeo, su matador, no se encoleriza ante la sangre que ha vertido; por el contrario, se lamenta del hecho, y siempre rebosando conmiseración, cumple la postrera voluntad de Paris, y siempre luchando con la indispensable idea de su suplicio, juzgándose perdido para el mundo, muerto llamándose, deposita a la muerte en la esplendente tumba de su amor.

¡Su amor! ¡Oh! ¡Qué ideas brotan de la calenturienta mente de Romeo al contemplar de nuevo a la que llena su alma toda! «¡Amor mío, esposa mía! -la dice-; la muerte, que ha extraído la miel de tu aliento, no ha tenido poder aún sobre tu beldad: no has sido vencida; el carmín de la belleza luce en tus labios y mejillas, do aún no ondea la pálida enseña de la muerte. -¿Por qué luces tan bella aún?»

Este preciso, arrobador lenguaje, éste, sin duda, raro modo de pintar un tal conjunto de encontradas emociones, todas ellas respirando pureza, naturalidad y vigor, esta sublime contemplación de la belleza en la muerte, quizá no alcance el artificio y refinamiento de la exquisita pintura del Petrarca, pero le excede en robustez y verdad. Laura y Julieta, ambas envueltas en el blanco sudario de la tumba, son dos tipos casi uniformes, que han eternizado dos plumas maestras; son dos efigies sorprendentes, que han desposeído a la muerte de sus negros horrores; dos primorosos modelos terminados por insignes pinceles, representando un argumento mismo, sin rival el uno por la suavidad de sus toques, sin ejemplar el otro por la pujante verosimilitud de su colorido; son, en verso, cuadros de amor tan bellos y distintos, como en prosa, los patrióticos cuadros trazados por las inmortales plumas de Demóstenes y Cicerón.

¿A quién, sino a Shakespeare, se le hubiera ocurrido, en el supremo instante de finalizar su brillante tragedia, el caprichoso cúmulo de conceptos que, sin suspender el rápido curso de la acción, la conducen asombrando siempre a su desenlace? Inagotable como una corriente caudalosa que, desbordando a trechos, conforma y alimenta profundos matices en su carrera, sin menguar en su poderosa desembocadura; prestando eterna vida a sus creaciones, comparables según Lamartine a los vírgenes bosques de las orillas del Mississipi, que rebosan perenne frondosidad; la mente, el genio fecundo del inmortal poeta, después de haber puesto en boca de sus protagonistas los mil bellos, selectos discursos que hemos citado ya, halla nuevas y más extraordinarias locuciones que darles, nuevos y más admirables, más robustos, más precisos, más adecuados conceptos, conquistadores de imperecedera fama. La belleza de Julieta, su aspecto de vida en brazos de la muerte, despierta un mundo de ilusión, de celosa duda en la imaginación de Romeo. «¿Debo creer -la dice entonces-, dominado por la ferviente llama de su amor-, debo creer que el fantasma de la muerte se halla apasionado, y que el horrible descarnado monstruo te guarda aquí en las tinieblas para hacerte su dama? Temeroso de que así sea, permaneceré a tu lado

eternamente, y jamás tornaré a retirarme de este palacio de la densa noche. Aquí, aquí voy a estacionarme con los gusanos, tus actuales doncellas; sí, aquí voy a establecer mi eternal permanencia y a sacudir del yugo de las estrellas enemigas este cuerpo cansado de vivir».

Extraña, fantástica, pero última y sublime emanación de un alma, cuya vida se hallaba concentrada en la vida, en el alma, de la que supo tornarle el alma y la vida, de que se hallaba carente.

El carácter de Romeo, de una ternura excesiva, que casi, según Hallam, pudiera tomarse por afeminamiento si el varonil coraje con que venga la muerte de Mercucio no hiciera ver otra cosa, se ha pretendido determinar por cierto ilustre crítico como la viva encarnación del infortunio. Según el escritor citado, la fatalidad acompaña sin cesar al joven Montague, y cuanto bueno intenta hacer, se trueca por su intercesión en desastroso y funesto. ¿Es esto verdad? Mr. Maginn confunde ciertamente la falta de prudencia con la falta de fortuna. El genio impaciente y ardoroso de Romeo, que se presta admirablemente al desarrollo del importante y especial papel que representa en la tragedia, no pudiera en diverso sentido arribar al culminante desenlace que le es propio. Una mente reflexiva, un espíritu frío jamás puede prestar alimento a una pasión exaltada, y un amor vehemente tiene a la fuerza que ser ciego y dejarse arrastrar por las vertiginosas corrientes de la exaltación. La fatalidad no es la inseparable compañera del protagonista; la fatalidad es el preciso, adecuado y moral fin de la tragedia. Romeo no lleva el infortunio a la mansión de los Capuletos; el inveterado rencor de las dos nobles familias de Verona es la causa verdadera y determinante de los sucesos que ocurren; Sansón y Gregorio lo predicen desde el comienzo de la primera escena. El joven Montague, perdido y desesperado, en vez de contrariedad, halla ventura al lado de Julieta, se cura de sus antiguos errores, y en alas de una suerte propicia, recibe pronta correspondencia de su amada, la habla sin ser visto en el jardín, después del baile, y lleva a cabo su enlace con ella, sin que ninguna contrariedad se le presente. La muerte de Tybal sólo le ocasiona un destierro, y aun ya desterrado, logra llegar al pináculo de la dicha y salir para Mantua, sin dar con nadie en su ruta. El que tanto alcanza, el que halla siempre en sus cuitas un amigo y protector religioso que le tiende la mano, el que se aparta de su amor llena el alma de consuelos y esperanzas, no puede ser, no puede determinar la encarnación del infortunio. Romeo, vástago de una imaginación meridional, sin duda engendro de un amor perdido en la noche de los tiempos, educado en extranjero clima y por preceptor extranjero, sin variación de sentimientos, pero con ganancia de virilidad, extraordinario compuesto de dulzura y de fuerza, figurando en medio de los múltiples contrastes que amolda el elevado y caprichoso genio de Shakespeare, es, a semejanza de las escenas que le imprimen movimiento, melancólico o expresivo, severo o jocoso, débil o fuerte, nuncio de desventuras o felicidades, sólo inmutable en el dominante sentimiento de su pasión, que es el que realmente constituye la base de su carácter.

Inocente y sencillo, lo propio que Julieta, lleno como ésta de bondad, ambos amantes se conquistan la general simpatía; todos les quieren, todos desean su bien y todos, deseándolo, les conducen por medios extraordinarios a la fatal pendiente de su destino. La fatalidad, como lo hemos dicho, es la base moral de la tragedia, la ley a que en común se obedece; cuantos personajes figuran en aquella, contribuyen sin pensarlo a este indispensable fin.

La importante figura de Fray Lorenzo resalta notablemente y es un acabado tipo de humano conocimiento, de bondad admirable. «La filosofía del monje -escribe Mézières, es sólo el juicio que pronuncia el poeta; cuando habla, oímos lo que éste se dice en voz alta a sí mismo, comunicándonos los resultados de su experiencia personal y las conclusiones a que le ha llevado el conocimiento del mundo. Profundo en el estudio de la humana naturaleza, penetra sus debilidades, sus contradicciones, sus impacientes deseos, y sin mostrarse ni indiferente ni tirano para con sus propias hechuras, sonrío ante su extravío, se lastima de su debilidad, las amonesta a veces llamándolas al deber; pero siempre lleno de compasión, extiende al fin su mano protectora, y con sabios consejos invita a la conformidad. Sin ser joven ni exaltado cual sus héroes, ama la juventud, excusa la pasión y su alma noble y generosa acepta las causas de aquéllos a quienes condena su razón».

Este bosquejo que rinde merecido tributo al inmortal poeta, compendia en pocas frases el venerable carácter de Fray Lorenzo. Ministro evangélico, ministro de la caridad y de la ciencia, se parece bien poco -como dice acertadamente Víctor Hugo-, al monje ignorante, engañador y trapacista que han puesto en evidencia Boccaccio y Rabelais. Sin ser mágico, como el Lorenzo de la leyenda italiana, puede augurar, en fuerza de su ciencia profunda; sin ser ligero, sin ser confiado, como el sacerdote del drama impreso en 1597, puede acordar su anuencia a la unión de los amantes, basándose en un fin altamente provechoso e invocando la intervención celeste para desvanecer sus escrúpulos.

Cuanto dice y opera el monje desde que entra en escena, va envuelto en una tal atmósfera de grandeza y filosofía, de rectitud y experiencia, de abnegación y de bondad, que atrae por completo la atención, desviándola poderosamente de todo otro motivo. Desde que se le oye, se adivina el importante papel que está llamado a representar en la tragedia, se comprende todo el alcance de su ciencia, todo el poder de su intervención, y cada uno de sus elevados axiomas, de sus conclusiones sorprendentes, son brillantes compuestos que contribuyen a la excelsitud de la pieza.

Si las dimensiones en que debemos encerrar este prólogo no fueran inconveniente, citaríamos aquí toda la escena tercera del acto segundo. La singular descripción de la aurora que pone Shakespeare en boca de Fray Lorenzo, el gracioso cuanto exacto símil con que éste finaliza su monólogo, los dulces, sencillos y oportunos cargos con que reprocha el monje la inconstancia de Romeo, todo, sí, instruye y encanta a la vez, puro contraste, no de lágrimas e hilaridad como en la escena final del acto, sino de majestad y sencillez, de sublimidad profunda y gracia encantadora.

La tercera eminencia del drama no ha sido, empero, hasta aquí sino bosquejada a medias; las maestras pinceladas que van a darle vida imperecedera en el lienzo colosal donde ya aparece, comienzan en la escena cuarta del acto segundo, Romeo, mudo y febril, no cuidadoso de otra cosa que de su pronto enlace con Julieta, penetra, devorando su impaciencia, en la celda del monje: Fray Lorenzo, pensativo, pero determinado, midiendo con calma la gravedad de la situación, viene a su lado. Su alma, está en Dios, su alma pide al cielo que presida el pacto sacrosanto que va a celebrarse, para que la conciencia no le reproche en las horas venideras; pero Romeo no es capaz de apreciar esta solemne invocación; para él la presencia de su amante es la suma felicidad, el contemplarla un breve instante compensa todos los futuros dolores, enlazado a su bien, nada le importa que la

muerte, vampiro del amor, despliegue su osadía; llamar suya a Julieta es su único afán. ¿Qué entiende de remordimientos la volcánica fantasía del exaltado joven? «¡Ah! esos violentos trasportes -exclama al oírle el filósofo franciscano-, son como el fuego y la pólvora, que, al ponerse en contacto, se consumen. La más dulce miel, por su propia dulzura, se hace empalagosa y embota la sensibilidad del paladar. El que va demasiado aprisa, llega tan tarde como el que va muy despacio». Breves, proféticas expresiones que sirven de fiel preámbulo a la fatal conclusión del drama.

Realizada la unión de los amantes, no vuelve a presentarse el monje hasta la escena tercera del siguiente acto. Pero ¡en qué circunstancias tan difíciles! Graves acontecimientos han tenido lugar en pocas horas. Romeo, insultado groseramente en las calles de Verona, detenido en medio de su felicidad por el fatídico rencor de un encarnizado enemigo de su linaje, paciente primero, después desesperado, ha tenido que vengar la muerte de su íntimo confidente, de su hermano de juventud, de su leal compañero Mercucio, cortando la vida de Tybal, el predilecto pariente, el más querido primo de la noble Julieta. El Príncipe, lleno de amarga pesadumbre, cansado de ver holladas las leyes, influido por los Capuletos, violentando su indulgente carácter, ha dictado un fallo de destierro; y el nuevo consorte, que aún no ha gustado las primicias de su amor, el infeliz victorioso, que maldice su infeliz estrella y comprende su infeliz percance, ha buscado refugio en la celda del religioso, en el humilde albergue de su cariñoso protector.

Enterado de todo por Romeo, el monje ha salido en busca de noticias, y vuelve con ellas. Su alma, llena de resignación y filosofía, no presiente sin duda la espantosa tormenta que está a punto de estallar; su despejado juicio, aleccionado por la experiencia, al saber el mal, ha pensado en el remedio, y la esperanza del bien futuro se mezcla ya en su corazón con el dolor del infortunio presente. Así, pues, cuando el inquieto amante, estimando en menos la vida que el terrible pesar que le oprime, inquiere la resolución del Príncipe, el buen sacerdote le contesta sin vacilar: «Un fallo menos riguroso que el de muerte ha pronunciado su boca. De aquí, de Verona, estás desterrado. No te impacientes, pues el mundo es grande y extenso».

Al oír estas frases, la exaltación del joven se desborda.

«Fuera del recinto de Verona -exclama-, el mundo no existe; solo el purgatorio, la tortura, el propio infierno. La proscripción es la muerte con un nombre supuesto: llamar a ésta destierro, es cortarme la cabeza con un hacha de oro y sonreír al golpe que me asesina».

La tormenta ha estallado, la lucha se halla en su primer período de crecimiento, y antes que el poderoso timón de la sabiduría arrumbe la débil nave combatida, enormes oleadas de loco frenesí deben jugar con ella a su capricho.

«El destierro es un suplicio, no una gracia -prosigue diciendo Romeo-: el paraíso está aquí, donde vive Julieta. ¿No tenías, para matarme, alguna singular mistura, un puñal aguzado, un rápido medio de destrucción, siempre menos vil que el destierro? -Tú no puedes hablar de lo que no sientes. Si fueras tan joven como yo, el amante de Julieta, casado de hace una hora, el matador de Tybal, si estuvieses loco de amor como yo, y como yo desterrado,

entonces podrías hacerlo, entonces, arrancarte los cabellos y arrojarte al suelo, como lo hago en este instante, para tornar la medida de una fosa que aún está por cavar».

La excepcional disposición de Romeo, con tan vivos y naturales colores reflejada, habría hecho de seguro sucumbir a la ciencia si el genio siempre inagotable de Shakespeare no se alzara omnipotente, para continuar elevando sin medida la actitud de sus grandiosos personajes. Sublime es la que muestra el desdichado amante; la voz de la Nodriza, las concretas, desgarradoras frases vertidas al entrar han puesto el colmo a la desesperación de Montague; el dulce bien por quien su alma suspira llora y gime cual él, el nombre de Romeo la aniquila, lo propio que el disparo de un arma mortífera. ¿Cómo resistir a esta idea? «¡Oh! dime, religioso, prorrumpe el joven en su parasismo, dime en qué vil parte de este cuerpo reside mi nombre, para que pueda arrasarla odiosa morada».

La borrasca ha llegado a su más culminante punto: un momento de duda, un instante de perturbación, y el propio acero que ha pasado el pecho de Tybal irá a hundirse en el de su contrario.

La solemne voz de Fray Lorenzo previene el golpe: su discurso, enérgico al principio, reflexivo después, manantial de indulgentes esperanzas a lo último, todo lo convierte a efecto de una magia irresistible: «Detén la airada mano -dice a Romeo-. ¿Eres hombre? Tu figura lo pregona, mas tus lágrimas son de mujer y tus salvajes acciones manifiestan la ciega rabia de una fiera. ¡Bastarda hembra de varonil aspecto! ¡Deforme monstruo de doble semejanza! me has dejado atónito. ¿Por qué injurias a la naturaleza, al cielo y a la tierra? Naturaleza, cielo y tierra te dieron vida, y a un tiempo quieres renunciar a los tres. Haces injuria a tu presencia, a tu amor, a tu entendimiento: con dones de sobra, verdadero judío, no te sirves de ninguno para el fin, ciertamente provechoso, que habría de dar realce a tu exterior, a tus sentimientos, a tu inteligencia. Tu noble configuración es tan sólo un cuño de cera, desprovisto de viril energía; tu caro juramento de amor un negro perjurio, que mata la fidelidad que luciste voto de mantener; tu inteligencia, este ornato de la belleza y del amor, contrariedad al servirles de guía, prende fuego por tu misma torpeza, como la pólvora en el frasco de un soldado novel, y te hace pedazos en vez de ser tu defensa. ¡Vamos, hombre, levántate! tu Julieta vive, -un mar de bendiciones llueve sobre tu cabeza, la felicidad, luciendo sus mejores galas, te acaricia; -ve a reunirte con tu amante».

¿Cómo desatender tan vigoroso lenguaje? ¿Cómo desoír la potente argumentación del veraz amigo y consejero? ¿Cómo rechazar, en fin, la seductora tentación de correr a las plantas de Julieta, sólo castigo impuesto por el monje a sus injustos, frenéticos arranques?

La calma ha vuelto a los agitados espíritus, y esta milagrosa conversión debe recibir el merecido encomio. «Me habría quedado aquí toda la noche para oír saludables consejos», dice la Nodriza. «Si una alegría superior a toda alegría -agrega Romeo-, no me llamara a otra parte, sería para mí un gran pesar separarme de ti tan pronto». Sencillas, encantadoras frases con que cierra admirablemente Shakespeare esta borrascosa escena.

Como última de las muy notables en que resalta la figura de Fray Lorenzo, citaremos la primera del acto cuarto. Los padres de Julieta, tergiversando la poderosa causal que ocasiona el acerbo pesar de su hija, atribuyendo a la muerte de Tybal su continuo lloro, han

resuelto desposarla con Paris, y ya fijado en esto el intransigible Capuleto, el noble anciano, que tan bien aúna lo caballeroso y lo cortés a lo pertinaz y lo dominante, es inútil toda resistencia. Romeo ha partido para Mantua, la indulgente y buena Nodriz, ayuda hasta allí de la afligida joven, ha repentinamente de parecer, y ya harto comprometida, se niega a patrocinar sus amores. Lady Capuleto defiende al conde su sobrino y odia a Montagüe, ¿A quién acudir? Propicio confidente del misterioso enlace que une los destinos de Julieta, sólo queda el monje franciscano; sólo, sí, en la celda de Fray Lorenzo puede aquella encontrar el consuelo y la protección que necesita.

Las circunstancias son, empero, difíciles, y sólo acudiendo a un extremo recurso es dable salvar el conflicto en concepto del sabio religioso. Su joven protegida llega a él armada de valor y resolución, dispuesta a darse la muerte antes que su mano, unida a la de Romeo, sirva de sello a otro pacto. Nada asusta a la fiel y enamorada consorte: precipitarse desde lo alto de una torre, discurrir por las sendas de los bandidos, velar donde se abrigan serpientes, encadenarse con osos feroces, permanecer durante la noche en un osario repleto de rechinantes esqueletos, de fétidos trozos de amarillas y descarnadas calaveras, ser envuelta con un cadáver en su propia mortaja, todo lo osara, a todo está pronta para conservarse la inmaculada esposa de su dulce bien.

La profunda experiencia del monje, el gran conocimiento que tiene de las yerbas y las plantas, le han hecho poseedor de un misterioso narcótico, de un brebaje eficaz que opera el exacto símil de la muerte. Tenida por difunta, Julieta no será nuevamente desposada, el furor de Capuleto no se hará extensivo a nadie, Montagüe podrá reunirse secretamente con su amada, y un día quizás, terminadas las contiendas de los parientes, revocado el fallo del Príncipe, una dicha y ventura general se extenderá a todos.

Así piensa en su interior Fray Lorenzo, mientras que la arrebatada joven invoca su auxilio. El aparente ánimo de ésta le provoca; pero ¿tendrá la fuerza, la calma y la tranquilidad necesarias en el crítico instante de la ejecución? Indispensable es de ello a todo trance y para evitar un compromiso supremo. Sí, lo es; y he aquí la causa de la minuciosa, de la terrífica relación que hace a su protegida el sabio franciscano.

Rasgo maestro que todos reconocen, doctas plumadas que encierran todo lo docto y maestro que, de maestro y docto, pueden encerrar los maestros rasgos de un ingenio privilegiado.

Shakespeare se muestra en la descripción de que hablamos tan profundo fisiólogo como inteligente conocedor de la época que retrata, e injurian su nombre, injurian su saber, hasta desconocen su genio los que, no hartos pacientes para estudiarle u ofuscados por su inmensa claridad, han pretendido recurrir al campo de la interpretación para darse cuenta de la belleza y propiedad que encierra este final escénico.

Otra notable figura de la tragedia es la de Mercucio, personaje de la entera creación de Shakespeare, nacido de su fantasía, puro compuesto de las dotes más singulares. Contraste de Romeo, hombre descortés, presuntuoso, increyente, pero siempre humorista, gracioso y satírico, ayuda admirablemente al realce y buen desarrollo del drama, prestándole importantes componentes, de que carecía en su origen. Amigo y confidente del

protagonista, perenne compañero del bueno y amable Benvolio, a entrambos ama y con entrambos se concuerda admirablemente, sin excusarlos por ello de sus picantes jocosidades. Franco en demasía, su propia franqueza le excusa; licencioso oportuno, despeja de celajes las dudosas situaciones; atrevido y valiente, es el verdadero representante de la causa de los Montagues y el real y positivo adversario de Tybal, el intransigible defensor de los Capuletos.

Mercucio conoce todos los refranes, todas las extrañas relaciones, todas las agudezas que pueden aplicarse a una situación determinada, y los ensarta sin piedad ni compasión para satisfacer su incesante afán de hablar, cuidándose poco o nada de los sentimientos que ataca, de la gravedad o importancia de las personas que le oyen. A las puertas del palacio de Capuleto, enristra con Romeo, se burla de su amor, combate sus escrúpulos, y tomando pie de una confesión inocente y natural, se aferra al aéreo carro de la reina Mab, y le sigue incansable por las mil extrañas revueltas del fantástico sueño. Una advertencia de Benvolio le remonta al más original espiritismo, y le hace descender a la más grosera conclusión; la vetusta faz de la Nodriza desata su lengua licenciosa; una pura reconvencción de Tybal presta pábulo a sus sarcásticos insultos y le lanza a la lucha. Herido de muerte por su contrario, ni se alarma, ni cambia de habitud; la estocada, que le ha llegado a través del brazo protector de Romeo, no es tan profunda, en su concepto, como un pozo, ni tan ancha como una puerta de iglesia, pero hará ciertamente su efecto. Tal es, tal se muestra Mercucio desde que empieza hasta que concluye: la burlona sonrisa, el dicho agudo, no le abandonan ni en el crítico instante de perder la vida; esencia de su naturaleza extraordinaria es la mofa, y por eso, al concluir, no teniendo de quién burlarse, se burla de sí mismo. «Crémelo -dice a Romeo-; para este mundo estoy en salsa. ¡Maldición sobre vuestras dos familias! Ellas me han convertido en pasto de gusanos».

Según un muy respetable crítico, Mr. Dryden, Shakespeare se vio en la necesidad de matar a Mercucio en medio de la pieza, para que Mercucio no acabase con él; pero en esto hay falta de verdadero criterio. El inmortal poeta, que ha sabido presentar, desenvolver y llevar felizmente a conclusión otros tan difíciles caracteres como el de que ahora nos ocupamos, habría podido, variando de ánimo, dar vida más duradera al amigo y compañero de Romeo, sin riesgo de sucumbir. «La muerte de Mercucio -dice Johnson-, no ha sido en manera alguna precipitada; ha vivido el tiempo que le estaba asignado en la construcción de la pieza». Su fin -añade Víctor Hugo-, no es un accidente intempestivo, resultado de un súbito capricho, de una imaginación fatigada: es el acontecimiento necesario, de donde debe surgir el desenlace. Tybal tiene que matar a Mercucio, a fin de que Romeo mate a Tybal».

El papel de la Nodriza, secundario ciertamente, llama sin embargo la atención por la extrema propiedad de que le ha revestido la suprema concepción del poeta. El vulgo -como dice con harto juicio Mr. Taine-, jamás sigue una directa línea de razonamiento; vagando entre cien incidentes, dando vueltas alrededor de una idea, produciendo infinitas repeticiones, llevado sin cesar a la senda del último pensamiento que cruza por su mente, se afana horas tras horas por alcanzar una sonrisa, y conseguida, no puede sufrir que se le escape. Este exacto, este verdadero símil del vulgarismo, se ajusta admirablemente a la madre Prudencia: ella quiere, ella ama a Julieta porque la ha criado, y no puede prescindir, por lo tanto, cuando la hablan de la infancia de su niña, de ensartar las viejas, las mil veces

contadas ocurrencias de su crianza. Deténganla o no en su relato, las produce; deténganla o no, las comenta; y al comentarlas, olvida por completo el asunto que ha dado margen a la historia, y sólo viene a él cuando, ya fatigada la lengua, sin otra recompensa que su propia hilaridad, tiene necesidad de reposo.

Impúdica, licenciosa, de buen corazón, mezcla de pronunciado cinismo y de ridícula dignidad, sensible y egoísta a un propio tiempo, atrevida, medrosa y voluble según las circunstancias, patrocina durante los dos primeros períodos del drama los amores de Julieta; es la secreta y activa confidente del matrimonio de Romeo, la fiel mensajera de los infelices esposos, la ciega admiradora y panegirista de Fray Lorenzo. Contraria de Tybal, lamenta su muerte con penetrantes chillidos, le ensalza hasta las nubes, reniega de su asesino y concluye por traer a éste a la alcoba de Julieta. Censora del paterno abuso, falta de tacto y penetración para apreciar el grado de familiaridad que Capuleto le dispensa, cree poder mezclarse en los serios y graves asuntos de la familia; y al verse humillada, al sentirse deprimida por el orgulloso imperio de su señor, en vez de rebelarse, empequeñece, en vez de fortaleza cobra miedo, y olvidando cuanto ha hecho en pro de Julieta, sin medir los compromisos que la envuelven, cambia repentinamente de idea, y después del borrascoso final de la escena quinta del acto tercero, da por todo consuelo, a su protegida que se case con Paris.

El carácter de la Nodriza, lo decimos de nuevo, se halla correctamente dibujado. Es el fiel tipo de esas viejas, asquerosas, consentidas serviciales de las grandes familias, a quienes por habitud se sufre, a quienes, en fuerza de su misma antigüedad, se consulta en los caseros asuntos, a quienes odian y maldicen los criados. Shakespeare, con la charla la ha dado el origen, con el asma le ha impreso el ridículo, con lo mudable, la condición esencial de su carácter. Para acudir a la terrible prueba del narcótico, preciso era que Julieta se viese desamparada de todos, que sólo hallara recurso en la profunda ciencia de Fray Lorenzo. El postrer consuelo de la joven acababa de naufragar; la fuga de la casa paterna era imposible. La impudente negación de la aya debía precisar la verosimilitud dramática, y este magnífico toque no podía escapar al maestro pincel del gran poeta.

Y aquí viene de punto hablar sobre el carácter de los esposos Capuletos. Algunos críticos han tachado a Shakespeare el no haberlos representado con más dignidad y elevación de conducta, considerando impropio de su alto linaje la casi jovial grosería que ostentan de ordinario y la innatural impiedad con que tratan a su hija. Los que tal sostienen, olvidan seguramente que esa acritud, que esa obstinación, son el principal justificante de Julieta. Joven, pura e inocente, arrastrada por el amor sublime a los mayores extremos, ¿cómo pudiera, sin sentir dureza semejante, arribar hasta el suicidio? El genio duro, pertinaz y déspota de Capuleto es el que requiere el jefe de la enemiga casa de Montague para mantener el odio tradicional de tu familia, es el que demanda la suprema decisión del monje franciscano, es el que exigen, la concentrada cólera de Tybal, el indiferentismo de Lady Capuleto y el inesperado, cínico cambio de la Nodriza. Dulce, benigno, indulgente, a más de hidalgo y caballero, nadie habría temido al padre de Julieta, todo se hubiera trocado en lo contrario, esta exquisita pieza no llevaría el nombre de tragedia.

Shakespeare todo lo ha medido, todo lo ha pesado concienzudamente en ella; su genio poderoso ha revestido de tales encantos, de tal propiedad, grandeza y similitud este

seductor compuesto, que ha desecado los manantiales que contribuyeron a darle vida. ¿Qué son hoy las tradiciones, las leyendas, los poemas, que antes del drama presente ya exaltaban este episodio de amor sublime? Si se citan, si se comentan, si se buscan, a Shakespeare lo deben; los nombres de sus héroes despiertan siempre la memoria de este inmortal maestro.

Y, sin embargo, lo acabamos de apuntar ahora mismo, y lo hemos también dicho al comenzar el prólogo, Shakespeare buscó en fuentes extrañas el argumento de su magnífica composición. Los nombres, incidentes, situaciones, la mayor parte de los detalles y caracteres que aparecen en la historia de que hablamos, se encuentran en otros libros igualmente determinados.

Luigi da Porto, oficial oriundo de Venecia, los compiló en una novela que vio la luz en 1535, seis años después de su muerte, aseverando que le fueron contados por un tal Peregrino, viejo arquero de su regimiento, que le hizo compañía en cierto viaje de Gradisca a Udina, a través de los entonces devastados caminos del Frioul. Según el relato de Da Porto, el triste suceso de Romeo y Julieta tuvo lugar a principios del siglo XIII, cuando Bartolomeo de la Escala era señor de Verona. La sangrienta rivalidad de los Montescos y Capuletos, la entrevista de los amantes, el injusto desafío de Tebaldo, su inmediata muerte, el destierro de su matador, la intervención del monje franciscano, la entrega y toma del narcótico, el terrible sopor de Julieta, su enterramiento en el cementerio de San Francisco, la trasmisión de esta noticia por conducto de Pedro, el suicidio de Romeo, forman en compendio el contenido de la novela citada, que en su parte final ofrece el doloroso cuadro del reconocimiento de los esposos.

Veinticuatro años después del fallecimiento de Da Porto, y diez y ocho a contar de la publicación de su *Giulietta*, un acreditado romancista, el monje dominicano Mateo Bandello, hizo reaparecer en un nuevo libro, compilación de cuentos, dado a la estampa en Luca, el relato anterior, que, contentivo de reformas y adiciones de poca monta, logró pasar como de su propia inventiva. Este libro obtuvo un gran éxito, y de aquí seguramente el que Pedro Boisteau, de origen bretón, se hiciera de él y trasladara a su idioma la trágica relación de Romeo y Julieta, introduciendo en ella dos novaciones de suma importancia, el original carácter del Boticario y el desenlace final, que hace morir a los amantes sin alcanzar la última y suprema entrevista en el cementerio.

Pedro Boisteau dio a luz la cambiada traducción del romance de Bandello sobre el año 1559, y basada en ella, aunque con graves alteraciones, en 1562 la historia fue convertida en un poema inglés por Arthur Brooke, bajo el siguiente título: *The Tragical History Of Romeus and Juliet, containing a rare Example of true Constancie: with the subtill Counsels, and Practices of an old Fryer, and their ill event.*

Este poema, publicado por Richard Tottel, se reimprimió por el propio librero en 1582.

En el de 1567, es decir, en el intermedio de las dos ediciones que acabamos de citar, William Paynter tradujo literalmente la versión de Boisteau y la insertó en el tomo 2º. de una compilación de diversos cuentos, titulada *El palacio del Placer.*

¡Cuántos ensayos, cuántos afanes para inmortalizar una triste, lamentable historia, digna de inmortal, lamentable recuerdo!

Asunto de amor, el más sublime de los sentimientos humanos, Shakespeare, el más profundo conocedor de las pasiones, debió gustarlo con avidez, y aficionado a lo antiguo, a lo curioso, a lo escondido y extraordinario, halló, de seguro, en la historia citada, el mejor argumento del exquisito drama con que soñaba su imaginación. Pero ¿cuál de los libros, cuál de las obras que hemos apuntado sirvió de original?

Verplanck sostiene que Shakespeare, exceptuando el ideado carácter de Mercucio, lo tomó todo de Brooke; Malone y Heervin, dando como harto probable que el poeta sacase determinados antecedentes de la novela de Paynter o de alguna otra traducción en prosa de Boisteau, aseguran, como Verplanck, que el poema inglés es la indiscutible base del drama en cuestión; Mr. Lloyd, apoyado en Walker, asevera que la tragedia Hadriana, de Luigi Grotto, única que consigna la magnífica escena del ruiseñor, y en la que aparece una antitética definición del amor, enteramente igual a la que Shakespeare produce en su tragedia, determina el directo origen de esta última; Francisco Michel, conviniendo en que la mayor parte de los toques de Romeo y Julieta guardan estrecha analogía con los que relata en su historia Girolamo della Corte, acepta como fundamento más probable de la tragedia inglesa el que determina el comentador Malone; Le Tourneur la hace pura emanación del romance de Bandello.

Vista pues esta variedad de opiniones, ¿qué debemos juiciosamente pensar?

A resolver tan sólo por la más general concordancia, el poema debió ser la legítima fuente en que se inspiró el poeta. Prescindiendo del fondo de la historia, en que todos convienen, el último, lo mismo que Brooke, apellida Montagües a los parientes de Romeo, Fray Juan al mensajero del hermano Lorenzo y Freetown a la residencia de los Capuletos; determina las personas que deben concurrir al festín del Conde, y llama Escalus al príncipe de Verona. Paynter no personifica a los convidados, da el nombre de Villafranca a la tradicional mansión de los Capuletos, y el de Signor Escala, o señor Bartolomeo de la Escala, al primer jefe magnate de la ciudad. Tales diferencias, por pequeñas que aparezcan, prueban irrecusablemente, como ya lo hemos dicho, que Shakespeare siguió paso a paso el poema de Brooke.

Si además de la general se toman en cuenta las concordancias particulares, si no sólo el conjunto si no los detalles, por insignificantes que sean, deben hacernos formar una opinión, creemos que Shakespeare sacó antecedentes de Paynter y de Grotto. El primero dio a luz su libro en 1567, cinco años después de la publicación del poema, siguiendo fielmente el texto de Boisteau, libro apreciado por todos los eruditos de la época, y que por la exactitud de su versión debió conocer y consultar el autor de ROMEO Y JULIETA. La magnífica y encantadora escena del ruiseñor, aparte de otras notables similitudes, induce a creer lo que hemos apuntado del segundo.

Tal es lo que juiciosamente se desprende, y lo que han pensado sobre el particular de que hablamos los más doctos y eruditos literatos. Que Shakespeare, curioso, prolijo, amante de las antiguas leyendas, rebuscador de viejas tradiciones, de rarezas literarias, tuviese a la

vista otros antecedentes, no es cosa por cierto que pondremos en duda. La trágica relación de que nos ocupamos se remonta a épocas bien anteriores, y guarda hasta sorprendente analogía con diversos hechos históricos. Píramo y Tisbe se amaron como Julieta y Romeo, y contrariados en su pasión, tuvieron un fin semejante. Jenofante de Éfeso, en su poema Los Efesiacos, relata una ocurrencia del todo parecida; Girolamo della Corte, refiriéndose al año de 1303, también la consigna en su Historia de Verona; Masuccio di Salerno, novelista antiquísimo, la cuenta en su Novellino, Thomas Dalapeend, en su fábula de Hermaphroditas y Salmacis, hace mención de ella; B. Rich, en su diálogo entre Mercucio y un soldado, asevera que el asunto, por demasiado tradicional, se hallaba representado en tapices.

De todos modos, llegaran o no estos antiguos datos a manos del poeta, innecesarios debieron ser después de la publicación de Bandello y de las versiones que de ella se hicieron. JULIETA Y ROMEO no puede, no debe considerarse hija sino de estos últimos y precisos originales.

Sí, lo repetimos, hija de ellos, mas sólo por su argumento; hija, engendro exquisito y primoroso de Shakespeare, por las mil bellezas que atesora, por las felices y acertadas innovaciones que presenta, por los maestros toques que le han dado vida inmortal.

Lope de Vega, poco antes que Shakespeare, dio a luz una pieza basando su argumento en la leyenda italiana; ¿por qué este trabajo, sin duda correcto, espiritual, ligero, divertido, con todos los méritos y defectos de las comedias de capa y espada, no ha llegado ni con mucho a la altura del drama inglés?

Oigamos lo que sobre el particular nos dice uno de los más sensatos, de los más profundos admiradores del autor de Hamlet:

«La pieza española carece de las cualidades supremas, le faltan la observación que escudriña el interior del alma, la imaginación que crea los caracteres, la concentración que regula el movimiento; hay en ella acción, pero no hay vida; todos sus personajes se agitan pero no respiran, hablan pero no piensan, gimen pero sin sentir; se nos muestran como autómatas, que hace mover a la casualidad un irresponsable capricho. Shakespeare ha vengado a los amantes de Verona de las ironías de Lope, les ha vuelto su pérdida ternura, su inquebrantable fidelidad, su fin sublime. El drama inglés, prosigue diciendo el célebre escritor de que hablamos, no es la parodia, es, sí, la resurrección de la leyenda italiana. Shakespeare ha reanimado con un soplo soberano todas esas figuras, que yacían envueltas en el manto de la tradición: Romeo, Julieta, Tybal, la Nodriza, el Monje, Capuleto. El poeta, no sólo ha hecho revivir los personajes de la historia, sino que ha vuelto la época de ella».

Víctor Hugo tiene razón. La Italia del siglo XIV, la Italia de los bandos, de los partidos, de las reyertas, se nos muestra tal cual era, tal como se representaba en cada estado, en cada población, en cada familia. Güelfos contra Gibelinos, Blancos contra Negros, Orsinis contra Colonnas, Capuletos contra Montagües, todos en disensión continua, ensangrentando las calles, burlando las leyes, satélites del odio conspirando contra la humanidad.

¿Pero a qué insistir más sobre puntos que ya se encuentran sobradamente ventilados? La excelencia del drama inglés, su ventajosa superioridad ha pasado al dominio de lo indiscutible, y los pocos lunares que aún pretende encontrarle la crítica moderna, son nuevos toques de belleza, rasgos más bien de admirable propiedad, en concepto de ilustres y eruditos pensadores.

Sí, el desenlace de JULIETA Y ROMEO llevado a cabo por Shakespeare según Brooke y Paynter, esto es, de acuerdo con las innovaciones hechas por Boisteau, no merece fundada censura. Da Porto en su novela y Bandello en su romance, presentan una última entrevista de los amantes en el cementerio; Montagüe, ya apurado el tósigo fatal, siente respirar a su adorada, oye su dulce voz, y ebrio, enajenado de gozo, olvidándose por un momento de la muerte que ya le oprime en sus garras, exclama: «¡Oh cielo, vida de mi vida, corazón de mi cuerpo! ¿quién jamás experimentó placer tan grande como el que siento en este instante?» ¡Fúlgida ilusión! el terrible veneno, devorando las entrañas del infeliz esposo, le torna a la realidad, y esta realidad, que el propio Romeo descubre a su bien querido, ocasiona una escena de dolorosos ayes, que prolonga la angustia pero no hace más sublime el dolor. «No, hay una medida de agitación -dice el concienzudo Schlegel-, más allá de la cual todo lo que se agregue causa tortura, sin acrecer la impresión del ánimo».

¿Qué más puede expresar el sentimiento, que más puede decir el amor infortunado que lo que dice y expresa Romeo antes de morir? ¿Qué más honda sensación que la de Julieta al escuchar el breve relato de Fray Lorenzo? ¿Qué mayor tristeza que la que imprimen estos dos sublimes suicidios?

Que Shakespeare ha tenido fundadas razones para no dar fin a la tragedia con la muerte de Julieta, lo comprueban con doctos escritos muchos distinguidos literatos. «La afectuosa reconciliación de los dos enemigos (Montagüe y Capuleto), la justa defensa del sabio monje -dice Tieck-, justifican la continuación del drama. Para que la glorificada esencia de éste hiciera tangible al alma del oprimido oyente el íntimo fin moral del poema, se requerían los últimos detalles que consigna en su obra el inmortal poeta».

Víctor Hugo, a quien ya en este prólogo hemos citado más de una vez, apoya también el final de que tratamos.

«En lugar de concluir su drama con el anatema de la desesperación, Shakespeare le ha reasumido en un grito de esperanza. La lucha entre el amor y el odio se termina en definitiva por el éxito del buen principio; la batalla, que parecía haber perdido el amor, se acaba, gracias a un cambio repentino, con la derrota del odio. La muerte de los dos amantes opera la reconciliación que no había podido llevar a cabo su enlace; los mártires convierten a los verdugos, las víctimas se llevan el triunfo. ¡No más querellas intestinas en lo futuro, no más venganzas domésticas! Los Capuletos tienden la mano a los Montagües, Eteocles abre los brazos a Polinice, Tieste se arroja a los pies de Atreo. El sacrificio de Romeo y de Julieta es el holocausto expiatorio, que debe por siempre apaciguar las furias del fratricidio».

El violento fin de Paris en el cementerio, ante el panteón que encierra el cuerpo de su prometida, también ha sido objeto de crítica. Escritores de alta reputación han tachado a Shakespeare este nuevo desastre que presenta en su grandiosa tragedia, considerándolo como innecesario y hasta cierto punto repugnante y odioso.

¿Es acaso fundada esta objeción? El erudito doctor Heinrich Theodor Rötcher, en su valiosa obra titulada Filosofía del Arte, ha probado que no de un modo concluyente. Paris, sin verdadera pasión, atacando el dominio de la libre individualidad, se empeña en llevar adelante el matrimonio de pura conveniencia que ha tratado con los padres de Julieta, y es, por consecuencia de su inmoral prestación, el verdadero y legítimo causante de todos los infortunios que acaecen. La muerte de Tybal, el destierro de Romeo, habrían tan sólo producido tormentos, lágrimas, acaso desesperaciones prolongadas, pero no extremas. Julieta, libre de violencias, mantenida en su fe, conforme con su esperanza, no hubiera querido matarse, no hubiera apurado el fatal narcótico; Romeo, impaciente en Mantua, pero viviendo y subyugándose por su amor, no se hubiera arrojado al suicidio. La tenaz insistencia de Paris, su prosaica inclinación, su falta de talento para adivinar el verdadero motivo de la repugnancia de Julieta, son pues, como antes hemos indicado, los poderosos determinantes de la horrible, amorosa catástrofe.

¿Debían quedar impunes semejante violencia, tamaña ceguedad, ataques tan contrarios a la justicia y la moral? No, el triunfo completo de la buena causa era indispensable en la tragedia, y por eso Shakespeare hace que Paris acuda al cementerio y que sucumba a manos del único, legítimo juez que debe castigar su presunción y su torpeza.

Y con esta última manifestación damos fin a nuestro prólogo. Si peca de extenso, si, traspasando los límites del traductor, hemos entrado en análisis y consideraciones que atañen al dominio de la crítica, sea nuestra excusa sincera el indecible entusiasmo, la ferviente devoción que nos inspira el inmortal poeta, cuyas gigantescas figuras, cuyos sorprendentes cuadros le hacen, a diferencia de Corneille y de Racine, la universal personificación de todas las edades, la viva imagen de todos los sistemas.

M. DE P. H.

Obras que se han consultado
EDICIONES INGLESAS DE LAS OBRAS DE SHAKESPEARE

The First Quarto, (Facsimile) Ed.
1597

The Second Quarto, (íd.)
1599

The Third Quarto, (íd.)
1609

The Fourth Quarto, (íd.)
Sin fecha

The First Folio, (íd.) Howard Staunton.
1623

The Second Folio.
1632

The Fifth Quarto.
1637

The Third Folio.
1664

The Fourth Folio.
1685

Rowe (Nicholas), Lond., First edition.
1709-1710

Pope (Alexander), Lond., Second edition.
1728

Theobald (Lewis), Lond., Second edition.
1740

Hanmer (Thomas), Oxford, First edition.

1744-1746

Johnson (Samuel), Lond., Second edition.
1768

Capell (Edward).
1768

Steevens (George), Lond. Fourth edition.
1793

TEXTO. -Boswell (James). -The plays and Poems of William Shakespeare, with the corrections and Illustrations of various commentators: comprehending a Life of the Poet and an enlarged History of the Stage, by the late Edmund Malone, with a new glossarial Index. (seventh edition) By James Boswell. Lond.
1821

Singer (Samuel W.), Lond., First edition.
1826

Collier (J. Payne), Lond., Third edition.
1858

White (Richard Grant), Boston.
1861

Dyce (Alexander), Lond., Second edition.
1865

The Cambridge Edition. Cambridge and Lond.
1865

EDICIONES FRANCESAS

Le Tourneur (Le Comte de Cataulanet Fontaine Malherbe), París.

1776-1780

Laroche (Benjamin), París. 3.me edit.
1841-1843

Víctor Hugo (François), París, 1.re edit.
1859-1862

Guizot (F.), París. 5.me edit.
1865

Michel (Francisque), París. Traduction revue.
1869

EDICIONES ALEMANAS

Schlegel (A. W. von), Berlín. 1 ed., 16 piezas.
36663

Ídem. (según el texto de Collier), Berlín, 6 ed.
1856-1857

EDICIONES ITALIANAS

Rusconi (Carlo), Torino, Cuarta edizione.
1852-1859

Seconda della Nuova Biblioteca Popolare.

PIEZAS SUELTAS Y OTRAS OBRAS

Romeo and Juliet. Adapted to the stage by D. Garrick. Revised by J. P. Kemble. Lond.
1811

Romeo and Juliet. With explanatory French notes by A Brown. París.
1837

Romeo and Juliet. Printed from the Text of Steevens, with historical and critical notes by J.
M. Pierre. Frankfort.
1840

Romeo and Juliet. A critical edition of the two First Editions (1597 and 1599) with various
Readings to the time of Rowe. Oldenburg.
1859

The Shakespearian Dictionary; forming a General Index to all the popular expressions and
most striking passages in the works of Shakespeare, from a few words to fifty or more
lines. By Thomas Dolby. Lond.
1832

Natural History of the Insects mentioned in Shakespeare's Plays. By Robert Patterson.
Lond.
1838

Shakespeare et son temps, por Mr. Guizot.

Romeo et Juliette. Drame en cinq Actes, en vers libres. Adapté à la scene française, par
Ducis. París.
1772 | Íd. 1813

The Bibliographer's Manual of english literature by William Thomas Lowndes, new
edition, revised, corrected, and enlarged. By Henry G. Bhon. Part VIII. London.
1864

A new variorum edition of Shakespeare by Horace Howard Furness. Philadelphia. vol. 1.
1871

Shakespeare's Sonnets by Gerald Hassey. Lond.
1866

William Sidney Walker: A critical Examination of the Text of Shakespeare.

Observaciones

1^a.

Las primeras ediciones en 4^a. de 1597, 1599, 1609, la de 1637 y la anterior sin fecha van marcadas con una C., llevando al pie el número que por orden relativo les corresponde. Las dos Cc. indican la completa concordancia de los últimos cuatro 4os.

2^a.

La letra F., con su número al pie, precisa la edición en folio a que se contrae la cita, al tenor de lo que aparece en la plana que expresa las obras consultadas. Ff. es equivalente de las antiguas ediciones en folio.

3^a.

Las siguientes abreviaturas indican por su orden lo que llevan a continuación: Ed. Camb., Edición Cambridge. -Theo., Theobald. -Warb., Warburton. -Ulr., Ulrici. -Del., Delius. -Hal., Halliwell. -Coll., Collier. -Sing., Singer. John., Johnson. -Han., Hanmer. -Sta., Staunton. -Ktly, Keightley. -Knt., Knight. -Huds., Hudson. -Om., omitido. -esc., escena.

4^a.

La edición de 1821 es el Variorum de Malone, publicado por Mr. Boswell, texto seguido en la presente traducción.

5^a.

Las diferencias de ediciones que van marcadas al pie de las planas son únicamente las de más importancia.

Julieta y Romeo

Los comentadores discuerdan considerablemente al querer determinar la época en que fue concluida la pieza que traducimos a continuación. Malone y Mr. Lloyd, tomando en cuenta la abundante rima usada por Shakespeare en sus primeras composiciones, rima que escaseó, si bien no hizo desaparecer del todo en las últimas, opinan que la tragedia de que tratamos debió finalizarse de 1596 a 1597; Collier y Knight, con corta diferencia, le asignan la misma fecha; Hudson fija el período de 1591 a 1595; Chalmers, la primavera de 1592, y Drake, el año de 1593. Respecto a la publicación revisada de la tragedia, casi todos convienen en creer que tuvo lugar en 1599. White sostiene que esto se llevó a cabo en 1596.

Según una ingeniosa conjetura de Tyrwhitt, que ha pretendido ver en el célebre relato de la Nodriza una alusión al temblor de tierra experimentado en Londres en 1580, ROMEO Y JULIETA debió ser compuesto bajo su primitiva forma hacia el año 1591.

Siendo, pues, de una casi absoluta imposibilidad resolver acerca de tan controvertido y dudoso extremo, nos limitamos a citar los precedentes anteriores, observando que, a ser ciertos los cálculos de Tyrwhitt, entre la composición primera de ROMEO Y JULIETA y su revisión se pasaron cerca de ocho años, durante los cuales dio a luz el poeta sus poemas, sus sonetos, casi todas las piezas históricas y sus dos encantadoras comedias El Mercader de Venecia y El Sueño de una noche de Verano.

PERSONAJES

SCALA, príncipe de Verona.

PARIS, joven hidalgo deudo del príncipe.

MONTAGÜE, jefe de las dos casas rivales.

CAPULETO, jefe de las dos casas rivales.

UN ANCIANO, tío de Capuleto.

ROMEO, hijo de Montagüe.

MERCUCIO, pariente del príncipe y amigo de Romeo.

BENVOLIO, sobrino de Montague y amigo de Romeo.

TYBAL, sobrino de Lady Capuleto.

FRAY LORENZO, de la orden de San Francisco.

FRAY JUAN, perteneciente a la misma.

BALTASAR, criado de Romeo.

SANSÓN, criado de Capuleto.

GREGORIO, criado de Capuleto.

ABRAHAM, criado de Montague.

UN BOTICARIO.

TRES MÚSICOS.

EL CORO.

PAJE DE PARIS.

UN MUCHACHO.

PEDRO, servicial de la Nodrizza de Julieta.

UN OFICIAL.

LADY MONTAGÜE, esposa de Montagüe.

LADY CAPULETO, consorte de Capuleto.

JULIETA, hija de Capuleto.

NODRIZA de Julieta.

CIUDADANOS DE VERONA.

VARIOS PARIENTES DE LAS DOS CASAS.

MÁSCARAS.

GUARDIAS.

PATRULLAS.

SIRVIENTES.

Prólogo

En la hermosa Verona, donde colocamos nuestra escena, dos familias de igual nobleza, arrastradas por antiguos odios, se entregan a nuevas turbulencias, en que la sangre patricia mancha las patricias manos. De la raza fatal de estos dos enemigos vino al mundo, con hado funesto, una pareja amante, cuya infeliz, lastimosa ruina llevara también a la tumba las disensiones de sus parientes. El terrible episodio de su fatídico amor, la persistencia del encono de sus allegados al que sólo es capaz de poner término la extinción de su descendencia, va a ser durante las siguientes dos horas el asunto de nuestra representación. Si nos prestáis atento oído, lo que falte aquí tratará de suplirlo nuestro esfuerzo.

Acto primero

Escena I

(Verona. Una plaza pública.)

(Entran SANSÓN y GREGORIO, armados de espadas y broqueles.)

SANSÓN

Bajo mi palabra, Gregorio, no sufriremos que nos carguen.

GREGORIO

No, porque entonces seríamos cargadores.

SANSÓN

Quiero decir que si nos molestan echaremos fuera la tizona.

GREGORIO

Sí, mientras viváis echad el pescuezo fuera de la collera .

SANSÓN

Yo soy ligero de manos cuando se me provoca.

GREGORIO

Pero no se te provoca fácilmente a sentar la mano.

SANSÓN

La vista de uno de esos perros de la casa de Montagüe me transporta.

GREGORIO

Transportarse es huir, ser valiente es aguardar a pie firme: por eso es que el trasportarte tú es ponerte en salvo.

SANSÓN

Un perro de la casa ésa me provocará a mantenerme en el puesto. Yo siempre tomaré la acera a todo individuo de ella, sea hombre o mujer.

GREGORIO

Eso prueba que eres un débil tuno, pues a la acera se arriman los débiles.

SANSÓN

Verdad; y por eso, siendo las mujeres las más febles vasijas, se las pega siempre a la acera. Así, pues, cuando en la acera me tropiece con algún Montagüe, le echo fuera, y si es mujer, la pego en ella.

GREGORIO

La contienda es entre nuestros amos, entre nosotros sus servidores.

SANSÓN

Es igual, quiero mostrarme tirano. Cuando me haya batido con los criados, seré cruel con las doncellas. Les quitaré la vida.

GREGORIO

¿La vida de las doncellas?

SANSÓN

Sí, la vida de las doncellas, o su... Tómalo en el sentido que quieras.

GREGORIO

En conciencia lo tomarán las que sientan el daño.

SANSÓN

Se lo haré sentir mientras tenga aliento y sabido es que soy hombre de gran nervio.

GREGORIO

Fortuna es que no seas pez; si lo fueras, serías un pobre arenque. Echa fuera el estoque; allí vienen dos de los Montagües .

(Entran ABRAHAM y BALTASAR.)

[SANSÓN

Desnuda tengo la espada. Busca querella, detrás de ti iré yo.

GREGORIO

¡Cómo! ¿irte detrás y huir?]

SANSÓN

No temas nada de mí.

GREGORIO

¡Temerte yo! No, por cierto.

SANSÓN

Pongamos la razón de nuestro lado; dejémosles comenzar.

GREGORIO

Al pasar por su lado frunciré el ceño y que lo tomen como quieran.

SANSÓN

Di más bien como se atrevan. Voy a morderme el dedo pulgar al enfrentarme con ellos y un baldón les será si lo soportan.

ABRAHAM

¡Eh! ¿Os mordéis el pulgar para afrentarnos?

SANSÓN

Me muerdo el pulgar, señor.

ABRAHAM

¿Os lo mordéis, señor, para causarnos afrenta?

SANSÓN (aparte a GREGORIO.)

¿Estará la justicia de nuestra parte si respondo sí?

GREGORIO

No.

SANSÓN

No, señor, no me muerdo el pulgar para afrentaros; me lo muerdo, sí.

[GREGORIO

¿Buscáis querella, señor?

ABRAHAM

¿Querella decís? No, señor.

SANSÓN

Pues si la buscáis, igual os soy: Sirvo a tan buen amo como vos.

ABRAHAM

No, mejor.

SANSÓN

En buen hora, señor.]

(Aparece a lo lejos BENVOLIO.)

GREGORIO (aparte a SANSÓN.)

Di mejor. Ahí viene uno de los parientes de mi amo.

[SANSÓN

Sí, mejor.

ABRAHAM

Mentís.

SANSÓN

Desenvainad, si sois hombres. -Gregorio, no olvides tu estocada maestra .

(Pelean.)

BENVOLIO (abatiendo sus aceros.)

¡Tened, insensatos! Envainad las espadas; no sabéis lo que hacéis.

(Entra TYBAL.)

TYBAL

¡Cómo! ¿Espada en mano entre esos gallinas? Vuélvete, Benvolio, mira por tu vida.

JULIETA

BENVOLIO

Lo que hago es apaciguar; torna tu espada a la vaina, o sírvete de ella para ayudarme a separar a esta gente.

TYBAL

¡Qué! ¡Desnudo el acero y hablas de paz! Odio esa palabra como odio al infierno, a todos los Montagües y a ti? Defiéndete, cobarde!

(Se baten.)

(Entran partidarios de las dos casas, que toman parte en la contienda; enseguida algunos ciudadanos armados de garrotes.)

PRIMER CIUDADANO

¡Garrotes, picas, partesanas! ¡Arrimad, derribadlos! ¡A tierra con los Capuletos! ¡A tierra con los Montagües!

(Entran, CAPULETO en traje de casa, y su esposa.)

CAPULETO

¡Qué ruido es éste! ¡Hola! Dadme mi espada de combate.

LADY CAPULETO

¡Un palo, un palo! ¿Por qué pedís una espada?

CAPULETO

¡Mi espada digo! Ahí llega el viejo Montagüe que esgrime la suya desafiándome.

(Entran el vicio MONTAGÜE y LADY MONTAGÜE.)

MONTAGÜE

¡Tú, miserable Capuleto! -No me contengáis, dejadme en libertad.

LADY MONTAGÜE

No darás un solo paso para buscar un contrario.]

(Entran el PRÍNCIPE y sus acompañantes.)

PRÍNCIPE

Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, profanadores de ese acero que mancháis de sangre conciudadana -¿No quieren oír? ¡Eh, basta! hombres, bestias feroces que saciáis la

sed de vuestra perniciosa rabia en rojos manantiales que brotan de vuestras venas, bajo pena de tortura, arrojad de las ensangrentadas manos esas inadecuadas armas y escuchad la sentencia de vuestro irritado Príncipe.

Tres discordias civiles, nacidas de una vana palabra, han, por tu causa, viejo Capuleto, por la tuya, Montagüe, turbado por tres veces el reposo de la ciudad [y hecho que los antiguos habitantes de Verona, despojándose de sus graves vestiduras, empuñen en sus vetustas manos las viejas partesanas enmohecidas por la paz, para reprimir vuestro inveterado rencor]. Si volvéis en lo sucesivo a perturbar el reposo de la población, vuestras cabezas serán responsables de la violada tranquilidad. Por esta vez que esos otros se retiren. Vos, Capuleto, seguidme; vos, Montagüe, id esta tarde a la antigua residencia de Villafranca, ordinario asiento de nuestro Tribunal, para conocer nuestra ulterior decisión sobre el caso actual. Lo digo de nuevo, bajo pena de muerte, que todos se retiren.

(Vanse todos menos MONTAGÜE, LADY MONTAGÜE y BENVOLIO)

MONTAGÜE

¿Quién ha vuelto a despertar esta antigua querella? Habla, sobrino, ¿estabas presente cuando comenzó?

BENVOLIO

Los satélites de Capuleto y los vuestros estaban aquí batiéndose encarnizadamente antes de mi llegada: yo desenvainé para apartarlos: en tal momento se presenta el violento Tybal, espada en mano, lanzando a mi oído provocaciones al propio tiempo que blandía sobre su cabeza la espada, hendiendo el aire, que sin recibir el menor daño, lo befaba silbando . Mientras nos devolvíamos golpes y estocadas, iban llegando y entraban en contienda partidarios de uno y otro bando, hasta que vino el Príncipe y los separó.

LADY MONTAGÜE

¡Oh! ¿dónde está Romeo? -¿Le habéis visto hoy? Muy satisfecha estoy de que no se haya encontrado en esta refriega.

BENVOLIO

Señora, una hora antes que el bendecido sol comenzara a entrever las doradas puertas del Oriente, la inquietud de mi alma me llevó a discurrir por las cercanías, en las que, bajo la arboleda de sicomoros que se extiende al Oeste de la ciudad, apercibí, ya paseándose, a vuestro hijo. Dirigime hacia él; pero descubriome y se deslizó en la espesura del bosque: yo, juzgando de sus sentimientos por los míos, que nunca me absorben más que cuando más solo me hallo, di rienda a mi inclinación no contrariando la suya, [y evité gustoso al que gustoso me evitaba a mí.

MONTAGÜE

Muchas albas se le ha visto en ese lugar aumentando con sus lágrimas el matinal rocío y haciendo las sombras más sombrías con sus ayes profundos . Mas, tan pronto como el sol, que todo lo alegra, comienza a descender, a la extremidad del Oriente, las densas cortinas del lecho de la Aurora, huyendo de sus rayos, mi triste hijo entra furtivamente en la casa, se aísla y enjaula en su aposento, cierra las ventanas, intercepta todo acceso al grato resplandor del día y se forma él propio una noche artificial.] Esta disposición de ánimo le sera luctuosa y fatal si un buen consejo no hace, cesar la causa.

BENVOLIO

Mi noble tío, ¿conocéis vos esa causa?

MONTAGÜE

Ni la conozco ni he alcanzado que me la diga.

BENVOLIO

¿Habéis insistido de algún modo con él?

MONTAGÜE

Personalmente y por otros muchos amigos; pero él, solo confidente de sus pasiones, en su contra -no diré cuán veraz- es tan reservado, tan recogido en sí mismo, tan insondable y difícil de escudriñar como el capullo roído por un destructor gusano antes de poder desplegar al aire sus tiernos pétalos y ofrecer sus encantos al sol . Si nos fuera posible penetrar la causa de su melancolía, lo mismo que por conocerla nos afanaríamos por remediarla.]

(Aparece ROMEO, a cierta distancia.)

BENVOLIO

Mirad, allí viene: tened a bien alejaros. Conoceré su pesar o a mucho desaire me expondré.

MONTAGÜE

Ojalá que tu permanencia aquí te proporcione la gran dicha de oírle una confesión sincera. -Vamos, señora, retirémonos.

(MONTAGÜE y su esposa se retiran.)

BENVOLIO

Buenos días, primo.

ROMEO

¿Tan poco adelantado está el día?

BENVOLIO

Acaban de dar las nueve.

ROMEO

¡Infeliz de mí! Largas parecen las horas tristes. ¿No era mi padre el que tan de prisa se alejó de aquí?

BENVOLIO

Sí. -¿Qué pesar es el que alarga las horas de Romeo?

ROMEO

El de carecer de aquello cuya posesión las abreviaría.

BENVOLIO

¿Carencia de amor?

ROMEO

Sobra.

BENVOLIO

¿De amor?

ROMEO

De desdenes de la que amo.

BENVOLIO

¡Ay! ¡Que el amor, al parecer tan dulce, sea en la prueba tan tirano y tan cruel!

ROMEO

¡Ay! ¡que el amor, cuyos ojos están siempre vendados, halle sin ver la dirección de su blanco! ¿Dónde comeremos? ¡Oh, Dios! ¿qué refriega era ésta? Mas no me lo digáis, pues todo lo he oído. Mucho hay que luchar aquí con el odio, pero más con el amor. ¡Sí, amante odio! ¡Amor quimerista! ¡Todo, emanación de una nada preexistente! ¡futilidad importante! ¡grave fruslería! ¡informe caos de ilusiones resplandecientes! ¡leve abrumamiento, diáfana intransparencia, fría lava, extenuante sanidad! ¡sueño siempre guardián, asunto en la esencia! -Tal cual eres yo te siento; yo, que en cuanto siento no hallo amor! ¿No te ríes?

BENVOLIO

No, primo, lloro mas bien.

ROMEO

¿Por qué, buen corazón?

BENVOLIO

De ver la pena que oprime tu alma.

ROMEO

¡Bah! El yerro de amor trae eso consigo. Mis propios dolores ya eran carga excesiva en mi pecho; para oprimirlo más, quieres aumentar mis pesares con los tuyos. La afección que me has mostrado añade nueva pena al exceso de mis penas. El amor es un humo formado por el vapor de los suspiros; alentado, un fuego que brilla en los ojos de los amantes; comprimido, un mar que alimentan sus lágrimas. ¿Qué más es? Una locura razonable al extremo, una hiel que sofoca, una dulzura que conserva. Adiós, primo.

BENVOLIO

Aguardad, quiero acompañaros; me ofendéis si me dejáis así.

ROMEO

¡Bah! Yo no doy razón de mí propio, no estoy aquí; éste no es Romeo; él está en otra parte.

BENVOLIO

Decidme seriamente, ¿quién es la persona a quien amáis?

ROMEO

¡Qué! ¿habré de llorar para decírtelo?

BENVOLIO

¿Llorar? ¡Oh! no; pero decidme en seriedad quién es .

ROMEO

Pide a un enfermo que haga gravemente su testamento. -¡Ah! ¡Tan cruel decir a uno que se halla en tan cruel estado! Seriamente, primo, amo a una mujer.

BENVOLIO

Di exactamente en el punto cuando supuse que amabais.

ROMEO

¡Excelente tirador! -Y la que amo es hermosa.

BENVOLIO

A un hermoso, excelente blanco, bello primo, se alcanza más fácilmente.

ROMEO

Bien, en este logro te equivocas: ella está fuera del alcance de las flechas de Cupido, tiene el espíritu de Diana y bien armada de una castidad a toda prueba, vive sin lesión del feble, infantil arco del amor. La que adoro no se deja importunar con amorosas propuestas, [no consiente el encuentro de provocantes miradas] ni abre su regazo al oro, seductor de los santos. ¡Oh! Ella es rica en belleza, pobre únicamente porque al morir mueren con ella sus encantos

[BENVOLIO

¿Ha jurado, pues, permanecer virgen?

ROMEO

Lo ha jurado y con esa reserva ocasiona un daño inmenso; pues, con sus rigores, matando de inanición la belleza, priva de ésta a toda la posteridad. Bella y discreta a lo sumo, es a lo sumo discretamente bella para merecer el cielo, haciendo mi desesperación. Ha jurado no amar nunca y este juramento da la muerte, manteniendo la vida, al mortal que te habla ahora.

BENVOLIO

Sigue mi consejo, deséchala de tu pensamiento.

ROMEO

¡Oh! Dime de qué modo puedo cesar de pensar.

BENVOLIO

Devolviendo la libertad a tus ojos, deteniéndolos en otras beldades.

ROMEO

Ése sería el medio de que encomiara más sus gracias exquisitas. Esas dichas máscaras que acarician las frentes de las bellas, aunque negras, nos traen a la mente la blancura que ocultan. El que de golpe ha cegado, no puede olvidar el inestimable tesoro de su ver perdido. Pon ante mí una mujer encantadora al extremo, ¿qué será su belleza sino una página en que podré leer el nombre de otra beldad más encantadora aún? Adiós, tú no puedes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO

Yo adquiriré esa ciencia o moriré sin un ochavo.

(Vanse.)

Escena II

(Una calle.)

(Entran CAPULETO, PARIS y un CRIADO.)

CAPULETO

Y Montagüe está sujeto a lo mismo que yo, bajo pena igual; y no será difícil, en mi concepto, a dos personas de nuestros años el vivir en paz.]

PARIS

Ambos gozáis de una honrosa reputación y es cosa deplorable que hayáis vivido enemistados tan largo tiempo. Pero tratando de lo presente, señor, ¿qué respondéis a mi demanda?

CAPULETO

Repetiré sólo lo que antes dije. Mi hija es aún extranjera en el mundo, todavía no ha pasado los catorce años; dejemos palidecer el orgullo de otros dos estíos antes de juzgarla a propósito para el matrimonio.

PARIS

Algunas más jóvenes que ella son ya madres felices.

CAPULETO

Y esas madres prematuras se marchitan demasiado pronto [La tierra ha engullido todas mis esperanzas, sólo me queda Julieta: ella es la afortunada heredera de mis bienes .] Hacedla empero la corte, buen Paris, ganad su corazón, mi voluntad depende de la suya. [Si ella asiente, en su asentimiento irán envueltas mi aprobación y sincera conformidad. Esta noche tengo una fiesta, de uso tradicional en mi familia, para la cual he invitado a infinitas personas de mi aprecio; aumentad el número, seréis un amigo más y perfectamente recibido en la reunión. Contad con ver esta noche en mi pobre morada terrestres estrellas que eclipsan la claridad de los cielos . El placer que experimenta el ardoroso joven cuando abril, lleno de galas, avanza en pos del vacilante invierno, lo alcanzaréis esta noche en mi fiesta, al hallaros rodeado de esas frescas y tiernas vírgenes. Examinadlas todas, oídlas y dad la preferencia a la que tenga más mérito. Una de las que entre tantas veréis será mi hija, que aunque puede contarse entre ellas, no puede competir en estima. -Vaya, seguidme. -Anda, muchacho, échate a andar por la bella Verona, da con las personas cuyos nombres se hallan inscritos en esa lista (Le da un papel) y diles que la casa y el dueño están dispuestos para obsequiarlos.

(Vanse CAPULETO y PARIS.)

CRIADO

¿Dar con las personas cuyos nombres se hallan inscritos aquí? Escrito está que el zapatero se sirva de su vara, el sastre de su horma, el pescador de su pincel y el pintor de sus redes; pero a mí se me envía en busca de las personas cuyos nombres se hallan escritos aquí, cuando yo no puedo hallar los nombres que aquí ha escrito el escritor. Tengo que dirigirme, a los que saben. [A propósito.]

(Entran BENVOLIO y ROMEO.)

BENVOLIO

¡Bah! querido, un fuego sofoca a otro fuego, un dolor se aminora por la angustia de otro dolor: hazte mudable y busca remedio en la contraria mudanza; cura una desesperación con otra desesperación, haz que absorban tus ojos un nuevo veneno y el antiguo perderá su ponzoñosa acritud.

ROMEO

La hoja de llantén es excelente para eso.

BENVOLIO

¿Quieres decirme para qué?

ROMEO

Para vuestra pierna rota.

BENVOLIO

¡Qué, Romeo! ¿estás loco?

ROMEO

No, pero más atado que un demente; sumido en prisión, privado de alimento, vapuleado y atormentado y... -Buenas tardes, amigo.

CRIADO

Dios os la dé buena. -Con perdón, señor, ¿sabéis leer?

ROMEO

Sí, mi propia fortuna en mi desgracia.

CRIADO

Quizás lo habéis aprendido sin libro; mas decidme, ¿podéis leer todo lo que os viene a mano?

ROMEO

Cierto; si conozco los caracteres y la lengua.

CRIADO

Habláis honradamente: que os dure el buen humor.

ROMEO

Esperad, amigo; sé leer.

(Lee.)

«El señor Martino, su esposa y sus hijas; el conde Anselmo y sus preciosas hermanas; la señora viuda de Vitrubio; el señor Placencio y sus amables sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su mujer y sus hijas; mi bella sobrina Rosalina; Livia; el señor Valentio y su primo Tybal; Lucio y la despierta Elena.»

Bella asamblea; (devolviendo la lista) ¿dónde deben reunirse?

CRIADO

Allá arriba.

ROMEO

¿Dónde?

CRIADO

Para cenar; en nuestra casa.

ROMEO

¿La casa de quién?

CRIADO

De mi amo.

ROMEO

En verdad, debí haber comenzado por esa pregunta.

CRIADO

Voy a responderos ahora sin que preguntéis. Mi amo es el ricachón Capuleto y si no pertenecéis a la casa de Montagüe, id, os lo recomiendo, a apurar una copa de vino. Pasadlo bien.

(Vase.)

BENVOLIO

En esa antigua fiesta de los Capuletos, en compañía de todas las admiradas bellezas de Verona, cenará la encantadora Rosalina, a quien tanto amas. Asiste al convite; con

imparcial mirada compara su rostro con el de otras que te enseñaré y te haré ver que tu cisne es un cuervo.

ROMEO

¡Cuando la fervorosa religión de mis ojos apoye tal mentira que en llamas se truequen mis lágrimas! ¡Que estos diáfanos heréticos, que a menudo se anegan sin poder morir, se abrasen por impostores! ¡Una más bella que mi amada! El sol, que ve cuanto hay, nunca ha visto otra que se le parezca desde que el mundo es mundo.

BENVOLIO

¡Callad! La habéis encontrado bella no teniendo otra al lado, su imagen con su imagen se equilibraba en vuestros ojos; pero en esas cristalinas balanzas contrapesad a vuestra adorada con alguna otra joven que os enseñaré brillando en la próxima fiesta y en mucho amenguará el parecido de esa que hoy se os muestra por encima de todas.

ROMEO

Iré contigo, no para ver esa supuesta belleza, sino para gozar en el esplendor de la mía.

(Se marchan.)

Escena III

(Un cuarto en la casa de Capuleto.)

(Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.)

LADY CAPULETO

Nodriza, ¿dónde está mi hija? Decidla que venga aquí.

NODRIZA

Sí, a fe de doncella -a los doce años. -Le he dicho que venga. -¡Eh! ¡Cordero mío! ¡Eh!
¡Tierna

palomilla! -¡Dios me ampare! -¿Por dónde anda esta muchacha? ¡Eh, Julieta!

(Entra JULIETA.)

JULIETA

¿Qué hay, quién me llama?

NODRIZA

Vuestra madre.

JULIETA

Aquí me tenéis, señora. ¿Qué mandáis?

LADY CAPULETO

Se trata de lo siguiente: -Nodriza, déjanos un momento, tenemos que hablar en privado -
Vuelve acá, nodriza, he cambiado de opinión; presenciarás nuestro coloquio. Ves que mi
hija es de una bonita edad.

NODRIZA

Ciertamente; puedo decir su edad con diferencia de una hora.

LADY CAPULETO

No ha cumplido catorce.

NODRIZA

Apostaría catorce de mis dientes (y, dicho sea con dolor, cuento sólo cuatro) a que no
tiene catorce. ¿Cuánto va de hoy al primero de agosto?

LADY CAPULETO

Una quincena larga.

NODRIZA

Larga o corta, el día primero de agosto, al caer la tarde, cumplirá catorce años. Susana y
ella -Dios tenga en paz- las almas eran de una edad. -Dios se ha llevado a Susana; era
demasiado buena para mí. Como decía, pues, la tarde del primero de agosto, hacia el
oscurecer, cumplirá Julieta catorce años; los cumplirá, no hay duda, lo recuerdo
perfectamente. Once años se han pasado desde el temblor de tierra y ella estaba ya
despechada. -Nunca lo olvidaré- de todos los del año es ese día. En el que digo, me había
untado el pezón con ajeno, hallábame sentada al sol contra el muro del palomar; mi señor y

vos estabais a la sazón en Mantua: -¡Oh! tengo una memoria fiel! -Sí, como os decía, cuando ella gustó el ajenco en la extremidad del pecho y lo encontró amargo, fue de ver cómo la loquilla se enfurruñó y se malquistó con el seno. -A temblar -dijo en el acto el palomar-: Os juro que no hubo necesidad de decirme que huyera. Y hace de esto once años; pues ya podía ella tenerse sola; sí, por la cruz, podía andar de prisa y corretear tambaleándose por todas partes. Tan es así, que la víspera de ese día se rompió la frente. Al notar lo mi marido -¡Dios tenga su alma consigo!- era un jovial compañero; -[La levantó diciéndola: «Sí], ¿te caes hacia adelante? cuando tengas más conocimiento darás de espalda. ¿No es cierto, Julia?» Y por la Virgen, la bribonzuela cesó de llorar y contestó: «Sí». ¡Ved, pues, cómo una chanza viene a ser verdad! Pongo mi cabeza que nunca lo olvidaría si viviese mil años. «¿No es cierto, Julia?» [La dijo], y la locuela se apaciguó y contestó: «Sí».

[LADY CAPULETO

Basta de esto, por favor; cállate.

NODRIZA

Sí, señora; y sin embargo, no puedo hacer otra cosa que reír cuando recuerdo que cesó de llorar y dijo: «Sí». Y eso, os lo aseguro, que tenía en la frente un bulto tan grande como el cascarón de un pollo; un golpe terrible; y que lloraba amargamente. «Sí -dijo mi marido-, ¿te caes hacia adelante? cuando seas más grande darás de espalda. ¿No es cierto, Julia?» Ella concluyó el llanto y contestó: «Sí».]

JULIETA

Concluye, concluye tú también, nodriza, te lo suplico.

NODRIZA

Callo, he acabado. ¡La gracia de Dios te proteja! Eras la criatura más linda de cuantas crié: Si vivo lo bastante para verte un día casada, quedaré satisfecha.

LADY CAPULETO

A punto; el matrimonio es precisamente el particular de que venía a tratar. Dime, Julieta, hija mía, ¿en qué disposición te sientes para el matrimonio?

JULIETA

Es un honor en el que no he pensado.

NODRIZA

¡Un honor! Si no hubiera sido tu única nodriza diría que con el jugo de mi seno chupaste la inteligencia.

[LADY CAPULETO

Bien, piensa de presente en el matrimonio: muchas más jóvenes que tú, personas de gran estima en Verona, son madres ya: yo por mi cuenta lo era tuya antes de la edad que, aun soltera, tienes hoy. En dos palabras, por último], el valiente Paris te pretende.

NODRIZA

¡Es un hombre, señorita! Un hombre como en el mundo entero. -¡Oh! es un hombre hecho a molde.

LADY CAPULETO

La primavera de Verona no presenta una flor parecida.

NODRIZA

Sí, por mi vida, es una flor, una verdadera flor.

[LADY CAPULETO

¿Qué decís? ¿Podréis amar a ese hidalgo? Esta noche le veréis en nuestra fiesta. Leed en la fisonomía del joven Paris, leed en ese libro y en él hallaréis retratado el placer con la pluma de la belleza. Examinad uno a uno los combinados lineamientos, veréis cómo se prestan mutuo encanto; y si algo de oscuro aparece en ese bello volumen, lo hallaréis escrito al margen de sus ojos. Este precioso libro de amor, este amante sin sujeciones, para realizarse, sólo necesita una cubierta. El pez vive en el mar y es un grande orgullo para la belleza el dar asilo a la belleza. El libro que con broches de oro encierra la dorada Leyenda, gana esplendor a los ojos de muchos: poseyéndole, pues, participaréis de todo lo que es suyo, sin disminuir nada de lo que vuestro es.

NODRIZA

¡Disminuir! No, engrandecerá; de los hombres reciben incremento las mujeres .]

LADY CAPULETO

Sed breve, ¿aceptaréis el amor de Paris?

JULIETA

Veré de amarle si para amar vale el ver; pero no dejaré tomar más vuelo a mi inclinación que el que le preste vuestra voluntad.

(Entra un CRIADO.)

CRIADO

Señora, los convidados están ya ahí, la cena se halla servida, se os espera, preguntan por la señorita, en la despensa echan votos contra el ama y todo se halla a punto. Tengo que irme a servir; os suplico que vengáis sin demora.

[LADY CAPULETO

Te seguimos. Julieta, el conde nos aguarda.

NODRIZA

Id, niña; añadid dichasas noches a dichosos días.]

(Vanse.)

Escena IV

(Una calle.)

(Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, acompañados de cinco o seis enmascarados, hacheros y otros.)

ROMEO

Y bien, ¿alegaremos eso como excusa, o entraremos sin presentar disculpa alguna?

BENVOLIO

Esas largas arengas no están ya en moda. No tendremos un Cupido de vendados ojos, llevando un arco a la tártara de pintada varilla que amedrente a las damas cual un espantacuervos; ni tampoco, al entrar, aprendidos prólogos, débilmente recitados con auxilio del apuntador. Que formen juicio de nosotros a la medida de su deseo; por nuestra parte, les mediremos algunos compases y tocaremos retirada.

ROMEO

Dadme un hachón; no estoy para hacer piruetas. Pues que me hallo triste, llevaré la antorcha.

MERCUCIO

En verdad, querido Romeo, queremos que bailes.

ROMEO

No bailaré, creedme: vosotros tenéis tan ligero el espíritu como el calzado: yo tengo una alma de plomo que me enclava en la tierra, no puedo moverme.

[MERCUCIO

Amante sois; pedid prestadas las alas de Cupido y volad con ellas a extraordinarias regiones.

ROMEO

Sus flechas me han herido muy profundamente para que yo me remonte, con sus alas ligeras, y puesto en tal barra, no puedo trasponer el límite de mi sombría tristeza. Me hundo bajo el agobiante peso del amor.

MERCUCIO

Y si os hundís en él, le abrumaréis; para el delicado niño sois un peso terrible.

ROMEO,

¿El amor delicado niño? Es crudo, es áspero, indómito en demasía; punza como la espina.

MERCUCIO

Si con vos es crudo, sed crudo con él; devolvedle herida por herida y le venceréis.] - Dadme una careta para ocultar el rostro. (Enmascarándose.) [¡Sobre una máscara otra! ¿Qué me importa] que la curiosa vista de cualquiera anote deformidades? Las pobladas cejas que hay aquí afrontarán el bochorno.

BENVOLIO

Vamos, llamemos y entremos y así que estemos dentro, que cada cual recurra a sus piernas.

ROMEO

Un hachón para mí. Que los aturdidos, de corazón voluble, acaricien con sus pies los insensibles juncos; por lo que a mí toca, me ajusto a un refrán de nuestros abuelos. -Tendré la luz y miraré. -Nunca ha sido tan bella la fiesta, pero soy hombre perdido .

MERCUCIO

¡Bah! De noche todos los gatos son pardos; era el dicho del Condestable: Si estás perdido, te sacaremos (salvo respeto) de la cava de este amor en que estás metido hasta los ojos. -Ea, venid, quemamos el día.

ROMEO

No, no es así.

MERCUCIO

Quiero decir, señor, que demorando, nuestras luces se consumen, cual las que alumbran el día, sin provecho. Fijaos en nuestra buena intención; pues el juicio nuestro antes estará cinco veces al lado de ella que una al de nuestros cinco sentidos.

ROMEO

Sí, buena es la intención que nos lleva a esta mascarada; pero no es prudente ir a ella.

MERCUCIO

¿Se puede preguntar la razón?

ROMEO

He tenido un sueño esta noche.

MERCUCIO

Y yo también.

ROMEO

Vaya, ¿qué habéis soñado?

MERCUCIO

Que los que sueñan mienten a menudo.

ROMEO

Cuando, dormidos en sus lechos, sueñan realidades.

MERCUCIO

¡Oh! Veo por lo dicho que la reina Mab os ha visitado. Es la comadrona entre las hadas; y no mayor en su forma que el ágata que luce en el índice de un aderman, viene arrastrada por un tiro de pequeños átomos a discurrir por las narices de los dormidos mortales. Los rayos de la rueda de su carro son hechos de largas patas de araña zancuda, el fuelle de alas de cigarra, el correaje [de la más fina telaraña, las colleras] de húmedos rayos de un claro de luna. Su látigo, formado de un hueso de grillo, tiene por mecha una película. Le sirve de conductor un diminuto cínife, vestido de gris, de menos bulto que la mitad de un pequeño, redondo arador, extraído con una aguja del perezoso dedo de una joven . [Su vehículo es un cascaroncillo de avellana labrado por la carpinteadora ardilla, o el viejo gorgojo, inmemorial carruajista de las hadas.] En semejante tren, galopa ella por las noches al través del cerebro de los amantes, que en el acto se entregan a sueños de amor; sobre las rodillas de los cortesanos, que al instate sueñan con reverencias; [sobre los dedos de los abogados, que al punto sueñan con honorarios;] sobre los labios de las damas, que con besos suenan sin demora: estos labios, empero, irritan a Mab con frecuencia, porque exhalan artificiales perfumes y los acribilla de ampollas. A veces el hada se pasea por las narices de un palaciego , que al golpe olfatea en sueños un puesto elevado; a veces viene, con el rabo de un cochino de diezmo, a cosquillear la nariz de un dormido prebendado, que a soñar comienza con otra prebenda más; a veces pasa en su coche por el cuello de un soldado, que se pone a soñar con enemigos a quienes degüella, con brechas, con emboscadas, con hojas toledanas, con tragos de cinco brazas de cabida: Bate luego el tambor a sus oídos, despierta al sentirlo sobresaltado, y [en su espanto], después de una o dos invocaciones, se da a dormir otra vez. Esta [misma] Mab es la que durante la noche entreteje la crin de los caballos y enreda en asquerosa plica las erizadas cerdas, que, llegadas a desenmarañar, presagian desgracia extrema. [Ésta es la hechicera] que visita en su lecho a las vírgenes, [las somete a presión y, primera maestra, las habitúa a ser mujeres resistentes] y sufridas. Ella, ella es la que...

ROMEO

Basta, basta, [Mercucio, basta;] patraña es lo que hablas.

MERCUCIO

Tienes razón, hablo de sueños, hijos de un cerebro ocioso, sólo engendro de la vana fantasía; sustancia tan ligera como el aire y más mudable que el viento, que ora acaricia el helado seno del Norte, ora, irritado, vuelve la faz y sopla en dirección contraria hacia el vaporoso mediodía.

BENVOLIO

Ese viento de que hablas nos lleva a nosotros. Se ha acabado la cena y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO

Temo que demasiado temprano. Mi alma presiente que algún suceso, pendiente aún del sino, va a inaugurar cruelmente en esta fiesta nocturna su curso terrible y a concluir, por el golpe traidor de una muerte prematura, el plazo de esta vida odiosa que se encierra en mi pecho. El que gobierna, empero, mi destino, que arrumbe mi bajel . -Adelante, bravos amigos.

BENVOLIO

Batid, tambores.

(Vanse.)

Escena V

(Salón de la casa de Capuleto.)

(MÚSICOS esperando . Entran CRIADOS.)

CRIADO PRIMERO

¿Dónde está Potpan, que no ayuda a levantar los postres? ¡Andar él con un plato! ¡Él, raspar una mesa!

CRIADO SEGUNDO

Cuando el buen porte de una casa se confía exclusivamente a uno o dos hombres y éstos no son pulcros, es cosa que da asco .

CRIADO PRIMERO

Llévate los asientos, quita el aparador, ojo con la vajilla: -Buen muchacho, resérvame un pedazo de mazapán y, puesto que, me aprecias, di al portero que deje entrar a Susana Grindstone y a Nell. -¡Antonio! ¡Potpan!

(Entra otro CRIADO.)

CRIADO TERCERO

¡Eh! aquí estoy, hombre.

CRIADO PRIMERO

Os necesitan, os llaman, preguntan por vosotros, se os busca en el gran salón.

CRIADO TERCERO

No podemos estar aquí y allá al propio tiempo. -Alegría, camaradas; haya un rato de holgura y que cargue con todo el que atrás venga.

(Se retiran al fondo de la escena.)

(Entran CAPULETO, seguido de JULIETA y otros de la casa, mezclados con los convidados y los máscaras.)

CAPULETO

¡Bienvenidos, señores! Las damas que libres de callos tengan los pies, os tomarán un rato por su cuenta. -¡Ah, ah, señoras mías! ¿Quién de todas vosotras se negará en este instante a bailar? La que se haga la desdeñosa, juraré que tiene callos. ¿Toco en lo sensible? -¡Bienvenidos, caballeros! [Tiempo recuerdo en que también me enmascaraba y en que podía cuchichear al oído de una bella dama esas historias que agradan. -Ya esa época pasó, ya pasó, ya pasó. -¡Salud, señores! -Ea, músicos, tocad.¡Abrid, abrid, haced espacio! Lanzaos en él, muchachas.

(Tocan los músicos y se baila.)]

Eh, tunantes, más luces; doblad esas hojas y apagad el fuego: la pieza se calienta demasiado. -Ah, querido, esta imprevista diversión viene oportunamente. Sí, sí, sentaos, sentaos, buen primo Capuleto; pues vos y yo hemos pasado nuestro tiempo de baile. ¿Cuánto hace de la última vez que nos enmascaramos?

SEGUNDO CAPULETO

Por la Virgen, hace treinta arios.

PRIMER CAPULETO

¡Qué, hombre! No hace tanto, no hace tanto: fue en las bodas de Lucencio. Venga cuando quiera la fiesta de Pentecostés, el día que llegue hará sobre veinte y cinco años que nos disfrazamos.

SEGUNDO CAPULETO

Hace más, hace más: Su hijo es más viejo, tiene treinta años.

PRIMER CAPULETO

¿Me decís eso a mí? Ahora dos era, él menor de edad.

ROMEEO

¿Qué dama es ésa que honra la mano de aquel caballero?

[CRIADO

No sé, señor.]

ROMEEO

¡Oh! Para brillar, las antorchas toman ejemplo de su belleza se destaca de la frente de la noche, cual el brillante de la negra oreja de un etiope. ¡Belleza demasiado -valiosa para ser adquirida, demasiado exquisita para la tierra! Como blanca paloma en medio de una bandada de cuervos, así aparece esa joven entre sus compañeras. Cuando pare la orquesta estaré al tanto del asiento que toma y daré a mi ruda mano la dicha de tocar la suya. ¿Ha amado antes de ahora mi corazón? No, juradlo, ojos míos; pues nunca, hasta esta noche, vísteis la belleza verdadera.

TYBAL

Éste, por la voz, debe ser un Montagüe. -Muchacho, tráeme acá mi espada. -¡Cómo! ¿Osa el miserable venir a esta fiesta, cubierto con un grosero antifaz, para hacer mofa y escarnio en ella? Por la nobleza y renombre de mi estirpe no tomo a crimen el matarle.

PRIMER CAPULETO

¡Eh! ¿Qué hay, sobrino? ¿Por qué, estalláis así?

TYBAL

Tío, ese hombre es un Montagüe, un enemigo nuestro, un vil que se ha entrometido esta noche aquí para escarnecer nuestra fiesta.

PRIMER CAPULETO

¿Es el joven Romeo?

TYBAL

El mismo, ese miserable Romeo.

PRIMER CAPULETO

[Modérate, buen sobrino, déjale en paz; se conduce como un cortés hidalgo y, a decir verdad, Verona le pondera como un joven virtuoso y de excelente educación. Por todos los tesoros de esta ciudad no quisiera que aquí, en mi casa, se le infiriese insulto. Cálmate pues, no hagas en él reparo, ésta es mi voluntad; si la respetas, muestra un semblante amigo, depón ese aire feroz, que sienta mal en una fiesta.

TYBAL

Bien viene cuando un miserable semejante se tiene por huésped. No le aguantaré.

PRIMER CAPULETO

Le aguantaréis, digo que sí. ¡Qué! ¡Señor chiquillo! Idos a pasear. ¿Quién de los dos manda aquí? Idos a pasear. ¿No le aguantaréis? Dios me perdone. ¡Queréis armar bullanga entre mis convidados! ¡Hacer de gallo en tonel! ¡Hacer el hombre!

TYBAL

Pero, tío, es una vergüenza.

PRIMER CAPULETO

A paseo, a paseo, sois un joven impertinente. -¿Pensáis eso de veras? Tal despropósito podría salir mal. -Sé lo que digo. [Tomar a empeño el contrariarme! Sí, a tiempo llega.] (A los que bailan.) Muy bien, queridos míos. -[Andad, sois un presumido.] Manteneos quieto, si no... -Más luces, más luces; ¡da vergüenza! -Os forzaré a estar tranquilo. [¡Vaya! -Animación, queridos.]

TYBAL

La paciencia que me imponen y la porfiada cólera que siento, en su encontrada lucha, hacen temblar mi cuerpo. Me retiraré, pero esta intrusión que ahora grata parece, se trocará en hiel amarga.

(Vase.)

ROMEO (a JULIETA.)

Si mi indigna mano profana con su contacto este divino relicario, he aquí la dulce expiación: ruborosos peregrinos, mis labios se hallan prontos a borrar con un tierno beso la ruda impresión causada.

JULIETA

Buen peregrino, sois harto injusto con vuestra mano, que en lo hecho muestra respetuosa devoción; pues las santas tienen manos que tocan las del piadoso viajero y esta unión de palma con palma constituye un palmario y sacrosanto beso.

ROMEO

¿No tienen labios las santas y los peregrinos también?

JULIETA

Sí, peregrino, labios que deben consagrar a la oración.

ROMEO

¡Oh! Entonces, santa querida, permite que los labios hagan lo que las manos. Pues ruegan, otórgales gracia para que la fe no se trueque en desesperación.

JULIETA

Las santas permanecen inmóviles cuando otorgan su merced.

ROMEO

Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mi oración. Por la intercesión de vuestros labios, así, se ha borrado el pecado de los míos.

(La da un beso.)

JULIETA

Mis labios, en este caso, tienen el pecado que os quitaron.

ROMEO

¿Pecado de mis labios? ¡Oh, dulce reproche! Volvedme el pecado otra vez.

JULIETA

Sois docto en besar .

NODRIZA

Señora, vuestra madre quiere decir os una palabra.

ROMEO

¿Cuál es su madre?

NODRIZA

Sabedlo, joven, su madre es la dueña de la casa; una buena, discreta y virtuosa señora. Su hija, con quien hablabais, ha sido criada por mí y os aseguro que el que le ponga la mano encima, tendrá los talegos.

ROMEO

¿Es una Capuleto? ¡Oh, cara acreencia! Mi vida es propiedad de mi enemiga.

[BENVOLIO

Vamos, salgamos; harta fiesta hemos tenido.

ROMEO

Sí, tal temo yo; mi tormento está en su colmo.]

PRIMER CAPULETO

Eh, señores, no penséis en marcharos; va a servirse una humilde, ligera colación. - ¿Estáis en iros aún? Bien, entonces doy gracias a todos: gracias, nobles hidalgos, buenas noches. - ¡Más luces aquí! -Ea, vamos pues, a acostarnos. Ah, querido, (al Segundo Capuleto) por mi honor, se hace tarde; voy a descansar.

(Vanse todos, menos JULIETA y la NODRIZA.)

JULIETA

Llégate acá, nodriza: ¿Quién es aquel caballero?

NODRIZA

El hijo y heredero del viejo Tiberio.

JULIETA

¿Quién, el que pasa ahora el dintel de la puerta?

NODRIZA

Sí, ése es, me parece, el joven Petruchio.

JULIETA

El que le sigue, que no quiso bailar, ¿quién es?

NODRIZA

No sé.

JULIETA

Anda, pregunta su nombre. -Si está casado, es probable que mi sepulcro sea mi lecho nupcial.

NODRIZA

Se llama Romeo; es un Montague, el hijo único de vuestro gran enemigo.

JULIETA

¡Mi único amor emanación de mi único odio! ¡Demasiado pronto lo he visto sin conocerle y le he conocido demasiado tarde! Extraño destino de amor es, tener que amar a un detestado enemigo.

NODRIZA

¿Qué decís, qué decís?

JULIETA

Un verso que ahora mismo me enseñó uno con quien bailé.

(Llaman desde dentro a JULIETA.)

NODRIZA

Al instante, al instante. Venid, salgamos: los desconocidos... todos se han marchado.

(Entra EL CORO.)

Una antigua pasión yace ahora en su lecho de muerte y un joven afecto aspira a su herencia. La beldad por quien el amor gemía y anhelaba morir, comparada con la tierna Julieta, aparece sin encantos. Romeo ama al presente de nuevo y es correspondido: uno y otro amante se han hechizado igualmente con su mirar; pero él tiene que dolerse con su enemiga supuesta y ella que robar de un anzuelo peligroso el dulce cebo de la pasión. Él, mirado como adversario, carecerá de entrada para pronunciar esos juramentos que acostumbran los apasionados; y ella, como él amorosa, tendrá muchos menos recursos para verse do quier con su bien querido. Pero la pasión les presta poder y la ocasión les ofrecerá los medios de acercarse, compensando sus angustias con dulzuras extremas.

(Vanse.)

Acto segundo

Escena I

(Plaza abierta, contigua al jardín de CAPULETO.)

(Entra ROMEO.)

ROMEO

¿Puedo alejarme, cuando mi corazón está aquí? Atrás, estúpida arcilla, busca tu centro.

(Escala el muro y salta al jardín.)

(Entran BENVOLIO y MERCUCIO.)

BENVOLIO

¡Romeo! ¡Mi primo Romeo!

MERCUCIO

No es tonto: Por mi vida, se ha escabullido de su casa para buscar su lecho.

BENVOLIO

Se ha corrido por este lado y saltado el muro del jardín. Llámale, amigo Mercucio.

MERCUCIO

Haré más, voy a mezclar su nombre con sortilegios. -¡Romeo! ¡Capricho, locura, pasión, amor! Aparece bajo la forma de un suspiro, recita un verso y me basta. Haz oír un solo - ¡Ay!- Pon siquiera en rima, pasión y pichón: dirige a mi comadre Venus una dulce palabra, un apodo a su ciego hijo, a su heredero el tierno Adam Cupido , el que tan bien disparó cuando el rey Cophetua se enamoró de la joven mendiga. No oye, [está sin acción, no se mueve. El pobrecillo está muerto y tengo a la fuerza que evocarle.] -Yo te conjuro por los brillantes ojos de Rosalina, por su frente elevada, por sus purpúreos labios, por su lindo pie, su esbelta pierna, su regazo provocador, por cuanto más éste guarda, que te nos aparezcas en tu forma propia.

BENVOLIO

Si te oye, se enfadará.

MERCUCIO

Lo que digo no puede enfadarlo. Enfado le causaría el que se hiciera surgir algún espíritu de extraña naturaleza en el círculo de su adorada y que allí se le mantuviera hasta que ella, por medio de exorcismos, le volviese a la profundidad. Esto sería una ofensa; pero mi invocación es razonable y honrosa: yo sólo conjuro en nombre de su dama o para que él mismo aparezca.

BENVOLIO

Ven, se ha hecho invisible entre esos árboles, para unificarse con la húmeda noche. Su amor es ciego y se halla más a gusto en las tinieblas.

MERCUCIO

Si el amor es ciego, no puede dar en el blanco. Nuestro hombre se sentará ahora al pie de algún níspero y deseará que su amada sea esa especie de fruta que llaman manzana las jóvenes, cuando a solas se ríen. ¡Romeo, buenas noches! -Voy en busca de mi colchón: esta cama de campaña es, [para dormir], hartó fría. Ea, ¿nos vamos?

BENVOLIO

Sí, marchémonos; pues es inútil buscar aquí al que no quiere ser hallado.

(Vanse.)

Escena II

(Jardín de la casa de Capuleto.)

(Entra ROMEO.)

ROMEO

Se ríe de cicatrices el que jamás recibió una herida.

(Aparece JULIETA en la ventana.)

¡Pero calla! ¿Qué luz brota de aquella ventana? ¡Es el Oriente, Julieta es el sol! Alza, bella lumbrera y mata a la envidiosa luna, ya enferma y pálida de dolor, porque tú, su sacerdotisa, la excedes mucho en belleza. No la sirvas, pues que está celosa. Su verde, descolorida librea de vestal, la cargan sólo los tontos; despójate de ella. [Es mi diosa; ¡ah, es mi amor! ¡Oh! ¡Que no lo supiese ella!-] Algo dice, no, nada. ¡Qué importa! Su mirada habla, voy a contestarle. -Bien temerario soy, no es a mí a quien se dirige. Dos de las más brillantes estrellas del cielo, teniendo para algo que ausentarse, piden encarecidamente a sus ojos que rutilen en sus esferas hasta que ellas retornen. ¡Ah! ¿Si sus ojos se hallaran en el cielo y en su rostro las estrellas! El brillo de sus mejillas haría palidecer a éstas últimas, como la luz del sol a una lámpara. Sus ojos, desde la bóveda celeste, a través de las aéreas regiones, tal resplandor arrojarían, que los pájaros se pondrían a cantar, creyendo día la noche. ¡Ved cómo apoya la mejilla en la mano! ¡Oh! ¡Que no fuera yo un guante de esa mano, para poder tocar esa mejilla!

JULIETA

¡Ay de mí!

ROMEO

¡Habla! -¡Oh! ¡Prosigue hablando, ángel resplandeciente! Pues al alzar, para verte, la mirada, tan radiosa me apareces, como un celeste y alado mensajero a la atónita vista de los mortales, que, con ojos elevados al Cielo, se inclinan hacia atrás para contemplarme, cuando a trechos franquea el curso de las perezosas nubes y boga en el seno del ambiente.

JULIETA

¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Renuncia a tu padre, abjura tu nombre; o, si no quieres esto, jura solamente amarme y ceso de ser una Capuleto.

ROMEO (aparte.)

¿Debo oír más o contestar a lo dicho?

JULIETA

Sólo tu nombre es mi enemigo. [Tú eres tú propio, no un Montagüe pues.] ¿Un Montagüe? ¿Qué es esto? Ni es piano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni otro [algún varonil] componente. [¡Oh! ¡Sé otro nombre cualquiera!] ¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos rosa, lo mismo perfumaría con otra designación. Del mismo modo, Romeo, aunque no se llamase Romeo, conservaría, al perder este nombre, las caras perfecciones que tiene. -Mi bien, abandona este nombre, que no forma parte de ti mismo y toma todo lo mío en cambio de él.

ROMEO

Te cojo por la palabra. Llámame tan sólo tu amante y recibiré un segundo bautismo: De aquí en adelante no seré más Romeo.

JULIETA

¿Quién eres tú, que así, encubierto por la noche, de tal modo vienes a dar con mi secreto?

ROMEO

No sé qué nombre darme para decirte [quién soy.] Mi nombre, santa querida, me es odioso, porque es un contrario tuyo. Si escrito lo tuviera, haría pedazos lo escrito.

JULIETA

Mis oídos no han escuchado aún cien palabras pronunciadas por esta voz y, sin embargo, reconozco el metal de ella. ¿No eres tú Romeo? ¿Un Montague?

ROMEO.

Ni uno ni otro, santa encantadora, si ambos te son odiosos .

JULIETA

¿Cómo has entrado aquí? ¿Con qué objeto? Responde. Los muros del jardín son altos y difíciles de escalar: considera quién eres; este lugar es tu muerte si alguno de mis parientes te halla en él.

ROMEO

Con las ligeras alas de Cupido he franqueado estos muros; pues las barreras de piedra no son capaces de detener al amor: Todo lo que éste puede hacer lo osa. Tus parientes, en tal virtud, no son obstáculo para mí.

JULIETA

Si te encuentran acabarán contigo.

ROMEO

¡Ay! Tus ojos son para mí más peligrosos que veinte espadas tuyas. Dulcifica sólo tu mirada y estoy a prueba de su encono.

JULIETA

No quisiera, por cuanto hay, que ellos te vieran aquí.

ROMEO

En mi favor esta el manto de la noche, que me sustrae de su vista; y con tal que me ames, poco me importa que me hallen en este sitio. Vale más que mi vida sea víctima de su odio que el que se retarde la muerte sin tu amor.

JULIETA

¿Quién te ha guiado para llegar hasta aquí?

ROMEO

El amor, que a inquirir me impulsó el primero; él me prestó su inteligencia y yo le presté mis ojos. No entiendo de rumbos, pero, aunque estuvieses tan distante como esa extensa playa que baña el más remoto Océano, me aventuraría en pos de semejante joya.

JULIETA

El velo de la noche se extiende sobre mi rostro, tú lo sabes; si así no fuera, el virginal pudor coloraría mis mejillas al recuerdo de lo que me has oído decir esta noche. Con el alma quisiera guardar aun las apariencias; ansiosa, ansiosa negar lo que he dicho; ¡pero fuera ceremonias! ¿Me amas tú? Sé que vas a responder -sí; y creeré en tu palabra. Mas no jures; podrías traicionar tu juramento: de los perjuros de los amantes, es voz que Júpiter se ríe. ¡Oh caro Romeo! Si me amas, decláralo lealmente; y si es que en tu sentir me he rendido con harta ligereza, pondré un rostro severo, mostrará crueldad y te diré no, para que me hagas la corte. En caso distinto, ni por el universo obraría así. Créeme, bello Montagüe, mi pasión es extrema y por esta razón te puedo aparecer de ligera conducta; pero fía en mí, hidalgo: más fiel me mostraré yo que esas que saben mejor afectar el disimulo. Yo hubiera sido más reservada, debo confesarlo, si tú no hubieras sorprendido, antes de que pudiera apercibirme, la apasionada confesión de mi amor. Perdóname, pues, y no imputes a ligereza de inclinación esta debilidad que así te ha descubierto la oscura noche.

ROMEO

Señora, juro por esa luna sagrada, que platea sin distinción las copas de estos frutales.-

JULIETA

¡Oh! No jures por la luna, por la inconstante luna, cuyo disco cambia cada mes, no sea que tu amor se vuelva tan variable.

ROMEO

¿Por qué debo jurar?

JULIETA

No hagas juramento alguno; o si te empeñas, jura por ti, el gracioso ser, dios de mi idolatría, y te creeré.

ROMEO

Si el caro amor de mi alma.-

JULIETA

Bien, no jures: aunque eres mi contento, no me contenta sellar el compromiso esta noche. Es muy precipitado, muy imprevisto, súbito en extremo; igual exactamente al relámpago, que antes de decirse: -brilla, desaparece. ¡Mi bien, buenas noches! Desenvuelto por el hálito de estío, este botón de amor, será quizás flor bella en nuestra próxima entrevista. ¡Adiós, adiós! ¡Que un reposo, una calma tan dulce cual la que reina en mi pecho se esparza en el tuyo!

ROMEO

¡Oh! ¿Quieres dejarme tan poco satisfecho?

JULIETA

¿Qué satisfacción puedes alcanzar esta noche?

ROMEO

El mutuo cambio de nuestro fiel juramento de amor.

JULIETA

¿Mi amor? Te lo di antes de que lo hubieses pedido. Y sin embargo. quisiera que se pudiese dar otra vez.

ROMEO

¿Querías privarme de él? ¿A qué fin, amor mío?

JULIETA

Solamente para ser generosa y dártelo segunda ocasión. Mas deseo una dicha que ya tengo. Mi liberalidad es tan ilimitada como el mar; mi amor, inagotable como él; mientras más te doy, más me, queda; la una y el otro son infinitos.

(La NODRIZA llama desde dentro.)

Oigo ruido allá dentro. -¡Caro amor, adiós! -Al instante, buena nodriza. -Dulce Montague, sé fiel. Aguarda un minuto más, voy a volver.

(Se retira.)

ROMEO

¡Oh, dichosa, dichosa noche! Como es de noche, tengo miedo que todo esto no sea sino un sueño, dulce, halagador a lo sumo para ser real.

(Vuelve JULIETA a la ventana.)

JULIETA

Dos palabras, querido Romeo, y me despido de veras. Si las tendencias de tu amor son honradas, si el matrimonio es tu fin, hazme saber mañana por la persona que hará llegar hasta ti, en qué lugar y hora quieres realizar la ceremonia; e iré a poner mi todo a tus pies, a seguirte, dueño mío, por todo el universo.

[NODRIZA (desde dentro)]

¡Señora!

JULIETA

Voy al momento. -Pero si no es buena tu intención, te ruego...

NODRIZA (desde dentro.)

¡Señora!

JULIETA

Al instante, allá voy: -que ceses en tus instancias y me abandones a mi dolor. ¡Mañana enviaré!

ROMEO

Por la salud de mi alma.-

JULIETA

¡Mil veces feliz noche!

(Vase.)

ROMEO

Más que infeliz mil veces por faltarme tu luz.-] Como el escolar, lejos de sus libros, corre el amor hacia el amor; pero el amor del amor se aleja, como el niño que vuelve a la escuela, con semblante contrito.

(Retirándose pausadamente.)

(Reaparece JULIETA en la ventana.)

JULIETA

¡Chist! ¡Romeo, chist! -¡Oh! ¡Que no tenga yo la voz del halconero, para atraer aquí otra vez a ese dócil azor! La esclavitud tiene el habla tomada y no puede alzarla; de no ser así, volaría la caverna en que habita Eco y pondría su voz aérea más ronca que la mía haciéndole repetir el nombre de mi Romeo.

ROMEO

Es mi alma la que llama por mi nombre. ¡Cuán dulces y argentinos son en medio de la noche los acentos de un amante, [de qué música deliciosa llenan los oídos!]

JULIETA

¡Romeo!

ROMEO

¿Mi bien?

JULIETA

¿A qué hora enviaré [a encontrarte] mañana?

ROMEO

A las nueve.

JULIETA

No caeré en falta. De aquí allá van veinte años. He olvidado para qué te llamé.

ROMEO

Déjame permanecer aquí hasta que lo recuerdes.

JULIETA

Lo olvidaré para tenerte ahí siempre, recordando cuánto me place tu presencia.

ROMEO

Y yo de continuo estaré ante ti, para hacerte olvidar sin interrupción, olvidándome de todo otro hogar que éste.

JULIETA

Casi es de día. Quisiera que te hubieses ido; pero no más lejos de lo poco que una niña traviesa deja volar al pajarillo que tiene en la mano; infeliz cautivo de trenzadas ligaduras, al que así atrae de nuevo, recogiendo de golpe su hilo de seda. ¡Tanto es su amor enemigo de la libertad del prisionero!

ROMEO

Yo quisiera ser tu pajarillo.

JULIETA

Yo también lo quisiera, dulce bien; pero te haría morir a fuerza de caricias. ¡Adiós! despedirse es un pesar tan dulce, que adiós, adiós, diría hasta que apareciese la aurora.

(Se retira.)

ROMEO

¡Que el sueño se aposente en tus ojos y la paz en tu corazón! -¡Quisiera ser el sueño y la paz para tener tan dulce lecho! Me voy de aquí a la celda de mi padre espiritual, para implorar su asistencia y noticiarle mi dichosa fortuna.

Escena III

(Celda del hermano Lorenzo.)

(Entra éste con una cesta.)

FRAY LORENZO

La mañana, de grises ojos, sonríe sobre la tenebrosa frente de la noche, incrustando de rayas luminosas las nubes del Oriente. Las lánguidas tinieblas, tambaleando como un ebrio, huyen de la ruta del día y de las inflamadas ruedas del carro de Titán . Antes, pues, que la roja faz del sol traspase el horizonte para vigorizar la luz y seque el húmedo rocío de la noche, fuerza es que llenemos esta cesta de mimbres de nocivas plantas y de flores de un jugo saludable. [La tierra es la madre y la tumba de la naturaleza ; su antro sepulcral es su seno creador, del cual vemos surgir toda clase de engendros, que de ella, de sus maternales entrañas, se nutren, la mayor parte dotados de virtudes numerosas, todos con alguna particular, ninguno semejante a otro.] ¡Oh! ¡Grande es la eficaz acción que reside en las yerbas, las plantas y las piedras, en sus íntimas propiedades! Porque nada existe, tan despreciable en la tierra, que a la tierra no proporcione algún especial beneficio; nada tan bueno, que si es desviado de su uso legítimo, no degenera de su primitiva esencia y no se trueque en abuso. Mal aplicada, la propia virtud se torna en vicio y el vicio, a ocasiones, se ennoblece por el buen obrar. -En el tierno cáliz de esta flor pequeña tiene su albergue el veneno y su poder la medicina: si se la huele, estimula el olfato y los sentidos todos; si se la gusta, con los sentidos acaba, matando el corazón. Así, del propio modo que en las plantas, campean siempre en el pecho humano dos contrarios en lucha, la gracia y la voluntad rebelde, siendo pasto instantáneo del cáncer de la muerte la creación en que predomina el rival perverso.

(Entra ROMEO.)

ROMEO

Buenos días, padre.

FRAY LORENZO

¡Benedicite! ¿Qué voz matinal me saluda tan dulcemente? -Joven hijo mío, signo es de alguna mental inquietud el despedirte tan temprano del lecho. El cuidado establece su vigilancia en los ojos del anciano; y donde el cuidado se aloja, jamás viene a fijarse el sueño: por el contrario, allí, donde se extiende y reposa la juventud, exenta de físicos y morales padecimientos, el dorado sueño establece sus reales. Así, pues, tu madrugar me convence que alguna agitación de espíritu te ha puesto en pie; de no ser esto, doy ahora en lo veraz. -Nuestro Romeo no se ha acostado esta noche.

ROMEO

Esa conclusión es la verdadera; pero ningún reposo ha sido más dulce que el mío.

FRAY LORENZO

¡Perdone Dios el pecado! ¿Estuviste con Rosalina?

ROMEO

¿Con Rosalina? No, mi padre espiritual. He olvidado ese nombre y los pesares que trae consigo.

FRAY LORENZO

¡Buen hijo mío! Pero al fin, ¿dónde has estado?

ROMEO

Voy a decírtelo antes que me lo preguntes de nuevo. En unión de mi enemiga, me la he pasado en un festejo, donde improvisamente me ha herido una a quien herí a mi vez. Nuestra común salud depende de tu socorro y de tu santa medicina. Viéndolo estás, pío varón, ningún odio alimento cuando al igual que por mí intercedo por mi contrario.

FRAY LORENZO

Sé claro, hijo mío; llano en tu verbosidad. Una confesión enigmática sólo alcanza una ambigua absolución.

ROMEO

Sabe, pues, en dos palabras, que la encantadora hija del rico Capuleto es objeto de la profunda pasión de mi alma; que mi amor se ha fijado en ella como el suyo en mí y que, todo ajustado, resta sólo lo que debes ajustar por el santo matrimonio. Cuándo, dónde y cómo nos hemos visto, hablado de amor y trocado juramentos, te lo diré por el camino; lo único que demando es que consentas en casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO

¡Bendito San Francisco! ¡Qué cambio éste! Rosalina, a quien tan tiernamente amabas, ¿abandonada tan pronto? El amor de los jóvenes no existe, pues, realmente en el corazón, sino en los ojos. ¡Jesús, María! ¡Cuántas lágrimas, por causa de Rosalina, han bañado tus pálidas mejillas! ¡Cuánto salino fluido prodigado inútilmente para sazonar un amor que no debe gustarse! El sol no ha borrado todavía tus suspiros de la bóveda celeste, tus eternos lamentos resuenan aún en mis caducos oídos. El seco rastro de una lágrima, no llegada a enjugar, existe en tu mejilla, helo ahí. Si fuiste siempre tú mismo, si esos dolores eran los tuyos, tus dolores y tú a Rosalina sólo pertenecían. ¿Y te muestras cambiado? Pronuncia, pues, este fallo- Dable es flaquear a las mujeres, toda vez que no existe fortaleza en los hombres.

ROMEO

Me has reprobado a menudo mi amor por Rosalina.

FRAY LORENZO

Tu idolatría, no tu amor, hijo mío.

ROMEO

Me dijiste que le sepultara.

FRAY LORENZO

No que sepultaras uno para sacar otro a luz.

ROMEO

No amonestes, te lo suplico: la que amo ahora me devuelve merced por merced, amor por amor; la otra no obraba de este modo.

FRAY LORENZO

¡Oh! ¡Bien sabía ella que tu amor decoraba su lección sin conocer el silabario! Mas ven, joven inconstante, ven conmigo: una razón me determina a prestarte mi ayuda. Quizás esta alianza produzca la gran dicha de trocar en verdadera afección el odio de vuestras familias.

ROMEO

¡Oh! Partamos; me hallo en urgencia extrema.

FRAY LORENZO

Tiento y pausa. El que apresurado corre, da tropezones.

(Se marchan.)

Escena IV

(Una calle.)

(Entran BENVOLIO y MERCUCIO.)

MERCUCIO

¿Dónde diablos puede estar ese Romeo? ¿No ha entrado en su casa esta noche?

BENVOLIO

No ha estado en la de su padre; yo hablé con su criado.

MERCUCIO

¡Ah! Esa criatura sin corazón, esa pálida Rosalina, le atormenta de tal modo, que, de seguro, perderá la razón.-

BENVOLIO

Tybal, el sobrino del viejo Capuleto, ha enviado una carta a casa de su padre .

MERCUCIO

Un cartel de desafío, pongo mi vida.

BENVOLIO

Romeo contestará a él.

MERCUCIO

Todo el que sabe escribir puede, contestar una carta.

BENVOLIO

Cierto, responderá al autor de ella, desafío por desafío.

MERCUCIO

¡Ay, pobre Romeo! Ya está muerto. Apuñaleado por los negros ojos de una blanca beldad, herido el oído con un canto de amor, ingerida en el mismo centro del corazón una saeta del pequeño y ciego arquero, ¿es hombre en situación de hacer frente a Tybal?

BENVOLIO

¡Eh! ¿Quién es Tybal?

MERCUCIO

Más que un príncipe de gatos, os lo puedo afirmar. ¡Oh! Es el formidable campeón de la cortesía. Se bate como el que modula una canción musical: guarda el compás, la medida, el tono; os observa su pausa de mínima, una, dos, y la tercera en el pecho. Os horada maestramente un botón de seda: un duelista, un duelista, un caballero de la legítima, principal escuela, que en todo funda su honor. Sí, el sempiterno pase, la doble finta, el ¡aah!

BENVOLIO

¿El qué?

MERCUCIO

¡Al diablo esos fatuos ridículos, pretenciosos media lenguas, esos modernos acentuadores de palabras! -¡Por Jesús, una hoja de primera! ¡Una gran talla! ¡Una liebre exquisita! -Di, abuelo, ¿no es una cosa deplorable que de tal modo nos veamos afligidos por esos exóticos moscones, esos traficantes de modas nuevas, esos pardonnez-moi, tan aferrados a las formas del día, que no pueden sentarse a gusto en un viejo escabel? ¡Oh! ¡Sus bonjours, sus bonsoirs!

(Entra ROMEO.)

BENVOLIO

Ahí viene Romeo, ahí viene Romeo.

MERCUCIO

Enjuto, como un curado arenque. -¡Oh, carne, carne, en qué magrez te has convertido! -Vedlo; alimentándose está con las cadencias que flúan de la vena de Petrarca. Laura, en comparación de su dama, era sólo una fregona; sí, pero tenía más hábil trovador por apasionado, Dido, una moza inculta; Cleopatra, una gitana; Helena y Hero, mujeres de mal vivir, unas perdidas; Tisbe, unos azules ojos o cosa parecida, pero sin alma. -¡Señor Romeo, bon jour! Éste es un saludo francés a vuestros franceses pantalones. Anoche nos la pegasteis de lo lindo.

ROMEO

Buenos días, señores. ¿Qué cosa os pegué?

MERCUCIO

La escapada, querido, la escapada; ¿no acabáis de comprender?

ROMEO

Perdón, buen Mercucio, tenía mucho que hacer y, en un caso como el mío, es dable a un hombre quebrar cumplidos.

MERCUCIO

Esto equivale a decir que un caso como el vuestro fuerza a un hombre a quebrar las corvas.

ROMEO

En el sentido de cortesía.

MERCUCIO

Con sumo favor la aplicaste.

ROMEO

Manifestación cortés en extremo.

MERCUCIO

Sí, yo soy de la cortesía el punto supino.

ROMEO

Punto por flor.

MERCUCIO

Exactamente.

ROMEO

Pues entonces mis zapatos están bien floreados.

MERCUCIO

Deducción cabal : prosíguenos esta punta de agudeza hasta que hayas usado tus zapatos y, de este modo, cuando, por efecto del uso, no exista la suela, quizás quede la punta, que será sola en su especie.

ROMEO

¡Oh! ¡Fútil agudeza, singular únicamente por su propia singularidad!

MERCUCIO

Interponte entre nosotros, buen Benvolio; mi vena se agota.

ROMEO

Vara y espuelas, vara y espuelas; o pediré que me apareen otro.

MERCUCIO

No, si tu ingenio empeña la caza del ganso silvestre, por perdido me doy; pues más de silvestre ganso tienes tú seguramente en un sólo sentido que yo en los cinco míos. ¿Hacía yo el ganso contigo?

ROMEO

Jamás te has reunido conmigo para hacer de otra cosa que de ganso.

MERCUCIO

Voy a morderte en la oreja por ese chiste.

ROMEO

No, buen ganso, no muerdas.

MERCUCIO

Tu gracejo es como una manzana agria; tiene un sabor muy picante.

ROMEO

¿Y no es sazón a propósito para una gansa dulce?

MERCUCIO

¡Oh! He aquí un chiste de piel de cabra; elástico, en su ancho, desde una pulgada hasta cerca de una vara.

ROMEO

Le doy todo el largo a esa voz ancho, que, añadida a ganso, te hace, a lo ancho y a lo largo, un ganso solemne .

MERCUCIO

Vaya, ¿no vale más esto que estar exhalando quejumbres de amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo, ahora te muestras cual eres por índole y educación. Créeme, ese imbécil

amor es un gran badulaque que, con la boca abierta, anda corriendo de un lado a otro para ocultar su pequeño maniquí en un agujero.

BENVOLIO

Detente ahí, detente ahí.

MERCUCIO

Quieres cortarme la palabra de un modo brusco.

BENVOLIO

De proseguir, hubieras eternizado tu historia.

MERCUCIO

¡Oh! Te engañas, la hubieras acertado; pues había tratado la materia a fondo y no tenía ciertamente intención de prolongar el argumento.

ROMEO

¡He ahí un hermoso aparejo!

(Entran la NODRIZA y PEDRO.)

MERCUCIO

¡Una vela, una vela, una vela!

BENVOLIO

Dos, dos; un pantalón y una saya .

NODRIZA

¡Pedro!

PEDRO

Mandad.

NODRIZA

Mi abanico, Pedro .MERCUCIO

Dáselo, por favor, buen Pedro, para que oculto la faz; de las dos, vale más la de su abanico.

NODRIZA

Buenos días os dé Dios, señores.

MERCUCIO

Él os dé buenas tardes, gentil dama.

NODRIZA

¿Es ya tarde realmente?

MERCUCIO

Nada menos, os lo afirmo; la libre mano del cuadrante marca la puesta del sol.

NODRIZA

¡Quitad allá! ¿Qué hombre sois?

ROMEO

Uno, señora, que Dios creó para echarse él mismo a perder.

NODRIZA

Bien contestado, por vida mía. -¿No ha dicho para perderse él mismo? -Señores, ¿puede alguno de vosotros indicarme dónde es dable hallar al joven Romeo?

ROMEO

Yo puedo informaros; pero el joven Romeo, hallado que sea, será más viejo de lo que era al tiempo de andar vos en su busca. Yo soy el más joven de ese nombre en defecto de otro peor.

NODRIZA

Decís bien.

MERCUCIO

¿Sí? ¿Lo peor bien? El bien tomar, a fe mía. Juiciosa, juiciosamente.

NODRIZA

Si sois Romeo, señor, deseo conferenciar con vos.

BENVOLIO

Quiere invitarle a alguna cena.

MERCUCIO

¡Una intrigante, una intrigante, una intrigante! ¡Hola! ¡Eh!

ROMEO

¿Qué has hallado?

MERCUCIO

Ninguna liebre, querido, si no es una liebre en un pastel de Cuaresma, rancio y mohoso antes de ser acabado.

(Cantando.)

Liebre, aunque dura y picada,

Añeja liebre pasada,

En Cuaresma es de comer;

Pero una que el moho ostenta

Y de vejez pierde cuenta

No es plato para un doncel.

Romeo, ¿vendréis a casa de vuestro padre? A la hora de comer estaremos allí.

ROMEO

Iré a reunirme con vosotros.

MERCUCIO (Cantando.)

Adiós, vieja dama; adiós, señora, señora, señora.

(Vanse MERCUCIO y BENVOLIO.)

NODRIZA

¡Vaya, adiós! -¿Queréis decirme, señor, quién es ese mozo insolente, tan lleno de malicia?

ROMEO

Un hidalgo, nodriza, que gusta escucharse a sí propio y que dice más en un minuto de lo que aguantaría oír en un mes.

NODRIZA

Si osa decir algo en contra mía, doy con él en tierra, aunque sea más fornido de lo que aparenta; con él y veinte jaquetones de su ralea. Y si no puedo, encontraré quienes puedan. ¡Ruin tunante! No soy ninguno de sus gastados estuches, ninguna de sus compañeras de puñal. -Y tú también, ¿es justo que estés ahí y permitas que todo bellaco abuse de mí a su placer?

PEDRO

A nadie he visto abusar de vos a su placer; si visto lo hubiera, mi tizona habría salido a relucir prontamente, os lo aseguro. Yo desenvaino con igual presteza que otro cuando veo la ocasión de una buena riña y el favor está de mi parte.

NODRIZA

En este momento, Dios me es testigo, siento tal vejación, que todo el cuerpo me tiembla. ¡Ruin bellaco! -Permitidme una palabra, caballero. Como ya os dije, mi señorita me ha enviado a buscaros. -Lo que me ha prevenido hacer presente, lo guardaré para mí hasta tanto me digáis si tenéis la intención de conducirla al paraíso de los locos, como dice el vulgo. Éste sería un muy villano proceder, como el vulgo dice; pues la señorita es joven, y por lo tanto, si usarais de doblez con ella, sería en verdad una cosa indigna de ponerse en planta con una doncella noble, sería ejercitar una acción bien torpe.

ROMEO

Nodriza, di bien de mí a tu señorita, a tu dueña. Te juro...-

NODRIZA

¡Buen corazón! Sí, bajo mi palabra, la diré todo eso. Señor, señor, se va a llenar de júbilo.

ROMEO

¿Qué intentas decirle, nodriza? No me prestas atención.

NODRIZA

La diré, señor... -que juráis; lo que, para mí, equivale a prometer como hidalgo.

ROMEO

Dila que busque el medio de ir a confesión esta tarde ; y que en el convento, en la celda de Fray Lorenzo, [quedará confesa y casada]. Toma por tu trabajo.

NODRIZA

No, en verdad, señor; ni un ochavo.

ROMEO

Vaya, digo que lo tomes.

[NODRIZA

¿Esta tarde, señor? Corriente, allí estará.]

ROMEO

Y tú, buena nodriza, aguarda detrás del muro de la abadía: dentro de una hora mi criado irá a reunirse contigo y te llevará una escala de cuerda, cuyos cabos, en la misteriosa noche, me darán ascenso, al pináculo de mi felicidad. ¡Adiós! Sé fiel y recompensaré tus servicios. ¡Adiós! Ponme bien con tu señora .

[NODRIZA

¡Que el Dios del cielo te bendiga! -Una palabra, señor.

ROMEO

¿Qué dices, cara nodriza?

NODRIZA

¿Es discreto vuestro criado? ¿No habéis oído decir que, de dos personas, una sobra para guardar un secreto?

ROMEO

Mi criado es tan fiel como el acero, yo te lo garantizo.

NODRIZA

Bien, señor, mi ama es la mas dulce criatura. -¡Señor, señor! -Aún era una pequeña habladora. -¡Oh! -Hay en Verona un caballero, un tal Paris, que de buen grado la echaría el anzuelo; pero ella, la buena alma, gustara tanto de ver a un sapo, a un verdadero sapo, como de verle a él. Yo la desespero a ocasiones diciendola que Paris es el galán más donoso; pero, creedme, cuando la digo esto se pone tan blanca como una cera. Romero y Romeo ¿no, comienzan los dos por la misma letra?

ROMEO

Sí, nodriza, ¿a qué esto? ambos con una R.

NODRIZA

¡Ah, burlón! Ese es el nombre del perro. R es para el perro . No; sé que el principio es otra letra: de él, de vos y de Romero, ha formado ella la más linda composición; sí, bien os haría el oírla.]

ROMEO

Di bien de mí a tu señora.

(Se marcha.)

NODRIZA

Sí, mil y mil veces. -¡Pedro!

PEDRO

¡Presente!

NODRIZA

Pedro, toma mi abanico y marcha delante.

(Vanse.)

Escena V

(Jardín de Capuleto.)

(Entra JULIETA.)

JULIETA

Las nueve daban cuando envié la nodriza: me había prometido estar de vuelta en media hora. Quizás no puede dar con él. ¡Oh! No es esto; es coja. Los mensajeros del amor debieran ser pensamientos; [ellos salvan el espacio con diez veces más rapidez que los rayos del sol cuando ahuyentan las sombras de las oscuras colinas. Por eso es que ligeras palomas tiran del carro del Amor, por eso Cupido, veloz como el aire, tiene alas. -Ya el sol, en su curso de este día, ha llegado a su mayor altura y de las nueve a las doce se han pasado tres largas horas -y ella no ha vuelto aún. Si tuviera el corazón, la ardiente sangre de la juventud, rápida como un proyectil fuera en su marcha; una palabra mía la lanzaría al lado de mi dulce bien y otra de éste a mi lado. Pero la gente vieja la da por fingirse in extremis; lenta, inerte, pesada y con sombra de plomo.]

(Entran la NODRIZA y PEDRO.)

¡Oh, Dios, ella es! Cara nodriza, ¿qué hay? [¿Le encontraste? Despide al criado.

NODRIZA

Pedro, esperad en la puerta.

(Vase PEDRO.)

JULIETA

Y bien, buena, querida nodriza. -¡Cielos! ¿por qué ese aire triste? Aunque sean malas las nuevas, comunícamelas alegremente: si son buenas, no rebajes su dulce cadencia exponiéndolas con tan hosco semblante.]

NODRIZA

Estoy fatigada, dejadme reposar un momento. ¡Ahí! ¡cuál me duelen los huesos! ¡Qué caminata he hecho!

JULIETA

Quisiera que tuvieses mis huesos y tener yo tus noticias. Eh, vamos, habla, te lo suplico; habla, buena, bondadosa nodriza.

NODRIZA

¡Jesús! ¡Qué prisa! ¿No podéis aguardar un instante? ¿No veis que estoy sin aliento?

JULIETA

¿Cómo es que te falta, cuando lo tienes para decirme que estás sin él? Las razones que produces en este intervalo de tiempo son más largas que el relato que estás excusando. Tus noticias, ¿son buenas o malas? Responde a esto; di sí o no y aguardaré por los detalles. Sácame de ansiedad, ¿son buenas o malas?

NODRIZA

Bien, habéis hecho una tonta elección; no sabéis escoger un hombre. ¡Romeo! No, él no. Aunque su rostro sea el del varón más bello, no hay pierna de varón como la suya; y por lo que hace a mano, pie y cuerpo -aunque no dignas de mencionarse, sobrepujan toda comparación. No es la flor de la cortesía- mas garantizo que es tan dulce como un cordero. -Sigue tu camino, criatura; sirve a Dios. -¡Qué! ¿Se ha comido ya en casa?

JULIETA

No, no; pero ya sabía yo todo eso. ¿Qué dice él de nuestro matrimonio? ¿Qué es lo que dice?

NODRIZA

¡Cielos! ¡Que me duele la cabeza! ¡Qué cabeza tengo! Me late como si fuera a hacérseme astillas. La espalda por otro lado... -¡Oh! ¡La espalda, la espalda!... -¡Mal corazón tenéis en echarme así a buscar la muerte, correteando de arriba a bajo!

JULIETA

En verdad, me aflige que no te sientas bien. Querida, querida nodriza, cuéntame, ¿qué dice mi amor?

NODRIZA

Vuestro amor se explica como un honrado hidalgo, [cortés], afable, [gracioso] y, respondo de ello, lleno de virtud. -¿Dónde está vuestra madre?

JULIETA

¿Dónde está mi madre? Y bien, está adentro. ¿Dónde habría de estar? ¡Qué extraña respuesta la tuya! Vuestro amor se explica como un honrado hidalgo. -¿Dónde está vuestra madre?

NODRIZA

¡Oh, Virgen María! ¿Tan en ascuas estáis? Sí, lo veo, la tomáis conmigo. ¿Es ése el fomento que aplicáis a mis doloridos huesos? De aquí en adelante, llevad vos misma vuestros mensajes.

JULIETA

¿Por qué tal baraúnda? Vamos, ¿qué dice Romeo?

NODRIZA

¿Habéis alcanzado permiso para ir hoy a confesaros?

JULIETA

Sí.

NODRIZA

Bien, id a la celda de Fray Lorenzo, donde un hombre aguarda para haceros su mujer. Sí, la bullidora sangre os sube a las mejillas. [Cada cosa que diga va súbitamente a enrojecerlas.] Corred a la iglesia; yo voy por otro lado en busca de una escala, por la cual vuestro amante, tan pronto como oscurezca subirá al nido de su tórtola. Yo soy la bestia de carga, la que se fatiga por vuestro placer; mas, a poco tardar, esta noche, llevaréis vos el peso. [En marcha, yo voy a comer; vos, de prisa a la celda.]

JULIETA

¡Corramos a la dicha suprema! -Fiel nodriza, adiós.]

(Vanse.)

Escena VI

(Celda de Fray Lorenzo.)

(Entran FRAY LORENZO y ROMEO.)

FRAY LORENZO

Que la sonrisa del cielo presida este pacto sacrosanto, para que la conciencia no nos reproche en las horas venideras.

ROMEO

¡Amén, amén! Que venga el pesar que quiera; nunca igualará a la suma de felicidad que brinda el contemplarla un breve instante. Enlaza tan sólo nuestras manos con la fórmula bendita y que la muerte, vampiro del amor, despliegue su osadía: me basta poder llamarla mía.

FRAY LORENZO

Esos violentos trasportes tienen violentos fines y en su triunfo mueren: son como el fuego y la pólvora que, al ponerse en contacto, se consumen. La más dulce miel, por su propia dulzura se hace empalagosa y embota la sensibilidad del paladar. Amad, pues, con moderación; el amor permanente es moderado. El que va demasiado aprisa, llega tan tarde como el que va muy despacio.

(Entra JULIETA.)

He ahí la dama. ¡Oh! Tan leve pie jamás gastará estas piedras inalterables. Bien puede un amante deslizarse sobre esos blancos copos que fluctúan a merced de la caprichosa aura de otoño y no dar en tierra sin embargo. ¡Tan ligera es la amorosa satisfacción!

JULIETA

Mi reverendo confesor, buenas tardes.

FRAY LORENZO

Romeo, hija mía, te dará las gracias por los dos.

JULIETA

A él saludo igualmente, para que sus gracias no excedan.

ROMEO

¡Ah, Julieta! Si es que, cual la mía, está colmada la medida de tu felicidad y, para pintarla, tienes más talento, perfuma, sí, con tu hálito, el aire que nos rodea y que la

brillante armonía de tu voz desenvuelva los sueños de ventura que en esta tierna entrevista nos trasmitimos mutuamente.

JULIETA

Los pensamientos, más ricos de fondo que de palabras, se pagan de su entidad, no de su ornato. Pobre es uno en tanto que puede contar su tesoro; pero el sincero amor mío ha llegado a tal punto, que a sumar no alcanzo la mitad de mi cabal fortuna.

FRAY LORENZO

Venid, venid conmigo y será obra de un instante; pues, contando con vuestra dispensa, solos no quedaréis hasta que la Santa Iglesia os refunda en uno solo.

(Se marchan.)

Acto tercero

Escena I

(Una plaza pública.)

(Entran MERCUCIO, BENVOLIO, un paje y criados.)

BENVOLIO

Por favor, amigo Mercucio, retirémonos. El día está caliente, los Capuletos en la calle, [y si llegamos a encontrarnos, será inevitable una contienda; pues con los calores que hacen, bulle la irritada sangre.]

MERCUCIO

Te pareces a esos hombres que al entrar en una taberna nos sueltan la tizona sobre la mesa, diciendo: ¡Dios haga que no te necesite!; y que, a efecto del segundo vaso, la tiran contra el sirviente, cuando, en verdad, no hay para qué.

BENVOLIO

¿Me parezco a esa gente?

MERCUCIO

Vamos, vamos, tú, de natural, eres un pendenciero tan fogoso como no le hay en Italia; una nada te provoca a la cólera y, colérico, una nada te vuelve provocador.

BENVOLIO

¿Y a qué viene eso?

MERCUCIO

Vaya, si hubiera dos de tu casta, en breve los echaríamos de menos; pues uno a otro se matarían. [¡Tú! Tú la emprenderías con un hombre por llevarte un pelo de más o de menos en la barba], le armarías contienda por estar partiendo avellanas, sin haber más razón que el ser de éstas el color de tus ojos. [¿Quién, sino un ente igual, se fijara en un pretexto semejante? La cabeza se halla tan repleta de insultos, como lo está un huevo de sustancia; y eso que, a causa de riñas, está ya cascada, como un huevo vacío.] ¿No has buscado disputa a un hombre porque tosiendo en la calle despertaba a tu perro, que dormía al sol? ¿No la emprendiste contra un sastre porque llevaba su casaca nueva antes de las fiestas de Pascuas, y con otro porque una cinta vieja ataba sus zapatos nuevos? Y sin embargo, en lo de evitar cuestiones, ¿quieres ser mi preceptor?

BENVOLIO

Si yo fuera tan dado a pelear como tú, el primer venido podría comprar las mansas redituaciones de mi vida por el precio de un cuarto de hora.

MERCUCIO

¿Las mansas redituaciones? ¡Qué manso!

(Entran TYBAL y otros.)

BENVOLIO

¡Por mi vida! Ahí llegan los Capuletos.

MERCUCIO

¡Por mis pies! Poco me da.

TYBAL

[Seguidme de cerca, pues voy a hablarles. -Salud,] caballeros; una palabra a uno de vosotros.

MERCUCIO

¿Una palabra a uno de nosotros? ¿Eso tan sólo? Acompañadla de algo; palabra y golpe a la vez.

TYBAL

Bien dispuesto me hallaréis para el caso, señor, si me dais pie.

MERCUCIO

¿No podéis tomarlo [sin que os lo den?]

TYBAL

Mercucio, tú estás de concierto con Romeo.

MERCUCIO

¡De concierto! ¡Qué! ¿Nos tomas por corchetes? Si tales nos haces, entiende que sólo vas a oír disonancias. Mira mi arco, [mira el que te va a hacer danzar. ¡De concierto, pardiez!

BENVOLIO

Estamos discutiendo aquí en medio de una plaza pública; retirémonos a algún punto reservado, o razonemos tranquilamente sobre nuestros agravios. De no ser así, dejemos esto; en este lugar todas las miradas se fijan en nosotros.

MERCUCIO

Los hombres tienen ojos para mirar; que nos miren pues. Yo, por mi parte, no me muevo de aquí por complacer a nadie.]

(Entra ROMEO.)

TYBAL

En buen hora, quedad en paz, caballero. He aquí a mi mozo.

MERCUCIO

Pues que me ahorquen, señor, si lleva vuestra librea. Marchad el primero a la liza, y a fe, él irá tras vos: en este sentido puede llamarle -mozo- vuestra señoría.

TYBAL

Romeo, el odio que te profeso no me permite otro mejor cumplido que el presente. -Eres un infame.

ROMEO

Tybal, las razones que tengo para amarte disculpan en alto grado el furor que respira semejante saludo. No soy ningún infame: con Dios pues. Veo que no me conoces.

TYBAL

Mancebo, esto no repara las injurias que me has inferido; por lo tanto, cara a mí y espada en mano.

ROMEO

Protesto que jamás te he ofendido, sí que te estimo más de lo que te es dable imaginar, mientras desconozcas la causa de mi afección. [Así, pues, bravo Capuleto -poseedor de un nombre que amo tan tiernamente como el mío- date por satisfecho.]

MERCUCIO

¡Oh! ¡Calma deshonrosa, abominable humildad! A lo espadachín se borra esto.

(Desenvaina.)

Tybal, cogedor de ratas, ¿quieres dar unas pasadas?

TYBAL

¿Qué quieres conmigo?

MERCUCIO

Buen rey de gatos, tan sólo una de tus nueve vidas, para envalentonarme con ella y después, según te las manejes conmigo, extinguir a cintarazos el resto de las ocho. ¿Queréis empuñar el acero y sacarlo de la vaina? Despachad, o si no, antes que esté fuera, os andará el mío por las orejas.

TYBAL (desenvainando.)

A vuestra disposición.

ROMEO

Buen Mercucio, envaina la hoja.

MERCUCIO

Ea, señor, vuestra finta.

(Se baten.)

ROMEO

Tira la espada, Benvolio; desarmémosles. -Por decoro, caballeros, evitad semejante tropelía. -Tybal -Mercucio -El príncipe ha prohibido expresamente semejante tumulto en las calles de Verona. -Deteneos, Tybal; -¡Buen Mercucio!

(TYBAL y los suyos desaparecen.)

MERCUCIO

¡Estoy herido! ¡Maldición sobre las dos casas! ¡Muerto soy! -¿Se ha marchado con el pellejo sano?

ROMEO

¡Qué! ¿Estás herido?

MERCUCIO

Sí, sí, un rasguño, un rasguño; de seguro, tengo bastante. ¿Dónde está mi paje? -Anda, belitre, trae un cirujano.

(Vasa el paje.)

ROMEO

Valor, amigo; la herida no puede ser grave.

MERCUCIO

No, no es tan profunda como un pozo, ni tan ancha como una puerta de iglesia; pero hay con ella, hará su efecto. Ven a verme mañana y me hallarás

hombre-carga. Créemelo para este mundo, estoy en salsa. -¡Maldición sobre vuestras dos casas! ¡Pardiez, un perro, una rata, un ratón, un gato, rasguñar un hombre a muerte! ¡Un fanfarrón, un miserable, un bellaco que no pelea sino por reglas de aritmética! ¿Por qué diablos viniste a interponerte entre los dos? Por debajo de tu brazo me han herido.

ROMEO

Creí obrar del mejor modo.

MERCUCIO

Ayúdame, Benvolio, a entrar en alguna casa, o voy a desmayarme. -¡Maldición sobre vuestras dos casas! Ellas me han convertido en pasto de gusanos. -Lo tengo, y bien a fondo. -¡Vuestra parentela!

(Vanse MERCUCIO y BENVOLIO.)

ROMEO

Por causa mía, este hidalgo, el próximo deudo del príncipe, mi íntimo amigo, ha recibido esta herida mortal; mi honra está manchada por la detración de Tybal, ¡de Tybal, que hace una hora ha emparentado conmigo! ¡Oh, [querida] Julieta! Tu belleza me ha convertido en un ser afeminado, ha enervado en mi pecho el vigoroso valor.

(Vuelve a entrar BENVOLIO.)

BENVOLIO

¡Oh! ¡Romeo, Romeo, el bravo Mercucio ha muerto! Esta alma generosa ha demasiado pronto desdeñado la tierra y volado a los cielos.

ROMEO

El negro destino de este día a muchos más se extenderá: éste solo inaugura el dolor, otros lo darán fin.

(Entra de nuevo TYBAL.)

BENVOLIO

Ahí vuelve otra vez el furioso Tybal.

ROMEO

¡Vivo! ¡Triunfante! ¡Y Mercucio matado! ¡Retorna a los cielos, prudente moderación, y tú, furor de sanguínea mirada, sé al presente mi guía! Ahora, Tybal, recoge para ti el epíteto de infame, que hace poco me diste. El alma de Mercucio se cierne a muy poca altura de nosotros, aguardando que la tuya le haga compañía. O tú o yo, o los dos juntos tenemos que ir en pos de ella.

[TYBAL

Tú, miserable mancebo, que eras de su partido en la tierra, irás a su lado.

ROMEO

Esto lo va a decidir.]

(Se baten. Cae TYBAL.)

BENVOLIO

¡Huye, Romeo, ponte en salvo! El pueblo está en alarma, Tybal matado. Sal del estupor: el príncipe va a condenarte a muerte si te cogen. ¡Parte, huye, sálvate!

ROMEO

¡Oh! ¡Soy el juguete de la fortuna!

BENVOLIO

¿Por qué estás aún ahí?

(Vase ROMEO.)

(Entran algunos CIUDADANOS.)

PRIMER CIUDADANO

¿Qué rumbo ha tomado el que mató a Mercucio? Tybal, ese asesino ¿por dónde ha huido?

BENVOLIO

Tybal, Tybal yace ahí.

PRIMER CIUDADANO

Alzad, señor, seguidme; os requiero en nombre del príncipe; obedeced.

(Entran el PRÍNCIPE y su séquito, MONTAGÜE, CAPULETO, las esposas de estos últimos y otros.)

PRÍNCIPE

¿Dónde están los viles autores de esta contienda?

BENVOLIO

Noble príncipe, yo puedo relatar todos los desgraciados pormenores de esta fatal querrela. Ése que veis ahí, muerto a manos del joven Romeo, fue el que mató al bravo Mercucio, tu pariente.

LADY CAPULETO

¡Tybal, mi primo! ¡El hijo de mi hermano! ¡Doloroso cuadro! ¡Ay! ¡La sangre de mi caro deudo derramada! -Príncipe, si eres justo para con nuestra sangre, derrama la sangre de los Montagües. -[¡Oh, primo, primo!]

PRÍNCIPE

Benvolio, ¿quién dio principio a esta sangrienta querrela?

BENVOLIO

El que muerto ves ahí, Tybal, acabado por la mano de Romeo. Romeo le habló con dulzura, le suplicó que pesase lo fútil de la cuestión, le hizo fuerza también con vuestro sumo coraje. Todo esto, dicho en tono suave, con mirada tranquila, en la humilde actitud de un suplicante, no consiguió aplacar la indómita saña de Tybal, que, sordo a la paz, asesta el agudo acero al pecho del bravo Mercucio: éste, tan lleno como él de fuego, opone a la contraria su arma mortífera, y con un desdén marcial, ya aparta de sí la muerte con una mano, ya la envía con la otra a Tybal, cuya destreza la rechaza a su vez. Romeo grita con fuerza: ¡Deteneos, amigos! ¡Amigos, apartad! y con brazo ágil y más pronto que su palabra, dando en tierra con las puntas homicidas, se precipita entre los contendientes; pero una falsa estocada de Tybal se abre camino bajo el brazo de Romeo y acierta a herir mortalmente al intrépido Mercucio. El matador huye acto continuo; mas vuelve a poco en busca de Romeo, en quien acababa de nacer el afán de venganza, y uno y otro se embisten como un relámpago: tan es así, que antes de poder yo tirar mi espada para separarlos, el animoso Tybal estaba muerto. Al verle caer, su adversario escapó. Si ésta no es la verdad, que pierda la vida Benvolio.

LADY CAPULETO

Es pariente de los Montagües, el cariño le convierte en impostor, no dice la verdad. Como veinte de ellos combatían en este odioso encuentro, y los veinte juntos no han podido matar sino un solo hombre. Yo imploro justicia, príncipe; tú nos la debes. Romeo ha matado a Tybal, Romeo debe perder la vida.

[PRÍNCIPE

Romeo mató a Tybal, éste mató a Mercucio: ¿quién pagará ahora el precio de esta sangre preciosa?

MONTAGÜE

No Romeo, príncipe; él era el amigo de Mercucio. Toda su culpa es haber terminado lo que hubiera extinguido el ejecutor: la vida de Tybal.]

PRÍNCIPE

Y por esa culpa, le desterramos inmediatamente de Verona. Las consecuencias de vuestros odios me alcanzan ; mi sangre corro por causa de vuestras feroces discordias; pero yo os impondré tan fuerte condenación que a todos os haré arrepentir de mis quebrantos. No daré oídos a defensas ni a disculpas; ni lágrimas, ni ruegos alcanzaran gracia; [excusadlos pues. Que Romeo se apresure a salir de aquí, o la hora en que se le halle será su última.] Llevaos ese cadáver y esperad mis órdenes. La clemencia que perdona al que mata, asesina.

(Vanse todos.)

Escena II

(Un aposento en la casa de Capuleto.)

(Entra JULIETA.)

JULIETA

Galopad, galopad, corceles de flamígeros cascos hacia la mansión de Febo: un cochero tal como Faetón os lanzaría a latigazos en dirección al Poniente y traería inmediatamente la lóbrega noche . -[Extiende tu denso velo, noche protectora del amor, para que se cierren los errantes ojos y pueda Romeo, invisible, sin que su nombre se pronuncie, arrojarle en mis brazos. La luz de su propia belleza basta a los amantes para celebrar sus amorosos misterios; y, dado que el amor sea ciego, mejor se conviene con la noche. Ven, noche majestuosa, matrona de simples y sólo negras vestiduras; enséñame a perder, ganándola, esta partida en que se empeñan dos virginidades sin tacha. Cubre con tu negro manto mis mejillas, do la inquieta sangre se revuelve, hasta que el tímido amor, ya adquirida confianza en los actos del amor verdadero, sólo vea pura castidad. ¡Ven, noche! ¡Ven, Romeo! Ven, tú, que eres el día en la noche; pues sobre las alas de ésta aparecerás más blanco que la nieve recién caída sobre las plumas de un cuervo. Ven, tú, la de negra frente, dulce, amorosa noche, dame a mi Romeo; y cuando muera, hazlo tuyo y compártelo en pequeñas estrellas: la faz del cielo será por él tan embellecida que el mundo entero se apasionará de la noche y no rendirá más culto al sol esplendente. -¡Oh! He comprado un albergue de amor, pero no he tomado posesión de él, y aunque tengo dueño, no me he entregado aún. Tan insufrible es este día como la tarde, víspera de una fiesta, para el impaciente niño que tiene un vestido nuevo y no puede llevarlo. ¡Oh! ahí llega mi nodriza.]

(Entra la NODRIZA, con una escala de cuerdas.)

Ella me trae noticias: sí, toda boca que pronuncie el nombre de Romeo, sólo por ello, habla un estilo celeste. -Y bien, nodriza, ¿qué hay? -¿Qué tienes ahí? ¿La escala que te mandó traer Romeo?

NODRIZA

Sí, sí, la escala.

(Arrojándola al suelo.)

JULIETA

¡Cielos! ¿Qué pasa? ¿Por qué te tuerces las manos?

NODRIZA

¡Oh, infausto día! ¡Muerto, muerto, muerto! ¡Estamos perdidas, señora, estamos perdidas! ¡Día aciago! ¡Ya no existe, le han matado, está sin vida!

JULIETA

¿Cabe tal crueldad en el cielo?

NODRIZA

Si no en el cielo, cabe en Romeo. -¡Oh! ¡Romeo, Romeo! -¿Quién lo hubiera pensado? - ¡Romeo!

JULIETA

¿Qué demonio eres tú para atormentarme así? Semejantes lamentos son para aullarse en el horrible infierno. ¿Se ha suicidado Romeo? Responde únicamente sí, y este simple monosílabo envenenará más pronto que la mortífera mirada del basilisco. Cierra esos ojos que dicen sí, a pesar tuyo, o si el sí aparece en ellos, yo sucumbo. ¿Está muerto? Di sí. ¿No lo está? Di no. Breves sonidos determinen mi dicha o mi desgracia.

NODRIZA

He visto la herida, la he visto con mis ojos. -¡Dios me perdone! -Aquí, sobre su pecho varonil. Un lastimoso cadáver, un lastimoso, ensangrentado cadáver; pálido, pálido cual ceniza, todo impregnado de sangre, de cuajarones de sangre. -Al verlo me desmayé.

JULIETA

¡Quiebra, oh corazón mío! ¡Pobre fallido, quiebra para siempre! ¡En prisión mis ojos! ¡No penséis más en ser libres! ¡Vil polvo, vuelve a la tierra; cesa al punto de moverte y en un mismo pesado ataúd comprímeme con Romeo!

NODRIZA

¡Oh, Tybal, Tybal, mi mejor amigo! ¡Oh, cortés Tybal, leal hidalgo! ¡Que haya sobrevivido yo para verte muerto!

JULIETA

¿Qué tormenta es ésta que así sopla de dos bandas opuestas? ¿Asesinado Romeo y Tybal muerto? ¿Mi caro primo y mi esposo, más caro aún? ¡Que la terrible trompeta anuncie, pues, el juicio final! ¿Quién existe, si faltan esos dos hombres?

NODRIZA

Tybal ha muerto y Romeo está desterrado. Romeo, matador de Tybal, está desterrado.

JULIETA

¡Oh, Dios! -¿La mano de Romeo ha vertido la sangre de Tybal?

NODRIZA

Sí, sí; ¡día fatal!, sí.

JULIETA

¡Oh, alma de víbora, oculta bajo belleza en flor! ¿Qué dragón habitó nunca tan hermosa caverna? ¡Agradable tirano! ¡Angélico demonio! ¡Cuervo con plumas de paloma! ¡Cordero de lobuna saña! ¡Despreciable sustancia de la más divina forma! ¡Justo opuesto de lo que apareces con razón, condenado santo, honorífico traidor! -¡Oh, naturaleza! ¿Para qué reservabas el infierno cuando albergaste el espíritu de un demonio en el paraíso mortal de un cuerpo tan encantador? ¿Volumen contentivo de tan vil materia fue jamás tan bellamente encuadernado? ¡Oh! ¡Triste es que habite la impostura tan brillante palacio!

NODRIZA

No hay sinceridad, ni fe, ni honor en los hombres; todos son falsos, perjuros, hipócritas. -¡Ah! ¿Dónde está mi paje? Dadme un elixir. -Estos pesares, estas angustias, estas penas me envejecen. ¡Oprobio sobre Romeo!

JULIETA

¡Maldita sea tu lengua por semejante deseo! Él no ha nacido para la deshonra. La vergüenza se correría de aposentarse en su frente; pues es un trono donde puede coronarse el honor, único monarca del universo mundo. ¡Oh, qué inhumana he sido en calumniarle!

NODRIZA

¿Habláis bien del que ha matado a vuestro primo?

JULIETA

¿Debo hablar mal del que es mi esposo? ¡Ah! ¡Mi dueño infeliz! ¿Qué lengua hará bien a tu nombre, cuando yo, desposada hace tres horas contigo, le he desgarrado? -Mas ¿por qué, perverso, diste muerte a mi primo? Ese perverso primo hubiera matado a mi esposo. Dentro, lágrimas insensatas, volved a vuestra nativa fuente; a la aflicción pertenece el acuoso tributo que por error ofrecéis a la alegría. Mi consorte, a quien Tybal quería matar, está vivo; y Tybal, que quería acabar con mi consorte, está muerto. Todo esto es consolante; ¿por qué lloro pues? -Una palabra he oído más siniestra que la muerte de Tybal, ella me ha asesinado. Bien quisiera olvidarla; pero, ¡ah!, pesa sobre mi memoria, cual execrables faltas sobre las almas de los pecadores. ¡Tybal está muerto y Romeo -desterrado! Este desterrado, esta sola palabra -desterrado, ha matado diez mil Tybales. Harta desgracia era, sin necesidad de otras, la muerte de Tybal; y si es que los crueles dolores se recrean en juntarse, e indispensablemente deben marchar subseguidos de otras penas, ¿por qué después de haber dicho -«Tybal ha muerto», no ha proseguido ella y tu padre, o y tu madre, o bien y tu padre y tu madre? Esto hubiera excitado en mí un ordinario dolor. Pero, tras la muerte de Tybal, venir con el agregado Romeo está desterrado, decir esto, es matar, es hacer morir, de un golpe, padre, madre, primo, consorte y esposa. - ¡Romeo desterrado! -Ni fin, ni límite, ni medida, ni determinación tiene esta frase mortal; no hay ayes que den la profundidad de este dolor. -¿Dónde están mi padre y mi madre, nodriza?

NODRIZA

Lloran y gimen sobre el cadáver de Tybal, ¿queréis ir donde están? Yo os conduciré.

JULIETA

¿Bañan con lágrimas las heridas de aquél? El destierro de Romeo hará correr las mías cuando estén secas las de ellos. Recoge esas cuerdas. -Pobre escala, hete aquí engañada, lo mismo que yo; pues mi bien está desterrado. Al puente del amor anudó él tu extremidad; pero yo, aún virgen, virgen viuda moriré. Escala, nodriza, venid; voy a mi lecho nupcial. Que la muerte, en vez de Romeo, tome mi virginidad.-

NODRIZA

Id de seguida a vuestra alcoba: yo buscaré a Romeo, para consolaros; sé bien dónde está. Oíd, vuestro bien se hallará aquí esta noche; corro a encontrarle; oculto está en la celda de Fray Lorenzo.

JULIETA

¡Oh, vele! Entrégale este anillo y dile que venga a darme el último adiós.

(Vanse.)

Escena III

(La celda de Fray Lorenzo.)

(Entran FRAY LORENZO y ROMEO.)

FRAY LORENZO

Adelante, Romeo; avanza, hombre tímido. La inquietud se ha adherido con pasión a tu ser y has tomado por esposa a la calamidad.

ROMEO

¿Qué hay de nuevo, padre mío? ¿Cuál es la resolución del príncipe? ¿Qué nuevo, desconocido infortunio anhela estrechar lazos conmigo?

FRAY LORENZO

Hijo amado, hartado habituado estás a esta triste compañía. Voy a noticiarte el fallo del príncipe.

ROMEO

¿Cuál menos que un Juicio Final es su final sentencia?

FRAY LORENZO

Un fallo menos riguroso ha salido de sus labios; no el de muerte corporal, sí el destierro de la persona.

ROMEO

¡Ah! ¿El destierro? Ten piedad, di la muerte. La proscripción es de faz más terrible, mucho más terrible que la muerte: no pronuncies esa palabra.

FRAY LORENZO

De aquí, de Verona, estás desterrado. No te impacientes; pues el mundo es grande y extenso.

ROMEO

Fuera del recinto de Verona, el mundo no existe; sólo el purgatorio, la tortura, el propio infierno. Desterrado de aquí, lo estoy de la tierra, y el destierro terrestre es la eternidad. [Sí, la proscripción es la muerte con un nombre supuesto:] Llamar a ésta destierro, es cortarme la cabeza con un hacha de oro y sonreír al golpe que me asesina.

FRAY LORENZO

¡Oh grave pecado! ¡Oh feroz ingratitud! Por tu falta pedían la muerte las leyes de Verona; pero el bondadoso príncipe, interesándose por ti, echa a un lado lo prescrito y cambia el funesto muerte en la palabra destierro: ésta es una insigne merced y tú no la reconoces.

ROMEO

Es un suplicio, no una gracia. El paraíso está aquí, donde vive Julieta: los gatos, los perros, el menor ratoncillo, el más ruin insecto, habitando este edén, podrá contemplarla; pero Romeo no. -Más importancia que él, más digna representación, más privanza, disfrutarán las moscas, huéspedes de la podredumbre. Ellas podrán tocar las blancas, las admirables manos de la amada Julieta y hurtar una celeste dicha de esos labios que, aun respirando pura y virginal modestia, se ruborizan de continuo, tomando a falta los besos que ellos mismos se dan. ¡Ah! Romeo no lo puedo; está desterrado. Las moscas pueden tocar esa ventura, que a mí me toca huir. Ellas son entes libres, yo un ente proscrito. ¿Y dirás aún que no es la muerte el destierro? ¿No tenías, para matarme, alguna venenosa mistura, un puñal aguzado, un rápido medio de destrucción, siempre, en suma, menos vil que el destierro? ¡Desterrado! ¡Oh, padre! Los condenados pronuncian esa palabra en el infierno en medio de aullidos. ¿Cómo tienes el corazón, tú, un sacerdote, un santo confesor, uno que absuelve faltas y es mi patente amigo, de triturarme con esa voz -desterrado?

FRAY LORENZO

¡Eh! Amante insensato, escúchame solamente una palabra.

ROMEO

¡Oh! ¿Vas a hablarme aún de destierro?

FRAY LORENZO

Voy a darte una armadura para que esa voz no te ofenda. La filosofía, dulce bálsamo de la adversidad, que te consolará aun en medio de tu extrañamiento.

ROMEO

¿Extrañamiento otra vez? -¡En percha la filosofía! Si no puede crear una Julieta, trasponer una ciudad, revocar el fallo de un príncipe, para nada sirve; ningún poder tiene; no hables más de ella.

FRAY LORENZO

¡Oh! Esto me prueba que los insensatos no tienen oídos.

ROMEO

¿Cómo habrían de tenerlos, cuando los cuerdos carecen de ojos?

FRAY LORENZO

Discutamos, si lo permites, sobre tu situación.

ROMEO

Tú no puedes hablar de lo que no sientes. Si fueras tan joven como yo, el amante de Julieta, casado de hace una hora, el matador de Tybal; si estuvieses loco de amor como yo, y como yo desterrado, entonces podrías hacerlo, entonces, arrancarte los cabellos y arrojarte al suelo, como lo hago en este instante, para tomar la medida de una fosa que aún está por cavar.

(Tocan dentro.)

FRAY LORENZO

Alza, alguien llama; ocúltate, buen Romeo.

ROMEO

¿Yo? No, a menos que el vapor de los penosos ayes del alma, en forma de niebla, no me guarezca de los ojos que me buscan.

(Dan golpes.)

FRAY LORENZO

¡Escucha cómo llaman! -¿Quién está ahí? -Alza, Romeo, vas a ser preso. -Aguardad un instante. -En pie, huye a mí gabinete. -(Llaman de nuevo.) Ahora mismo. -¡Justo Dios! ¿Qué obstinación es ésta? -Allá voy, allá voy. (Continúan los golpes.) ¿Quién llama tan recio? ¿De parte de quién venís? ¿Qué queréis?

NODRIZA (desde dentro.)

Dejadme entrar y sabréis mi mensaje. La señora Julieta es quien me envía.

FRAY LORENZO (abriendo.)

Bien venida entonces.

(Entra la NODRIZA.)

NODRIZA

¡Oh! Bendito padre, ¡oh! decidme, bendito padre, ¿dónde está el marido de mi señora, dónde, está Romeo?

FRAY LORENZO

Helo ahí, en el suelo, ebrio de sus propias lágrimas.

NODRIZA

¡En igual estado que mi señora, en el mismo, sin diferencia!

FRAY LORENZO

¡Oh! ¡Funesta simpatía, deplorable semejanza!

NODRIZA

Así cabalmente yace ella, gimiendo y llorando, llorando y gimiendo. -Arriba, arriba si sois hombre; alzá. En bien de Julieta, por su amor, en pie y firme. ¿Por qué caer en tan profundo abatimiento?

ROMEO

¡Nodriza!

NODRIZA

¡Ah, señor! ¡Señor! Sí, la muerte lo acaba todo.

ROMEO

¿Hablas de Julieta? ¿En qué estado se encuentra? Después que he manchado de sangre la infancia de nuestra dicha, de una sangre que tan de cerca participa de la suya, ¿no me juzga un consumado asesino? ¿Dónde está? ¿Cómo se halla? ¿Qué dice mi secreta esposa de nuestra amorosa miseria?

NODRIZA

¡Ah! Nada dice, señor, llora y llora, eso sí. Ya cae sobre su lecho, ya se levanta sobresaltada, llamando a Tybal, ¡Romeo!, grita enseguida; [y enseguida cae en la cama otra vez.]

ROMEO

Cual si ese nombre fuese el disparo de un arma mortífera que la matase, como mató a su primo la maldita mano del que le lleva. -¡Oh! dime, religioso, dime en qué vil parte de este cuerpo reside mi nombre, dímelo, para que pueda arrasar la odiosa morada.

(Tirando de su espada.)

FRAY LORENZO

Detén la airada mano. ¿Eres hombre? Tu figura lo pregona, mas tus lagrimas son de mujer y tus salvajes acciones manifiestan la ciega rabia de una fiera. ¡Bastarda hembra de varonil aspecto! ¡Deforme monstruo de doble semejanza! Me has dejado atónito. Por mí santa orden, creía mejor templada tu alma. ¡Has matado a Tybal! ¿Quieres ahora acabar con tu vida? ¿Dar también muerte a tu amada, que respira en tu aliento, [haciéndote propia víctima de un odio maldito? ¿Por qué injurias a la naturaleza, al cielo y a la tierra? Naturaleza, tierra y cielo, los tres a un tiempo te dieron vida; y a un tiempo quieres renunciar a los tres. ¡Quita allá, quita allá! Haces injuria a tu presencia, a tu amor, a tu entendimiento: con dones de sobra, verdadero judío, no te sirves de ninguno para el fin, ciertamente provechoso, que habría de dar realce a tu exterior, a tus sentimientos, a tu inteligencia. Tu noble configuración es tan sólo un cuño de cera, desprovisto de viril energía; tu caro juramento de amor, un negro perjurio únicamente, que mata la fidelidad que hiciste voto de mantener; tu inteligencia, este ornato de la belleza y del amor, contrariedad al servirles de guía, prende fuego por tu misma torpeza, como la pólvora en el frasco de un soldado novel, y te hace pedazos en vez de ser tu defensa.] ¡Vamos, hombre, levántate! Tu Julieta vive, tu Julieta, por cuyo caro amor yacías inanimado hace poco. Esto es una dicha. Tybal quería darte la muerte y tú se la has dado a él; en esto eres también dichoso. [La ley, que te amenaza con pena capital, vuelta tu amiga, ha cambiado aquélla en destierro: otra dicha tienes aquí.] Un mar de bendiciones llueve sobre tu cabeza, la felicidad, luciendo sus mejores galas, te acaricia; pero tú, como una joven obstinada y perversa, te muestras enfadada con tu fortuna y con tu amor. Ten cuidado, ten cuidado; pues las que son así, mueren miserables. Ea, ve a reunirte con tu amante, según lo convenido; sube a su aposento, ve a darle consuelo. Eso sí, sal antes que sea de día, pues ya claro, no podrás trasladarte a Mantua, [donde debes permanecer hasta que podamos hallar la ocasión de publicar tu matrimonio, reconciliar a tus deudos, alcanzar el perdón del príncipe y hacerte volver con cien mil veces más dicha que lamentos das al partir.] Adelántate, nodriza: saluda en mi nombre a tu señora, dila que precise a los del castillo, ya por los crueles pesares dispuestos al descanso, a que se recojan. [Romeo va de seguida.]

NODRIZA

¡Oh Dios! Me habría quedado aquí toda la noche para oír saludables consejos. ¡Ah, lo que es la ciencia! -Digno hidalgo, voy a anunciar a la señora vuestra visita.

ROMEO

Sí, y di a mi bien que se prepare a reñirme.

NODRIZA

Tomad, señor, este anillo que me encargó entregaros. Daos prisa, no tardéis; pues se hace muy tarde.

(Vase la NODRIZA.)

ROMEO

¡Cuánto este don reanima mi espíritu!

FRAY LORENZO

[¡Partid; feliz noche! Dejad a Verona antes que sea de día, o al romper el alba salid disfrazado. Toda vuestra fortuna depende de esto-] Permaneced en Mantua; yo me veré con vuestro criado, quien de tiempo en tiempo os comunicará todo lo que aquí ocurra de favorable para vos. [Venga la mano; es tarde.] ¡Adiós, [feliz noche!]

ROMEO

Si una alegría superior a toda alegría no me llamara a otra parte, sería para mí un gran pesar separarme de ti tan pronto. [Adiós.]

(Vase.)

Escena IV

(Un aposento en la casa de Capuleto.)

(Entran CAPULETO, la señora CAPULETO y PARIS.)

CAPULETO

Han acontecido, señor, tan desgraciados sucesos que no hemos tenido tiempo de prevenir a nuestra hija. Considerad, ella profesaba un tierno afecto a su primo Tybal, y yo

también. Sí, helaos nacido para morir. -Es muy tarde; ella no bajará esta noche. Os respondo que a no ser por vuestra compañía ya estaría en la cama hace una hora.

PARIS

Tan turbio tiempo no presta tiempo al amor. Buenas noches, señora, salud en mi nombre a vuestra hija.

LADY CAPULETO

Con placer, y mañana temprano sabré lo que piensa. El pesar la tiene encerrada esta noche.]

CAPULETO

Señor Paris, me atrevo a responderos del amor de mi hija. Pienso que en todos conceptos se dejará guiar por mí; digo más, no lo dudo. -Esposa, pasad a verla antes de ir a recogeros; instruidla sin demora del amor de mi hijo Paris; y prevenidla, escuchadme bien, que el miércoles próximo. -Mas poco a poco; ¿qué día es hoy?

PARIS

Lunes, señor.

CAPULETO

¿Lunes? ¡Ah! ¡Ah! Sí, el miércoles es demasiado pronto: que sea el jueves. -Decidla que el jueves se casará con este noble conde. -¿Estaréis dispuesto? ¿Os place esta precipitación? No haremos gran ruido. Un amigo o dos; -pues, parad la atención: hallándose tan reciente el asesinato de Tybal, podría pensarse que nos era indiferente como deudo, si nos diésemos a grande algazara. En tal virtud, tendremos una docena de amigos, y punto final. Pero, ¿qué decís del jueves?

PARIS

Señor, quisiera que el jueves fuese mañana.

CAPULETO

Vaya, retiraos. Queda pues aplazado para el jueves. -Vos, señora, id a ver a Julieta antes de recogeros, preparadla para el día del desposorio. -Adiós, señor. -¡Hola! ¡Luz en mi aposento! Id delante. Es tan excesivamente tarde que dentro de nada diremos que es temprano. -Buenas noches.

(Vanse.)

Escena V

(Alcoba de Julieta.)

(Entran ésta y ROMEO.)

JULIETA

¿Quieres dejarme ya? Aún dista el amanecer: fue la voz del ruiseñor y no la de la alondra la que penetró en tu alarmado oído. Todas las noches canta sobre aquel granado. Créeme, amor mio, fue el ruiseñor.

ROMEO

Era la alondra, la anunciadora del día, no el ruiseñor. Mira, mi bien, esos celosos resplandores que orlan, allá en el Oriente, las nubes crepusculares: las antorchas de la noche se han extinguido y el riente día trepa a la cima de las brumosas montañas. Tengo que partir y conservar la vida, o quedarme y perecer.

JULIETA

Esa luz no es la luz del día, estoy segura, lo estoy: es algún meteoro que exhala el sol, para que te sirva de hachero esta noche y te alumbre en tu ruta hacia Mantua. Demórate, así, algo más; no tienes precisión de marcharte.

ROMEO

Que me sorprendan, que me maten, satisfecho estoy con tal que tú lo quieras. No, ese gris resplandor no es el resplandor matutino, es sólo el pálido reflejo de la frente de Cintia; no, no es la alondra la que hierde con sus notas la bóveda celeste a tan inmensa altura de nosotros. Más tengo inclinación de quedarme que voluntad de irme. Ven, muerte; ¡bienvenida seas! Así lo quiere Julieta. -¿Qué dices, alma mía? Platiquemos; la aurora no ha lucido.

JULIETA

Sí, sí, parte, huye, vete de aquí. Es la alondra la que así desafina, lanzando broncas discordancias, desagradables sostenidos. Propalan que la alondra produce melodiosos apartes; no es así, pues que deshace el nuestro. La alondra se dice que ha cambiado de ojos con el repugnante sapo: ¡oh! quisiera en este momento que hubieran también cambiado de voz; pues que esta voz, atemorizados, nos arranca de los brazos al uno del otro y te arroja

de aquí con sonos que despiertan al día. ¡Oh! Parte desde luego; la claridad aumenta más y más.

ROMEO

¿Más y más claridad? Más y más negro es nuestro infortunio.

(Entra la NODRIZA.)

NODRIZA

¡Señora!

JULIETA

¿Nodriza?

NODRIZA

La señora condesa se dirige a vuestro aposento: es de día, estad sobre aviso, ojo alerta.

(Vase la NODRIZA.)

JULIETA

En tal caso, ¡oh ventana!, deja entrar el día y salir mi vida.

ROMEO

¡Adiós, adiós! Un beso, y voy a bajar.

(Empieza a bajar.)

JULIETA

¡Amigo, señor, dueño mío! ¿así me dejas? Necesito nuevas tuyas a cada instante del día, pues que muchos días hay en cada minuto. ¡Oh! Por esta cuenta, muchos años pesarán sobre mí cuando vuelva a ver a mi Romeo .

ROMEO

Adiós; en cuantas ocasiones haya, amada mía, te enviaré mis recuerdos.

JULIETA

¡Oh! ¿Crees tú que aún nos volveremos a ver?

ROMEO

No lo dudo; y todos estos dolores harán el dulce entretenimiento de nuestros venideros días.

JULIETA

¡Dios mío! Tengo en el alma un fatal presentimiento. Ahora, que abajo estás, me parece que te veo como un muerto en el fondo de una tumba. O mis ojos se engañan, o pálido apareces.

ROMEO

Pues créeme, mi amor, de igual suerte te ven los míos. El dolor penetrante deseca nuestra sangre. ¡Adiós! ¡Adiós!

(Desaparece ROMEO.)

[JULIETA

¡Oh fortuna! ¡Fortuna! La humanidad te acusa de inconstante. Si inconstante eres, ¿qué tienes que hacer con Romeo, cuya lealtad es notoria? Sé inconstante, fortuna; pues que así alimentaré la esperanza de que no le retendrás largo tiempo, volviéndole a mi lado.

LADY CAPULETO (desde dentro.)

¡Eh! ¡Hija mía! ¿Estás levantada?

JULIETA

¿Quién llama? ¿Acaso, la condesa mi madre? ¿Es que tan tarde no se ha acostado aún, o que se halla en pie tan de mañana? ¿Qué extraordinario motivo la trae aquí?]

(Entra LADY CAPULETO.)

LADY CAPULETO

¡Eh! ¿Qué tal va, Julieta?

JULIETA

No estoy bien, señora.

LADY CAPULETO

¿Siempre llorando la muerte de vuestro primo? ¡Qué! ¿Pretendes quitarle el polvo de la tumba con tus lágrimas? Aunque lo alcanzaras, no podrías retornarle la vida. Basta pues; un

dolor moderado prueba gran sentimiento; un dolor excesivo, al contrario, anuncia siempre cierta falta de juicio.

JULIETA

Dejadme llorar aún una pérdida tan sensible.

LADY CAPULETO

Haciéndolo, sentirás la pérdida, sin sentir a tu lado al amigo por quien lloras.

JULIETA

Sintiendo de tal suerte la pérdida, tengo a la fuerza que llorarle siempre.

LADY CAPULETO

Vaya, hija, lloras, no tanto por su muerte, como por sabor que vive el miserable que le mató.

JULIETA

¿Qué miserable, señora?

LADY CAPULETO

Ese miserable Romeo.

JULIETA

Entre un miserable y él hay muchas millas de distancia. ¡Perdónele Dios! Yo le perdono con toda mi alma y, sin embargo, ningún hombre aflige tanto como él mi corazón.

LADY CAPULETO

Sí, porque vive el traidor asesino.

JULIETA

Cierto, señora, lejos del alcance de mis brazos. ¡Que no fuera yo sola la encargada de vengar la muerte de mi primo!

LADY CAPULETO

Alcanzaremos venganza de ella, pierde cuidado: así, no llores más. -Avisaré en Mantua, donde vive ese vagabundo desterrado -a cierta persona que le brindará una eficaz poción ,

con la que irá pronto a hacer compañía a Tybal, y entonces, me prometo que estarás satisfecha.

JULIETA

Sí, jamás me hallaré satisfecha mientras no vea a Romeo -muerto- está realmente mi pobre corazón por el daño de un pariente. -Señora, si pudieseis hallar un hombre, tan sólo para llevar el veneno, yo lo prepararía de modo que, tomándolo Romeo, durmiera en paz sin retardo. -¡Oh! ¡Cuánto repugna a mi corazón el oírle nombrar y no poder ir hacia él. -¡Y no vengar el afecto que profesaba a mi primo sobre la persona del que lo ha matado!

LADY CAPULETO

Halla tú los medios, y yo encontraré el hombre. Ahora, hija mía, voy a participarte alegres noticias.

JULIETA

Sí, en tan preciso tiempo, la alegría viene a propósito. Por favor, señora madre, ¿qué nuevas son ésas?

LADY CAPULETO

Vaya, hija, vaya, tienes un padre cuidadoso, un padre que, para libértarte de tu tristeza, ha preparado un pronto día de regocijo, que ni sueñas tú ni me esperaba yo.

JULIETA

Sea en buen hora, ¿qué día es ése, señora?

LADY CAPULETO

Positivamente, hija mía, el jueves próximo, bien de mañana, el ilustre, guapo y joven hidalgo, el conde Paris, en la iglesia de San Pedro, tendrá la dicha de hacerte ante el altar una esposa feliz.

JULIETA

¡Ah! Por la iglesia de San Pedro y por San Pedro mismo, no hará de mí ante el altar una feliz esposa. Me admira tal precipitación; el que tenga que casarme antes que el hombre que debe ser mi marido me haya hecho la corte. Os ruego, señora, digáis a mi señor y padre que no quiero desposarme aún, y que, cuando lo haga, juro efectuarlo con Romeo, a quien sabéis que odio, más bien que con Paris. Éstas son nuevas realmente.

LADY CAPULETO

Ahí viene vuestro padre, decidle eso vos misma [y ved cómo lo recibe de vuestra boca.]

(Entran CAPULETO y la NODRIZA.)

[CAPULETO

Cuando el sol se pone, el aire gotea rocío; mas por la desaparición del hijo de mi hermano llueve en toda forma.] ¿Cómo, cómo, niña, [una gotera tú? ¿Siempre llorando?]
¡Tú un chaparrón eterno! De tu pequeño cuerpo haces a la vez un océano, una barca, un
aquilón; pues tus ojos, que mantienen un continuo flujo y reflujo de lágrimas, son para mí
como el mar, tu cuerpo es la barca que boga en esas ondas saladas, el aquilón tus suspiros
que, luchando en mutua furia con tus lágrimas, harán, si una calma súbita no sobreviene,
zozobrar tu cuerpo, batido por la tempestad. -¿Qué tal, esposa? ¿Le habéis significado
nuestra determinación?

LADY CAPULETO

Sí, pero ella no quiere, ella os da las gracias, señor. ¡Deseara que la loca estuviese
desposada con su tumba!

CAPULETO

[Poco a poco, entérame, mujer, entérame.] ¡Cómo! ¿no quiere, no nos da las gracias?
¿No está orgullosa, [no se estima feliz de que hayamos hecho que un tan digno hidalgo, no
valiendo ella nada, se brinde esposo suyo?]

JULIETA

No orgullosa de lo alcanzado, sí agradecida a vuestro esfuerzo. Jamás puedo estar
orgullosa de lo que detesto; mas sí obligada a lo mismo que odio cuando es indicio de
amor.

CAPULETO

¡Cómo, cómo! ¡Cómo, cómo! ¡Respondona! ¿Qué significa eso? Orgullosa y agradecida
-desobligada -y sin embargo, no orgullosa -[Oíd, señorita remilgada:] no me vengáis con
afables agradecimientos, con hinchazones de orgullo; antes bien, aprestad vuestras finas
piernas para ir el jueves próximo a la iglesia de San Pedro, en compañía de Paris, o te
arrastraré hacia allí sobre un zarzo. ¡Fuera de aquí clorótica [materia!] ¡Fuera, miserable!
¡Cara de sebo!

LADY CAPULETO

[¡Vaya, anda, anda! ¿Estás sin sentido?]

JULIETA

Querido padre, [os pido de rodillas que me oigáis, [con calma,] producir [sólo una frase.]

CAPULETO

[¡Llévete el verdugo, joven casquivana, refractaria criatura!»!] Te lo repito: o ve a la iglesia el jueves, o nunca vuelvas a presentarme la cara. Ni una palabra, ni una réplica, muda la boca; tienen mis dedos tentación. -Señora, creíamos pobrementemente bendecido nuestro enlace porque Dios nos había dado tan sólo esta única hija; pero veo ahora que ésa una está de sobra y que hemos tenido en ella una maldición. ¡Desaparezca, miserable!

NODRIZA

¡Que Dios, desde el cielo, la bendiga! -Hacéis mal, señor, en tratarla así.

CAPULETO

¿Y por qué, señora Sabiduría? Retened la lengua, madre Prudencia; id a parlotear con vuestros iguales.

NODRIZA

No digo ninguna indignidad.

CAPULETO

¡Ea, vete con Dios!

NODRIZA

¿No se puede hablar?

CAPULETO

¡Silencio, caduca farfullera! Reserva tus prédicas para tus comadres de banquete; pues aquí no necesitamos de ellas.

LADY CAPULETO

Os acaloráis demasiado.

CAPULETO

¡Hostia divina! Eso me trastorna el juicio. De día, de noche, a cada hora, a cada minuto, en casa, fuera de casa, solo o acompañado, durmiendo o velando, mi único afán ha sido el casarla, y hoy, que he hallado un hidalgo de faustosa alcurnia, que posee bellos dominios, joven, de noble educación, lleno, como se dice, de caballerosos dones, un hombre tan

cumplido como puede un corazón desearlo ... -venir, una tonta, lloricono criatura, una quejumbrosa muñeca a responder cuando se le presenta su fortuna: [Yo no quiero casarme, -] No puedo amar, -Soy demasiado joven, -Os ruego que me perdonéis. -Sí, si no queréis casaros, os perdonaré; id a holgaros donde os plazca, no habitaréis más conmigo. Fijaos en esto, pensad en ello, no acostumbro chancearme. El jueves se acerca; poned la mano sobre el corazón, aconsejaos. Si sois mi hija, mi amigo os alcanzará; si no lo sois, haceos colgar, mendigad, pereced de hambre, morid en las calles; pues, por mi alma, jamás os reconoceré; nada de cuanto me pertenece se empleará jamás en vuestro bien. Contad con esto, reflexionad; no quebrantaré mi palabra.

(Vase.)

JULIETA

¿No existe, no hay piedad en el cielo que penetre la profundidad de mi dolor? ¡Oh tierna madre mía, no me arrojéis lejos de vos! Diferid este matrimonio por un mes, por una semana; o, si no lo hacéis, erigid mi lecho nupcial en el sombrío monumento que Tybal reposa.

LADY CAPULETO

No te dirijas a mí, pues no responderé una palabra. Haz lo que quieras, todo ha concluido entre las dos.

(Se marcha.)

JULIETA

¡Dios mío! -Nodriz, ¿cómo precaver esto? Mi marido está en la tierra, mi fe en el cielo: ¿cómo esta fe puede descender aquí abajo, si no es que mi esposo me la devuelve desde arriba, abandonando el mundo? -Dame consuelo, aconséjame. -¡Ay, ay de mí! ¡Que el cielo ponga en práctica engaños contra un tan apacible ser como yo! -¿Qué dices? ¿No tienes una palabra de alegría, algún consuelo, nodriza?

NODRIZA

Sí, en verdad, hele aquí: Romeo está desterrado, y apostaré el mundo contra nada a que no osará jamás venir a reclamaros, y a que, si lo hace, será indispensablemente a ocultas. [En vista de esto, pues que al presente la situación es tal,] opino que lo mejor para vos sería casaros con el conde. ¡Oh! ¡Es un amable caballero! Romeo es un trapa a su lado. [Un águila, señora, no tiene tan claros, tan vivos, tan bellos ojos como tiene Paris]. ¡Pese a mi propio corazón, creo que es una dicha para vos este segundo matrimonio! [Está muy por encima del primero y, prescindiendo de esto], vuestro primer marido no existe, lo que equivale a tanto como a tenerle viviente en la tierra sin que le poseáis.

JULIETA

¿Hablas de corazón?

NODRIZA

Y también de alma, o que Dios me castigue .

JULIETA

Amén.

NODRIZA

¿Qué?

JULIETA

Vaya, me has consolado maravillosamente. Entra y di a la condesa que, habiendo disgustado a mi padre, he ido a la celda de Fray Lorenzo a confesarme y a alcanzar absolución.

NODRIZA

Corriente, iré a decirlo; en esto obráis cuerdamente.

(Vase.)

JULIETA

¡Vieja condenada! ¡Perverso Satanás! ¿Cuál es peor pecado: inducirme así al perjurio, o improperar a mi señor con esa propia lengua que tantos millares de veces le ha puesto por encima de toda comparación? -Anda, consejera; tú y mi corazón han hecho eterna ruptura. - Voy a visitar al monje, para ver el recurso que me ofrece. Si todo medio falla, tengo el de acabar conmigo.

(Vase.)

Acto IV

Escena I

(La celda de Fray Lorenzo.)

(Entran FRAY LORENZO y PARIS.)

FRAY LORENZO

¿El jueves, señor? El plazo es bien corto.

PARIS

Mi padre Capuleto lo quiere así y nada tengo de calmudo para entibiar su premura.

FRAY LORENZO

Decís que no conocéis los sentimientos de la joven: torcido es el modo de obrar, no me agrada.

PARIS

Julieta llora sin medida la muerte de Tybal y, por lo tanto, apenas la he hablado de amor; pues en casa de lágrimas no se sonríe Venus. Ahora bien, señor, su padre estima peligroso el que ella dé tal latitud a su pesar y, en su cordura, activa nuestro consorcio, para contener ese diluvio de llanto que, hartado por Julieta en su aislamiento, puede alejar de su mente la compañía. Ésta, ya lo sabéis, es la causa de su presteza.

FRAY LORENZO (aparte.)

Quisiera ignorar el motivo que debiera entibiarla. -Ved, señor, ahí viene Julieta hacia mi celda.

(Entra JULIETA.)

PARIS

¡Dichoso encuentro, señora y esposa mía!

JULIETA

Tal saludo cabrá, señor, cuando quepa llamarme esposa.

PARIS

Puede, debe caber, amor mío, el jueves próximo.

JULIETA

Será lo que debe ser.

FRAY LORENZO

Sentencia positiva es ésa.

PARIS

¿Venís a confesaros con Fray Lorenzo?

JULIETA

Responder a esto sería confesarme con vos.

PARIS

No le ocultéis que me amáis.

JULIETA

Os haré la confesión de que le amo.

PARIS

Igualmente, estoy. seguro, le confesaréis que me amáis.

JULIETA

Si tal hago, más precio tendrá la declaratoria hecha en vuestra ausencia que delante de vos.

PARIS

¡Infeliz criatura! Tu rostro se halla bien alterado por las lágrimas.

JULIETA

El lloro ha conseguido sobre él victoria débil; pues bien poco valía antes de sus injurias.

PARIS

Mas que las lágrimas le ofendes tú con semejante respuesta.

JULIETA

Lo que no es una calumnia, señor, es una verdad, y lo que he dicho, dicho lo tengo a mi faz.

PARIS

Tu faz es mía y la has calumniado.

JULIETA

Quizás sea así, pues no me pertenece. -Santo padre, ¿os halláis desocupado al presente, o tendré que venir a veros a la hora de vísperas?

FRAY LORENZO

El tiempo es mío al presente, mi grave hija. -Señor, debemos pedirnos que nos dejéis solos.

PARIS

¡Dios me preserve de turbar la devoción! -Julieta, el jueves, temprano, iré a despertaros. Adiós hasta entonces, y recibid este santo beso.

(Vase.)

JULIETA

¡Oh! Cierra la puerta y, hecho esto, ven a llorar conmigo: ¡acabó la esperanza, el consuelo, la protección!

FRAY LORENZO

¡Ah, Julieta! Ya conozco tu pesar; [él me lleva a un extremo que me saca de juicio.] Sé que debes, sin que nada pueda retardarlo, desposarte con ese conde el jueves próximo.

JULIETA

Padre, no me digas que sabes del caso sin manifestarme cómo puedo impedirlo. [Si en tu sabiduría, no cabe prestarme ayuda, declara solamente que apruebas mi resolución, y con este puñal voy a remediarlo al instante. Dios ha unido mi corazón al de Romeo, tú nuestras manos, y antes que esta mano, enlazada por ti a la de Romeo, sirva de sello a otro pacto, antes que mi corazón fiel, con desleal traición, se dé a otro, esto acabará con ambos.] Alcanza [pues de tu vieja, dilatada experiencia] algún consejo que darne al presente, o, mira: este sangriento puñal se enderezará decisivo entre mi vejación y yo, resolviendo como árbitro lo que la autoridad de tus años y tu ciencia no atraiga a la senda del verdadero honor. No así dilates el responder; la muerte se me dilata si tu respuesta no habla de salvación.

FRAY LORENZO

Detente, hija; entreveo cierta clase de esperanza que requiere una resolución tan desesperada como desesperado es el mal que deseamos huir. Si tienes la energía de querer matarte antes que ser la esposa del conde Paris, no es, pues, dudoso que osarás intentar el remedo de la muerte para rechazar el ultraje a que haces cara con la muerte misma, en tu afán de evitarlo. Y pues tienes ese valor, voy a ofrecerte recurso.

JULIETA

¡Oh! Antes que casarme con Paris, manda que me precipite desde las almenas de esa torre, que discurra por las sendas de los bandidos, que vele donde se abrigan serpientes; encadéname con osos feroces o encuádrame por la noche en un osario repleto de rechinantes esqueletos humanos, de fétidos trozos de amarillas y descarnadas calaveras; mándame entrar en una fosa recién cavada y envuélveme con un cadáver en su propia mortaja, ordéname cosas que me hayan hecho temblar al escucharlas, y las llevaré a cabo sin temor ni hesitación para permanecer, la inmaculada esposa de mi dulce bien.

FRAY LORENZO

Oye, pues: vuelve a casa, [muéstrate alegre, presta anuncia al enlace con Paris. Mañana es miércoles; mañana por la noche haz por dormir sola,] no dejes que la nodriza te haga compañía en tu aposento. Así que estés en el lecho, toma este frasquito y traga el destilado licor que guarda. Incontinenti correrá por tus venas todas un frío y letárgico humor, que dominará los espíritus vitales; ninguna arteria conservará su natural movimiento; por el contrario, cesarán de latir; ni calor, ni aliento alguno testificarán tu existencia; [el carmín de tus labios y mejillas bajará hasta cenicienta palidez; caerán las cortinas de tus ojos como al tiempo de cerrarse por la muerte el día de la vida. Cada miembro, de ágil potencia despojado, yerto, inflexible, frío, será una imagen del reposo eterno.] En este fiel trasunto de la pasmosa muerte permanecerás cuarenta y dos horas completas y, al vencerse, te despertarás como de un sueño agradable. Así, cuando por la mañana venga el novio para hacerte levantar del lecho, yacerás muerta en éste. Según el uso de nuestro país, ornada entonces de tus mejores galas, descubierta en el féretro, serás llevada al antiguo panteón donde reposa toda la familia de los Capuletos. Mientras esto sucede, antes que vuelvas en ti, instruido Romeo por mis cartas de lo que intentamos, vendrá aquí: él y yo velaremos tu despertar y la propia noche te llevará tu esposo a Mantua. Este expediente te salvará de la afrenta que te amenaza si un fútil capricho, un terror femenino, no viene en la ejecución a abatir tu valor.

JULIETA

Dame, ¡oh, dame!, no hables de temor.

FRAY LORENZO

Toma, adiós. Sé fuerte y dichosa en la empresa. Enviaré sin dilación a Mantua un religioso que lleve mi mensaje a tu dueño.

JULIETA

¡Amor! ¡Dame fuerza! La fuerza me salvará. ¡Adiós, mi querido padre!

Escena II

(Un aposento en la casa de Capuleto.)

(Entran CAPULETO, la señora CAPULETO, la NODRIZA y CRIADOS.)

CAPULETO

Invita a las personas cuyos nombres están inscritos aquí.

(Vase el PRIMER CRIADO.)

Maula, ve a alquilarme veinte cocineros hábiles.

SEGUNDO CRIADO

Ni uno malo tendréis, señor, pues veré si pueden lamerse los dedos.

CAPULETO

¿Cómo probarlos de este modo?

SEGUNDO CRIADO

Vaya, señor, es un mal cocinero el que no puede lamerse los dedos; por consecuencia, el que no consiga hacer tal cosa, no viene conmigo.

CAPULETO

Ea, vete.

(Vase el SEGUNDO CRIADO.)

[Bien mal preparados estaremos esta vez.-] ¡Eh! ¿Ha ido mi hija a ver al Padre Lorenzo?

NODRIZA

Sí, por cierto.

CAPULETO

Bueno, quizá pueda él hacer algo en bien suyo. Es una impertinente, una terca bribona.

(Entra JULIETA.)

NODRIZA

Ved, ahí llega de la confesión, con semblante alegre.

CAPULETO

¿Qué hay, señorita obstinada? ¿Dónde se ha estado correteando?

JULIETA

Donde he aprendido a arrepentirme del pecado de terca desobediencia a mi padre y a sus mandatos. El santo Lorenzo me ha impuesto el caer aquí de rodillas e implorar vuestro perdón. -¡Perdón, concedédmelo! En lo adelante me guiaré constantemente por vos.

CAPULETO

Que se vaya por el conde, id e instruídele de lo que pasa. Quiero que este vínculo quede estrechado mañana temprano.

JULIETA

He encontrado al joven conde en la celda de Fray Lorenzo y le he acordado cuanto pudiera un decoroso afecto sin traspasar los límites de la modestia.

CAPULETO

Vaya, eso me alegra, eso está bien. Levantaos; la cosa está en regla. -Tengo que ver al conde; sí, pardiez; id, os digo, y traedle aquí. -Ciertamente, Dios antepuesto, toda nuestra ciudad debe grandes obligaciones a este santo y reverendo padre.

JULIETA

Nodriza, ¿queréis seguirme a mi gabinete y ayudarme a escoger el traje de etiqueta que juzguéis a propósito para vestirme mañana?

LADY CAPULETO

No, no, hasta el jueves; hay tiempo bastante.

CAPULETO

Id, nodriza, id con ella. (A Lady Capuleto.) Nosotros, a la iglesia mañana.

LADY CAPULETO

Nuestra provisión será incompleta: ya es casi de noche.

CAPULETO

¡Calla, mujer! Yo andaré vivo y todo irá bien, te lo garantizo. Ve tú al lado de Julieta, ayúdala a ataviarse; yo no me acostaré esta noche. -Dejadme solo; haré de ama por esta vez. -¡Qué! ¡Hola! -Todos han salido. Bien, yo propio iré a ver al conde Paris, a fin de que esté listo para mañana. Mi corazón se halla dilatado en extremo desde que esa trastrocada criatura de tal modo ha vuelto en sí.

(Vanse.)

Escena III

(Habitación de Julieta.)

(Entran JULIETA y la NODRIZA.)

JULIETA

Sí, este traje es el mejor. -Mas... te lo ruego, buena nodriza, déjame sola esta noche; pues necesito orar mucho para conseguir que el cielo mire propicio mi situación, que, bien sabes tú, es viciada y pecaminosa.

(Entra LADY CAPULETO.)

LADY CAPULETO

¡Qué! ¿Estáis afanada? ¿Necesitáis mi ayuda?

JULIETA

No, señora, tenemos elegidas todas las galas que exige mañana mi posición. Si lo tenéis a bien, consentid que permanezca sola y que la nodriza vele con vos esta noche; pues, estoy segura, tenéis toda vuestra gente ocupada en este tan atropellado preparativo.

LADY CAPULETO

Buenas noches. Vete al lecho y reposa, porque lo necesitas.

(Vanse LADY CAPULETO y la NODRIZA.)

JULIETA

Id en paz. Dios sabe cuándo nos volveremos a ver! [Siento correr por mis venas un frío, extenuante temblor, que casi hiela el fuego vital . Voy a hacerlas volver, para que me den fuerza. -¡Nodriza! -¿Qué habría de hacer aquí? Preciso es que yo sola ejecute mi horrible escena. -Ven, pomo.-] ¿Y si este brebaje ningún efecto obra? ¿Tendré a la fuerza que casarme con el conde? No, no; -esto lo impedirá. -Reposa ahí, tú. -(Escondiendo un puñal en su lecho.) Mas, ¿si fuera un veneno que me hubiese sutilmente preparado el monje para causarme la muerte, a fin de no verse deshonrado por este matrimonio, él, que primero me desposó con Romeo? Lo tomo, aunque, bien mirado, no puede ser; pues siempre ha sido tenido por un hombre santo. No quiero alimentar tan mal pensamiento . -¿Y si, ya depuesta en la tumba, salgo del sueño antes que, venga a libertarme Romeo? ¡Terrífico lance éste! ¿No sería, en tal caso, sufocada en esa bóveda, cuya boca inmundada jamás inspira un aire puro, muriendo en ella ahogada antes que llegara mi esposo? Y, suponiendo que viva, ¿no es bien fácil que la horrible imagen de la muerte y de la noche, juntamente con el pavor del lugar, -en un semejante subterráneo, una antigua catacumba, donde, después de tantos siglos, yacen hacinadas las osamentas de todos mis enterrados ascendientes, donde Tybal, ensangrentado, aun recién sepulto, se pudre en su mortaja; donde, según se dice, a ciertas horas de la noche se juntan los espíritus... -¡Ay! ¡Ay! ¿No es probable que yo, tan temprano vuelta en mí -en medio de esos vapores infectos, de esos estallidos que imitan los de la mandrágora que se arranca de la tierra y privan de razón a los mortales que los oyen.- ¡Oh! Si despierto, ¿no me volveré furiosa, rodeada de todos esos horribles espantos? ¿No puedo, loca, jugar con los restos de mis antepasados, arrancar de su paño mortuorio al mutilado Tybal y, en semejante frenesí, con el hueso de algún ilustre pariente, destrozar, cual si fuera con una porra, mi perturbado cerebro? ¡Oh! ¡Mirad! Parece ver la sombra de mi primo persiguiendo a Romeo, que le ha cruzado por el pecho la punta de una espada. -Detente, Tybal, detente. -Voy, Romeo; bebo esto por ti.

(Apura el frasco y se arroja en a lecho.)

Escena IV

(Salón en la casa de Capuleto.)

(Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.)

LADY CAPULETO

Eh, nodriza, tomad las llaves e id a buscar más especias.

NODRIZA

En la repostería piden más dátiles y membrillos.

(Entra CAPULETO.)

CAPULETO

¡Vamos, levantaos, en pie, en pie! El gallo ha cantado por segunda vez; ha sonado el toque matutino, son las tres. Cuidad de la pastelería, buena Angélica, [que no se repare en gastos.]

NODRIZA

Andad, andad, maricón, andad con Dios; idos a la cama; de seguro estaréis enfermo mañana, por haber velado esta noche.

CAPULETO

¡Bah! No, ni sombra de eso. Otras noches he pasado en vela por causas menores y nunca me sentí indispueto.

LADY CAPULETO

Cierto, habéis sido una comadreja en vuestra juventud, [mas yo velaré al presente que no veléis de ese modo.]

(Vanse LADY CAPULETO y la NODRIZA.)

CAPULETO

¡Genio celoso, genio celoso!

(Entran CRIADOS con azadones, leños y cestos.)

Y bien, muchacho, ¿qué traéis ahí?

PRIMER CRIADO

Útiles para el cocinero, señor; mas no sé qué.

CAPULETO

Date prisa, date prisa.

(Vase el PRIMER CRIADO.)

Truhán, trae troncos más secos; llama a Pedro, él te enseñará dónde hay.

SEGUNDO CRIADO

Señor, tengo una cabeza que los hallará: [nunca molestaré a Pedro por semejante cosa.]

(Vase.)

CAPULETO

¡Cuerpo de Cristo! Bien dicho. He ahí un tuno divertido. ¡Ja! Tú serás cabeza de tronco. -Por mi vida, es de día. El conde no tardará en presentarse aquí con la música; pues así lo prometió. (Música en el interior.) Siento que se aproxima. -¡Nodriza! -¡Esposa!-¡Vamos, ea! -¡Nodriza! Ea, digo.

(Vuelve la NODRIZA.)

Id, id a despertar a Julieta y aderezadla; yo voy a hablar con Paris. -¡Vamos, daos prisa, daos prisa! El novio ha llegado ya. Apresuraos os digo .

(Se van.)

Escena V

(Alcoba de Julieta. Ésta en su lecho.)

(Entra la NODRIZA.)

NODRIZA

¡Señora! ¡Eh, señora! ¡Julieta! -Duerme profundamente, estoy segura. -¡Eh! paloma mía; ¡Eh, mi niña! -¡Vergüenza! ¡La dormilona! -¡Eh! amor mío, soy yo. ¡Mi dueña! ¡Dulce corazón! ¡Eh, señora novia! ¡Qué! ¿Ni una palabra? Tomáis vuestra parte adelantada, dormís una semana, porque el conde Paris, me consta lo que digo, está descansado en que bien poco descansaréis la noche próxima. -¡Dios me perdone! Sí, alabado sea. ¡Cuán profundo es su sueño! Es absolutamente preciso que la despierte. -¡Señora, señora, señora! Sí, dejad que el conde os sorprenda en el lecho: él os avivará de seguro. -¿Me equivoco? ¡Qué es esto! ¡Vestida! ¡Con la ropa toda! ¡Y caer de nuevo! Tengo que despertaros sin falta. ¡Señora, señora, señora! -¡Ay!, ¡ay! ¡Socorro!, ¡socorro! ¡Mi señora está muerta! ¡Oh! ¡Siempre infausto día aquél en que nací! -¡Hola! Un poco de espíritu. -¡Señor amo! ¡Señora condesa!

(Entra LADY CAPULETO.)

LADY CAPULETO

¿Qué ruido es éste?

NODRIZA

¡Oh! ¡Desdichado día!

LADY CAPULETO

¿Qué ocurre?

NODRIZA

¡Mirad, mirad! ¡Oh! ¡día angustioso!

LADY CAPULETO

¡Ay de mí, ay de mí! ¡Hija mía! ¡Mi única vida! Despierta, abre los ojos, o moriré contigo. -¡Socorro!, ¡socorro! -¡Pide socorro!

(Entra CAPULETO.)

CAPULETO

Por decoro, haced salir a Julieta; el conde ha llegado.

NODRIZA

¡Está muerta! Ha finado; ¡Está muerta! ¡Aciago día!

LADY CAPULETO

¡Día aciago! ¡Está muerta, muerta, muerta!

CAPULETO

¡Oh! Dejadme verla. -Se acabó, ¡ay de mí! Está fría, su sangre no corre, sus miembros están rígidos: ha tiempo que la vida se ha apartado de estos labios. La muerte pesa sobre ella, cual una intempestiva helada sobre la más dulce flor de la pradera. ¡Maldito tiempo! ¡Desdichado anciano!

NODRIZA

¡Lamentable día!

LADY CAPULETO

¡Funesto instante!

CAPULETO

La muerte que de aquí me la lleva para hacerme gemir, encadena mi lengua, embarga mi voz.

(Entran FRAY LORENZO y PARIS, con los MÚSICOS.)

FRAY LORENZO

Ea, ¿se halla lista la novia para ir a la iglesia?

CAPULETO

Dispuesta para ir, mas para no volver nunca. ¡Oh, hijo mío! La noche, víspera de tus desposorios, la ha pasado la muerte con tu prometida. Mira do yace, ella, la flor, en sus brazos desflorada. Mi yerno es el sepulcro, el sepulcro es mi heredero; ¡él se ha casado con mi hija! Moriré y le dejaré cuanto tengo: vida, fortuna, todo es de la muerte.

PARIS

¿He deseado tanto tiempo ver esta aurora para que sólo me ofrezca un semejante espectáculo?

LADY CAPULETO

¡Día desdichado y maldito! ¡Miserable, odioso día! ¡Hora la más infausta que ha visto el tiempo en todo el laborioso curso de su peregrinación! ¡Una sola, una pobre, única y amante hija, un solo ser, mi alegría y mi consuelo, y la muerte cruel me le arrebató de aquí!

NODRIZA

¡Oh, dolor! ¡Oh, angustioso, angustioso, angustioso día! ¡El más lamentable, el más doloroso que nunca jamás vieron mis ojos! ¡Oh, día! ¡Día, día! ¡Día aborrecible! ¡Nunca fue visto otro tan negro como tú! ¡Oh, doloroso, doloroso día!

PARIS

¡Seducido, divorciado, ofendido, traspasado, asesinado! Muerte execrable, ¡me has hecho traición! ¡A ti, cruel, desapiadada, debo mi ruina total! -¡Amor mío, mi vida! -¡Vida no, sólo amor en la muerte!

CAPULETO

¡Escarnecido, congojado, aborrecido, deshecho, acabado! ¡Oh, triste momento! ¿Por qué has venido tú a destruir, a matar al presente nuestro solemne júbilo? -¡Hija, hija mía! -¡Mi alma, mi hija no! ¡Muerta estás! -¡Ay! ¡Mi hija no existe, y con ella se han hundido mis alegrías!

FRAY LORENZO

¡Eh, por decoro, apaciguaos! El remedio de la desesperación no se halla en desesperaciones como las presentes. El cielo, lo propio que vos, tenía su parte en esta bella criatura; Dios la posee ahora por completo, y la bien librada en ello es la doncella. Salvar no podáis de la muerte la parte que os tocaba, en tanto que el cielo conserva la suya en vida eternal. Vuestro sumo fin era realzarla; sí, que ella se encumbrase, vuestro paraíso; y ahora, que más alta que las nubes se encuentra, a la misma altura del cielo, ¿estáis llorando? ¡Oh! Tan inverso es este amor que sentís por vuestra hija, que os desesperáis porque la veis dichosa. No es la mejor casada la que vive largo tiempo en maridaje; la mejor casada es la que muere joven esposa. Enjugad esas lágrimas, esparcid vuestro romero sobre la bella difunta y, conforme al uso, llevadla a la iglesia, adornada de sus más brillantes atavíos; [pues aunque la débil naturaleza nos pida a todos llanto,] el lloro de la naturaleza excita el sonreír de la razón.

CAPULETO

Todos nuestros preparativos de fiesta pasan a prestar oficio de pompa fúnebre: las vihuelas harán de lúgubres campanas, esta alegre celebración nupcial se cambiará en grave, funerario banquete, los himnos festivos en melancólicas endechas y nuestros ramos de novia adornarán el ataúd de un cadáver. Todo en lo contrario se trasforma.

FRAY LORENZO

Retiraos, señor -y vos, señora, seguid a vuestro esposo. -Salid, señor Paris. -Disponeos cada uno a acompañar hasta su sepulcro este bello cadáver. El cielo, por cierto acto pecaminoso, se os muestra sombrío: no le irritéis más contrariando su voluntad suprema.

(Vanse CAPULETO, la señora CAPULETO, PARIS y FRAY LORENZO.)

MÚSICO PRIMERO

Por mi alma, bien podemos guardar nuestras flautas y marcharnos.

NODRIZA

¡Ah! Buena, honrada gente, guardadlas, guardadlas; pues bien veis que es éste un caso triste.

(Vase la NODRIZA.)

MÚSICO PRIMERO

Sí, a fe mía, el caso no es nada bueno.

(Entra PEDRO.)

PEDRO

¡Ah! ¡Músicos, músicos! ¡Contento del corazón! ¡Contento del corazón! Si queréis que viva, tocad ¡Contento del corazón!

MÚSICO PRIMERO

¿Por qué Contento del corazón?

PEDRO

¡Ah! Músicos, porque el mío toca Mi corazón está lleno de tristeza . ¡Oh! Tocadme alguna alegre letanía para consolarme.

MÚSICO PRIMERO

Ninguna letanía por nuestra parte. No es ahora ocasión de tocar.

PEDRO

¿No queréis, pues?

MÚSICO PRIMERO

No.

PEDRO

Bien, yo os la daré de ley.

MÚSICO PRIMERO

¿Qué nos vais a dar?

PEDRO

Nada de dinero, Por vida mía; solfa sí; os daré el solfista.

MÚSICO PRIMERO

Pues yo el corchete.

PEDRO

En tal caso, os plantaré la daga del corchete en la cabeza. No soporto corchetes; os haré re, os haré fa. ¿Notáis lo que digo?

MÚSICO PRIMERO

Si me hacéis re, si me hacéis fa, nota ya soy.

MÚSICO SEGUNDO

Por favor, poned la daga en la vaina y a luz la imaginación.

PEDRO

En guardia, entonces, contra mi imaginación. Voy a envainar mi daga de hierro y a daros duro con el hierro de la inteligencia. Contestadme racionalmente.

Cuando un dolor acerbo el pecho hiere

Y aguda pena nuestra mente oprime,

La música de sonos argentinos... -

¿Por qué son argentino? ¿Por qué música de son argentino? Di, Simón Cuerda de Tripa.

MÚSICO PRIMERO

En verdad, señor, porque la plata tiene un sonido agradable.

PEDRO

¡Lindo! -¿Por qué? Vos, Hugo Rebeck .

MÚSICO SEGUNDO

Digo -son argentino, porque los músicos tocan por plata.

PEDRO

¡Lindo también! -¿Vos, qué decís, Santiago Alma de Violín?

MÚSICO TERCERO

Por mi vida, no sé qué decir.

PEDRO

¡Oh! ¡Perdonadme! Sois el cantor: yo hablaré por vos. Se dice música de son argentino, porque hombres de vuestra especie rara vez alcanzan oro por su tocar.

La música de sonos argentinos

Presto alivio nos brinda diligente.

(Vase cantando.)

MÚSICO PRIMERO

¡Qué maligno truhán es ese hombre!

MÚSICO SEGUNDO

¡Que lo cuelgue el verdugo! -Ven, entremos aquí; aguardaremos por los del duelo y comeremos mientras.

(Se marchan.)

Acto V

Escena I

(Mantua. Una calle.)

(Entra ROMEO.)

ROMEO

Si puedo confiar en la propicia muestra del sueño, mis sueños me anuncian una próxima dicha. Ligeramente sobre su trono reposa el señor de mi pecho y todo el día una extraña animación, en alas de risueñas ideas, me ha mantenido en un mundo superior. He soñado que llegaba mi bien y me encontraba exánime, (¡extraño sueño, que deja a un muerto la

facultad de pensar!) y que sus besos inspiraban tal vida en mis labios, que volví en mí convertido en emperador. ¡Oh cielos! ¡Qué dulce debe ser la real posesión del amor, cuando sus solos reflejos tanta ventura atesoran!

(Entra BALTASAR.)

¡Nuevas de Verona! -¿Qué hay, Baltasar? ¿No me traes cartas del monje? ¿Cómo está mi dueño? ¿Goza mi padre salud? ¿Va bien mi Julieta? Te vuelvo a preguntar esto, porque nada puede ir mal si lo pasa ella bien.

BALTASAR

Pues que bien está ella, nada malo puede existir. Su cuerpo reposa en el panteón de los Capuletos y su alma inmortal mora con los ángeles. Yo la he visto depositar en la bóveda de sus padres y tomé la posta al instante para anunciároslo. ¡Oh, señor! Perdonadme por traer esta funesta noticia; pues que es el encargo que me dejasteis.

ROMEO

¿Es lo cierto? Pues bien, astros, yo os hago frente. -Tú sabes dónde vivo, procúrame tinta y papel y alquila caballos de posta: parto de aquí esta noche.

BALTASAR

Excusadme, señor, no puedo dejaros así. -Vuestras pálidas y descompuestas facciones vaticinan una desgracia.

ROMEO

¡Bah! Te engañas. Déjame y haz lo que te he mandado. ¿No tienes para mí ninguna carta del padre?

BALTASAR

No, mi buen señor.

ROMEO

No importa: vete y alquilame los caballos; me reuniré contigo sin demora.

(Vase BALTASAR.)

Bien, Julieta, reposaré a tu lado esta noche. Busquemos el medio. ¡Oh, mal! ¡Cuán dispuesto te hallas para entrar en la mente del mortal desesperado! Me viene a la idea un boticario -por aquí cerca vive; -le vi poco ha, el vestido andrajoso, las cejas salientes, entresacando simples: su mirada era hueca, la cruda miseria le había dejado en los huesos. Colgaban de su menesterosa tienda una tortuga, un empajado caimán y otras pieles de

disformes anfibios: en sus estantes, una miserable colección de botes vacíos, verdes vasijas de tierra, vejigas y mohosas simientes, restos de bramantes y viejos panes de rosa se hallaban a distancia esparcidos para servir de muestra. Al notar esta penuria, dije para mí: Si alguno necesitase aquí una droga cuya venta acarrearase sin dilación la muerte en Mantua, he ahí la morada de un pobre hombre que se la vendería. ¡Oh! Tal pensamiento fue sólo pronóstico de mi necesidad. Sí, ese necesitado tiene que despachármela. A lo que recuerdo, ésta debe ser la casa. Como es día de fiesta, la tienda del pobre está cerrada. -¡Eh, eh! ¡Boticario!

(Aparece el BOTICARIO.)

BOTICARIO

¿Quién llama tan recio?

ROMEO

Llégate aquí, amigo. Veo que eres pobre; toma, ahí tienes cuarenta ducados. Proporcióname una dosis de veneno, sustancia, de tal suerte activa, que se esparza por las venas todas y el cansado de vivir que la tome caiga muerto; tal, que haga perder al pecho la respiración con el propio ímpetu con que la eléctrica, inflamada pólvora sale del terrible hueco, del cañón.

BOTICARIO

Tengo de esos mortíferos venenos; pero la ley de Mantua castiga de muerte a todo el que los vende.

ROMEO

¿Y tú, tan desnudo y lleno de miseria, tienes miedo a la muerte? El hambre aparece en tus mejillas, la necesidad y el sufrimiento mendigan en tus ojos, sobre tu espalda cuelga la miseria en andrajos. Ni el mundo, ni su ley son tus amigos; el mundo no tiene ley ninguna para hacerte rico; quebranta, pues, sus prescripciones; sal de miserias, y toma esto.

BOTICARIO

Mi pobreza, no mi voluntad, lo acepta.

ROMEO

Pago tu pobreza, no tu voluntad.

BOTICARIO

Echad esto en el líquido que tengáis a bien, apurad la disolución y aunque tuvieseis la fuerza de veinte hombres daría cuenta de vos en el acto.

ROMEO

Ahí tienes tu oro, veneno más funesto para el corazón de los mortales, causante de más homicidios en este mundo odioso que esas pobres misturas que no tienes permiso de vender. Yo te entrego veneno, tú a mí ninguno me has vendido. Adiós, compra pan y engórdate. -¡Ven, cordial, no veneno! Ven conmigo al sepulcro de Julieta; pues en él es donde debes servirme.

Escena II

(La celda de Fray Lorenzo.)

(Entra FRAY JUAN.)

FRAY JUAN

¡Hermano francisco, reverendo padre, eh!

(Entra FRAY LORENZO.)

FRAY LORENZO

Ésta es, sí, la voz de Fray Juan. -Bienvenido de Mantua. ¿Qué dice Romeo? [Si se expresa por escrito, dadme su carta.]

FRAY JUAN

Buscando, para acompañarme, un hermano descalzo, miembro de nuestra orden, que se hallaba visitando los enfermos de esta población, al dar con él, los inspectores de la ciudad, sospechando que estábamos en un convento donde reinaba el mal contagio, cerraron las puertas y no quisieron dejarnos salir. Así, pues, mi viaje a Mantua quedó allí en suspenso.

FRAY LORENZO

Entonces ¿quién llevó mi carta a Romeo?

FRAY JUAN

Aquí vuelve, no pude mandarla [ni encontrar un mensajero que te la trajera. ¡Tanto miedo infundía a todos el contagio!]

FRAY LORENZO

¡Funesta contrariedad! Lo juro por nuestra orden, no era una carta insignificante; por el contrario, abrazaba un encargo de suma cuenta, y su demora puede acarrear gran peligro. Ve, Fray Juan, procúrame una barrena y tráela sin dilación a mi celda.

FRAY JUAN

Voy a traértela, hermano.

(Vase.)

FRAY LORENZO

Ahora, preciso es que me dirija solo al panteón. Dentro de tres horas despertará la bella Julieta y me colmará de maldición porque Romeo no ha sido instruido de estos percances. Pero yo escribiré de nuevo a Mantua y guardaré a la joven en mi celda hasta que vuelva su esposo. ¡Pobre cadáver viviente, encerrado en el sepulcro de un muerto!

(Se retira.)

Escena III

(Un cementerio, en medio del cual se alza el sepulcro de los Capuletos.)

(Entra PARIS, seguido de su PAJE, que trae una antorcha y flores.)

PARIS

Paje, dame la antorcha. Retírate, y mantente a distancia. -No, apágala; pues no quiero ser visto. Tiéndete allá, al pie de esos sauces, manteniendo el oído pegado en la cavernosa tierra; de este modo, ninguna planta hollará el suelo del cementerio (ya flojo y movable, a fuerza de abrirse en él sepulturas) sin que la oigas: en tal caso, me silbarás, siendo indicio de que sientes aproximarse a alguno. Dame esas flores. Anda, haz lo que te he dicho.

PAJE (aparte.)

Medio amedrentado estoy de quedarme aquí solo, en el cementerio; sin embargo, voy a arriesgarme.

(Se aleja.)

PARIS

Dulce flor, yo siembro de flores tu lecho nupcial. Querida tumba, que contiene en tu ámbito la perfecta imagen de los seres eternos, bella Julieta, que moras con los ángeles, acepta esta última ofrenda de mis manos; ellas, en vida te respetaron, y muerta, con funeral celebridad adornan tu tumba .

(Silba el PAJE.)

El paje da aviso; alguno se acerca. ¿Qué pie sacrílego yerra por este sitio, en la noche presente, turbando mis ceremonias, las exequias del fiel amor? ¿Con una antorcha? ¡Cómo! -Noche, véleme un instante.

(Se aparta.)

(Entra ROMEO, seguido de BALTASAR, que trae una antorcha, un azadón, etc.)

ROMEO

Dame acá ese azadón y esa barra de hierro. Ten, toma esta carta; mañana temprano cuida de entregarla a mi señor y padre. Trae acá la luz. Bajo pena de vida te prevengo que permanezcas a distancia, sea lo que quiera lo que oigas o veas, y que no me interrumpas en mis actos. Si bajo a este lecho de muerte, hágolo en parte para contemplar el rostro de mi adorada; mas sobre todo, para quitar en la tumba del insensible dedo de Julieta un anillo precioso, un anillo que debe servirme para una obra importante. Aléjate pues, vete. -Y haz cuenta que si, receloso, vuelves atrás para espiar lo que en lo adelante tengo el designio de llevar a cabo, ¡por el cielo!, te desgarraré pedazo a pedazo y sembraré este goloso suelo con tus miembros. Como el momento, mis proyectos son salvajes, feroces; mucho más fieros, más inexorables que el tigre hambriento o el mar embravecido.

BALTASAR

Quiero irme, señor, y no turbaros.

ROMEO

Haciéndolo, me probarás tu adhesión. Toma esto. Vive y sé dichoso, buen hombre, y adiós.

BALTASAR (para sí.)

Por todo eso mismo voy a ocultarme en las cercanías. Sus miradas me inquietan y recelo de sus intenciones.

(Se esconde cerca.)

ROMEO

¡Oh! Tú, abominable seno, vientre de muerte, repleto del más exquisito bocado de la tierra, de este modo haré que se abran tus pútridas quijadas; (Desencajando la puerta del monumento.) te sobrellenaré a la fuerza de más alimento.

PARIS

Es ese proscrito, altanero Montagüe, que dio muerte al primo de Julieta, por cuyo pesar, según dicen, murió la graciosa joven. Aquí viene ahora a inferir a los cadáveres algún bajo ultraje. Voy a echarle mano.

(Se adelanta.)

Cesa en tu afán impío, vil Montagüe: ¿cabe proseguir la venganza más allá de la muerte? Miserable proscrito, arrestado quedas: obedece y sígueme; pues es preciso que mueras.

ROMEO

Sí, indispensable es, y por ello vengo a este sitio. -Noble y buen mancebo, no tienes a un hombre desesperado; huye de aquí y déjame. Piensa en esos muertos y dente pavor. Suplícote, joven, que no cargues mi cabeza con un nuevo pecado impeliéndome a la rabia. ¡Oh!, vote. Por Dios, te amo más que a mí mismo; pues contra mí propio vengo armado a este lugar. No tardes, márchate: vive, y di, a contar desde hoy, que la piedad de un furioso te impuso el huir.

PARIS

Desprecio tus exhortaciones y te echo mano aquí como a un malhechor.

ROMEO

¿Quieres provocarme? Pues bien, mancebo, mira por ti.

(Se batan.)

PAJE

¡Oh Dios! Se batan. Voy a llamar la guardia.

(Vase el PAJE.)

PARIS

¡Ah! ¡Muerto soy! (Cae.) Si hay piedad en ti, abre la tumba y ponme al lado de Julieta.

(Muere.)

ROMEO

Sí, por cierto, lo haré. -Contemplemos su faz . ¡El pariente de Mercucio, el noble conde Paris! -¿Qué dijo Baltasar mientras cabalgábamos, en esos instantes en que mi alma agitada no le ponía atención? Me contaba, creo, que Paris debía haberse casado con Julieta. ¿No dijo eso? ¿O lo habré yo sonado?, ¿o es que, demente, así me lo imaginé al oír hablar de ella? -¡Oh, dame tu mano, tú, lo mismo que yo, inscrito en el riguroso libro de la adversidad! Voy a sepultarte en una tumba esplendente. ¿Una tumba? ¡Oh! no, una gloria, asesinado joven; pues en ella reposa Julieta, y su belleza trueca esta bóveda en una luminosa mansión de fiesta. (Dejando a PARIS en el monumento.) Muerte, yace ahí enterrada por un muerto. -¡Cuántas veces los hombres, a punto de morir, han sentido regocijo! ¡El postrer relámpago vital, cual dicen sus asistentes! Mas ¿cómo llamar a lo que siento un relámpago? -¡Oh! Amor mío, esposa mía! La muerte, que ha extraído la miel de tu aliento, no ha tenido poder aún sobre tu hermosura; no has sido vencida: el carmín, distintivo de la belleza, luce en tus labios y mejillas, do aún no ondea la pálida enseña de la muerte. -¿Ahí, tú, Tybal, reposando en tu sangrienta mortaja? ¡Oh! ¿qué mayor servicio puedo ofrecerte que aniquilar con la propia mano que tronchó tu juventud la juventud del que fue tu enemigo? ¡Perdóname, primo! -Amada Julieta, ¿por qué luces tan bella aún? ¿Debo creer que el fantasma de la muerte se halla apasionado y que el horrible, descarnado monstruo te guarda aquí, en las tinieblas, para hacerte su dama? Temeroso de que sea así, permaneceré a tu lado eternamente y jamás tornaré a retirarme de este palacio, de la densa noche. Aquí, aquí voy a estacionarme con los gusanos, tus actuales doncellas; sí, aquí voy a establecer mi eternal permanencia, a sacudir del yugo de las estrellas enemigas este cuerpo cansado de vivir. -¡Echad la postrer mirada, ojos míos! ¡Brazos, estrechad la vez última! Y vosotros, ¡oh labios!, puertas de la respiración, sellad con un ósculo legítimo un perdurable pacto con la muerte monopolista! -Ven, amargo conductor ; ven, repugnante guía! ¡Piloto desesperado, lanza ahora de un golpe, contra las pedregosas rompientes, tu averiado, rendido bajel! ¡Por mi amor! -(Apura el veneno.) ¡Oh, fiel boticario! Tus drogas son activas. -Así, besando muero.

(Muere.)

(Aparece FRAY LORENZO por el otro extremo del cementerio, con una linterna, una barrena y una azada.)

FRAY LORENZO

¡San Francisco, sé mi auxiliar! ¡Cuántas veces, esta noche, han tropezado contra tumbas mis añosos pies! -¿Quién está ahí? ¿Quién es el que hace compañía a los muertos a hora tan avanzada?

BALTASAR

Él que está aquí es un amigo, uno que os conoce bien.

FRAY LORENZO

¡Dios os bendiga! Decid, mi buen amigo, ¿qué antorcha es aquella que inútilmente presta su luz a los gusanos y a los cráneos sin ojos? A lo que distingo, arde en el sepulcro de los Capuletos.

BALTASAR

Así es, reverendo padre; y allí está mi señor, una persona a quien estimáis.

FRAY LORENZO

¿Quién es?

BALTASAR

Romeo.

FRAY LORENZO

¿Cuánto hace que est a ahí?

BALTASAR

Una media hora larga.

FRAY LORENZO

Ven conmigo al panteón.

BALTASAR

No me atrevo, señor; mi amo cree que he dejado este sitio y me amenazó de un modo terrible con la muerte si permanecía para espiar sus intentos.

FRAY LORENZO

Quédate, pues; yo iré solo. -Me asalta el miedo; ¡oh!, mucho me temo un siniestro accidente.

BALTASAR

Mientras dormía aquí, bajo estos sauces, soñé que mi señor se batía con otro hombre y que mi amo había matado a éste.

FRAY LORENZO (adelantándose.)

¡Romeo! -¡Ay!, ¡ay!, ¿qué sangre es ésta que mancha el pétreo umbral de este sepulcro? ¿Qué indican estos perdidos, sangrientos aceros, empañados, por tierra en tal sitio de paz?

(Entra en el monumento.)

¡Romeo! ¡Oh!, ¡pálido está! -¿Otro aún? ¡Cómo! ¿Paris también? ¡Y bañado en su sangre! ¡Ah!, ¿qué desapiadada hora es culpable de este lamentable suceso?

(Despierta JULIETA.)

JULIETA

¡Oh, padre caritativo! ¿Dónde está mi dueño? Recuerdo bien el sitio en que debía despertarme; sí, en él me hallo. -¿Dónde está mi Romeo?

(Ruido al exterior de la escena.)

FRAY LORENZO

Oigo ruido. -Señora, deja este antro de muerte, de contagio, de sueño violento. Un poder superior, al que no podemos resistir, ha desconcertado nuestros designios. Ven, sal de aquí; tu esposo yace ahí, a tu lado, sin vida, y Paris también. Ven, yo te haré entrar en una comunidad de santas religiosas. No tardes con preguntas, pues la ronda se acerca. Ven, sal, buena Julieta. (Ruido otra vez.) -No me atrevo a permanecer más tiempo.

(Vase.)

JULIETA

Sal, aléjate de aquí; pues yo no quiero partir. ¿Qué es esto? ¿Una copa comprimida en la mano de mi fiel consorte? El veneno, lo veo, ha causado su fin prematuro. -¡Oh! ¡Avaro! ¡Tomárselo todo, sin dejar ni una gota amiga para ayudarme a ir tras él! -Quiero besar tus labios; acaso exista aún en ellos un resto de veneno que me haga morir, sirviéndome de cordial. (Lo besa.) ¡Tus labios están, calientes!

PRIMER GUARDIA (desde el exterior de la escena.)

Condúcenos, muchacho. ¿Por dónde es?

JULIETA

¿Ruido? Sí. Apresurémonos pues. -¡Oh, dichoso puñal! (Apoderándose del puñal de ROMEO.) Esta es tu vaina; (Se hiere.) enmohece en ella y déjame morir.

(Cae sobre el cuerpo de ROMEO, y muere.)

(Entra la ronda, guiado por el PAJE de PARIS.)

PAJE

Éste es el sitio; ahí donde arde la antorcha.

PRIMER GUARDIA

El suelo está lleno de sangre; id, buscad algunos de vosotros por el cementerio, echad mano a quien quiera que encontréis.

(Vanse algunos.)

¡Lastimoso cuadro! He ahí al conde asesinado y a Julieta manando sangre, caliente y apenas desfigurada; ella, hace dos días dejada aquí sepulta. -Id a instruir al príncipe; -corred a casa de los Capuletos, -poned en pie a los Montagues. -Inquirid algunos de vosotros.

(Vanse otros guardias.)

Vemos el lugar en que tales duelos tienen asiento, pero lo que realmente ha dado lugar a estos duelos deplorables no podemos verlo sin informes.

(Vuelven algunos de los guardias con BALTASAR.)

SEGUNDO GUARDIA

Aquí tenéis al criado de Romeo, le hemos hallado en el cementerio.

PRIMER GUARDIA

Tenedle a recaudo mientras llega aquí el príncipe.

(Entra otro guardia con FRAY LORENZO.)

TERCER GUARDIA

Ved un monje que tiembla, suspira y llora. Le hemos quitado este azadón y esta barra cuando venía de esa parte del cementerio.

PRIMER GUARDIA

¡Grave sospecha! Retened al monje también.

(Entran el PRÍNCIPE y su séquito.)

PRÍNCIPE

¿Qué infortunio ocurre a tan primera hora, que nos arranca de nuestro matinal reposo?

(Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y otros.)

CAPULETO

¿Qué es lo que pasa, que así alborotan por fuera?

LADY CAPULETO

Unos gritan en las calles, ¡Romeo!; otros, ¡Julieta! otros, ¡Paris!, y todos corren con gran vocería hacia el panteón de nuestra familia.

PRÍNCIPE

¿Qué alarma es ésta que ensordece nuestros oídos?

PRIMER GUARDIA

Augusto señor, el conde Paris yace asesinado ahí, Romeo sin vida, y Julieta, de antemano muerta, caliente aún y acabada segunda vez.

PRÍNCIPE

Buscad, inquirid y penetraos de cómo vino esta abominable matanza.

PRIMER GUARDIA

Aquí están un monje y el criado del difunto Romeo; ambos portaban utensilios apropiados para abrir las sepulturas de estos muertos .

CAPULETO

¡Oh, cielos! ¡Oh, esposa mía! ¡Ve cómo sangra nuestra hija! Este puñal ha equivocado el camino. Sí, ¡mira!, en la trasera de Montagüe está su vaina vacía, -y se ha metido por error en el seno de mi hija.

LADY CAPULETO

¡Ay de mí! Este cuadro mortuorio es campana que llama al sepulcro mi vejez.

(Entran MONTAGÜE y otros.)

PRÍNCIPE

Acércate, Montagüe: temprano te has puesto en pie para ver a tu hijo y heredero más temprano caído .

MONTAGÜE

¡Ay! Príncipe mío, mi esposa ha muerto esta noche; el pesar del destierro de su hijo la dejó inánime. ¿Qué nuevo dolor conspira contra mi vejez?

PRÍNCIPE

Mira y verás .

MONTAGÜE

¡Oh, hijo degenerado! ¿Qué usanza es ésta de lanzarte en la tumba antes de tu padre?

PRÍNCIPE

Tened, sellad el ultrajante labio hasta que hayamos podido esclarecer estos misterios y descubrir su origen, su esencia, su verdadera progresión. Alcanzado esto, seré de vuestras penas el principal doliente y os acompañaré en todo hasta el último extremo. Hasta entonces, reprimíos y avasallad a la paciencia el infortunio. -Haced que avancen los individuos sospechosos.

FRAY LORENZO

Yo, el más importante, el menos pudiente, soy sin embargo, puesto que la hora y el lugar deponen en mi contra, el más sospechoso de esta horrible matanza, y aquí comparezco para acusarme y defenderme, para ser por mí propio condenado y absuelto.

PRÍNCIPE

Di pues, de seguida, lo que sepas acerca de esto.

FRAY LORENZO

Seré breve; pues el poco aliento que me queda no alcanza a la extensión de un prolijo relato. Romeo, el que ahí yace, era esposo de Julieta, y esa Julieta, muerta ahí, la fiel consorte de Romeo. Yo los casé: el día de su secreto matrimonio fue el último de Tybal, cuya intempestiva muerte extrañó de esta ciudad al nuevo cónyuge, por quien, no por el muerto primo, Julieta descaecía. -Vos, (a CAPULETO.) para alejar de su pecho ese insistente pesar, la prometisteis al conde Paris y quisisteis por fuerza que le diera su mano. Entonces fue que ella vino a encontrarme y con extraviados ojos me precisó a buscar el medio de libertarla de ese segundo matrimonio, amenazando matarse en mi celda si no lo hacía. En tal virtud, bien aleccionado por mi experiencia, la proveí de una poción narcótica, que ha obrado como esperaba, dando a su ser la apariencia de la muerte. En el intervalo, escribí a Romeo a fin de que viniese aquí esta noche fatal, plazo prefijo en que la fuerza del

brebaje debía concluir, para ayudarme a sacar a la joven de su anticipada tumba; mas el portador de mi carta, el hermano Juan, detenido por un accidente, me la devolvió ayer por la tarde. Solo pues del todo, a la precisa hora de despertar Julieta, me encaminé a sacarla del sepulcro de sus antepasados, con intención de retenerla oculta en mi celda hasta que fuese posible avisar a su esposo; empero, a mi llegada, minutos antes de la hora de volver aquella en sí, violentamente acabados, me hallé aquí al noble Paris y al fiel Romeo. Despierta en esto Julieta. -Instábala yo a salir y a soportar con paciencia este golpe del cielo, cuando un ruido me ahuyenta de la tumba. Ella, entregada a la desesperación, no quiso seguirme, y según toda apariencia, atentó contra sí misma. Esto es todo lo que sé; por lo que respecta al matrimonio, la Nodriz estaba en el secreto. Y si en lo dicho ha ocurrido desgracia por mi falta, que mi vieja existencia, algunas horas antes de su plazo, sea sacrificada al rigor de las leyes más severas.

PRÍNCIPE

Siempre te hemos tenido por un santo varón. -¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede decir sobre lo presente?

BALTASAR

Yo llevé noticia a mi señor de la muerte de Julieta y él al punto salió, en posta, de Mantua para este preciso lugar, para este panteón. Diome orden de llevar temprano a su padre esta carta que veis, y al dirigirse a la bóveda esa, me amenazó con pena de muerte si no partía y le dejaba solo.

PRÍNCIPE

Dame la carta, quiero enterarme de ella. -¿Dónde está el paje del conde? El que dio aviso a la guardia? -Tunante, ¿qué hacía aquí tu señor?

PAJE

Vino a regar flores sobre el sepulcro de su prometida; mandome estar a lo lejos, y así lo hice. Muy luego apareció uno con luz, para abrir la tumba, y a poco cayó sobre él mi amo, espada en mano. Entonces fue que corrí para llamar la guardia.

PRÍNCIPE

Esta carta comprueba las palabras del monje; el relato de su mutuo amor, la comunicación de la muerte de Julieta. Dice Romeo que adquirió el veneno de un pobre boticario y asimismo que vino a morir a este panteón y a reposar al lado de ella. -¿Dónde están esos contrarios? -¡Capuleto! ¡Montagüe! -¡Ved qué maldición está pesando sobre vuestros odios, cuando el cielo halla medio para matar vuestras alegrías sirviéndose del amor! Y yo, por también tolerar vuestras discordias, he perdido dos deudos. -Castigado todo.

CAPULETO

¡Oh, Montagüe, hermano mío, dame la mano!

(Estrecha la mano de MONTAGÜE.)

Ésta es la viudedad de mi hija: nada más puedo pedirte.

MONTAGÜE

Pero yo puedo más darte; pues, de oro puro, la erigiré una estatua, para que mientras Verona por tal nombre se conozca, no se alce en ella busto de más estima que el de la bella y fiel Julieta.

CAPULETO

De igual riqueza se alzaré Romeo a su lado. ¡Pobres ofrendas de nuestras rencillas!

PRÍNCIPE

La presente aurora trae consigo una paz triste; pesaroso el sol, vela su faz. Salgamos de aquí para continuar hablando de estos dolorosos asuntos. Perdonados serán unos, castigados otros; pues jamás hubo tan lamentable historia como la de Julieta y su Romeo.

(Vanse.)

FIN

Desenlace de Romeo y Julieta

Según el último arreglo hecho por Garrick para el teatro de Drury Lane (Lon.)

(ROMEO y PARIS se batan.)

PARIS. (Cayendo.) ¡Ah! ¡Muerto soy! Si hay piedad en ti, abre la tumba y ponme al lado de Julieta.

(Muere.)

ROMEO. Sí, por cierto, lo haré. -Contemplemos su faz. -¡El pariente de Mercucio, el noble conde Paris! Tú, lo mismo que yo, inscrito en el riguroso libro de la adversidad. Voy a sepultarte en una tumba esplendente. ¿Una tumba? ¡Oh! No, una gloria, asesinado joven; pues en ella reposa Julieta.

(Desencaja la puerta del monumento.)

¡Oh amor mío, esposa mía! La muerte, que ha extraído la miel de tu aliento, no ha tenido poder aún sobre tu hermosura; no has sido vencida; el carmín, distintivo de la belleza, luce en tus labios y mejillas, do aún no ondea la pálida enseña de la muerte. -¡Oh, Julieta!, ¿por qué luces tan encantadora todavía? -Aquí, aquí voy a establecer mi eternal permanencia, a sacudir del yugo de las estrellas enemigas este cuerpo cansado de vivir.

(Se apodera del pomo.)

¡Ven, amargo conductor, ven, repugnante guía! ¡Piloto desesperado, lanza ahora de un golpe, contra las pedregosas rompientes, tu averiado, rendido bajel! ¡Basta! -¡Por mi amor!

(Apura el veneno.)

¡Una postrer mirada, ojos míos! ¡Brazos, estrechad la vez última! Y vosotros, ¡oh labios!, sellad las puertas de este aliento con un ósculo legítimo.

(Despierta JULIETA.)

¡Poco a poco! -¡Respira y se mueve!

JULIETA. ¿Dónde estoy? ¡Amparádme, espíritus celestes!

ROMEO. ¡Habla, vive! Sí, ¡aún podemos ser felices! Mi buena, propicia estrella, me indemniza al presente de todos los pasados sufrimientos. -Levántate, levántate, Julieta mía, deja que de este antro de muerte, de esta mansión de horror, te trasporte sin demora a los brazos de tu Romeo, que en ellos infunda en tus labios vital aliento y te vuelva mi alma a la vida y al amor.

(La levanta.)

JULIETA. ¡Dios mío! ¡Qué frío hace! -¿Quién está ahí?

ROMEO. Tu esposo, tu Romeo, Julieta; vuelto de la desesperación a una inefable alegría. Deja, deja este lugar y huyamos juntos.

(La saca do la tumba.)

JULIETA. ¿Por qué así me violentáis? - Jamás consentiré, pueden faltarme las fuerzas, pero es invariable mi voluntad. -No quiero casarme con Paris. ¡Romeo es mi consorte!

ROMEO. Romeo es tu consorte; ese Romeo soy yo. Ni todo el contrario poder de la tierra o de los hombres romperá nuestro vínculo, ni te arrancará de mi corazón.

JULIETA. Yo conozco esa voz; su mágica dulzura despierta mi suspenso espíritu. -
Ahora recuerdo bien todos los pormenores. ¡Oh! ¡Mi dueño, mi esposo!

(Yendo a abrazarlo.)

¿Huyes de mí, Romeo? Deja que toque tu mano y que guste el cordial de tus labios. -
¡Me asustas! Habla. -¡Oh! Que oiga yo otra distinta voz que la mía en este lúgubre antro de
muerte, o perderé el sentido. -Sostenme.

ROMEO. ¡Oh! No puedo; estoy sin fuerzas; por el contrario, necesito tu débil apoyo. -
¡Cruel veneno!

JULIETA. ¡Veneno! ¿Qué dices, dueño mío? Tu balbuciente voz, tus labios
deshidratados, tu errante mirada... -¡En tu faz está la muerte!

ROMEO. Si lo está: lucho al presente con ella. Los trasportes que he sentido al oírte
hablar, al verte abrir los ojos, han detenido un breve instante su impetuoso curso. Todo mi
pensamiento era ventura, estaba en ti; mas ahora corre el veneno por mis venas... -No tengo
tiempo de explicarte. -El destino me ha traído aquí para dar un último, último adiós a mi
amor, y morir a tu lado.

JULIETA. ¿Morir? ¿Era el monje traidor?

ROMEO. No sé de eso; te creía muerta. Fuera de mí al contemplarte... -¡Oh!, ¡fatal
prontitud! -Apuré el veneno, -besé tus labios, y hallé en tus brazos un sepulcro precioso. -
Pero en ese instante... -¡Oh!

JULIETA. ¡Y me he despertado para esto!

ROMEO. Extenuadas están mis fuerzas. Entre la muerte y el amor, disputado vaga mi
ser; pero la muerte es más fuerte. -¡Y tengo que dejarte, Julieta! -¡Oh cruel, cruel destino!
En presencia del Paraíso-

JULIETA. Tú deliras; apóyate sobre mi seno.

ROMEO. Los padres tienen corazones de piedra, no hay lágrimas que les enternezcan; -
la naturaleza habla en balde. Los hijos tienen que ser infelices.

JULIETA. ¡Oh! ¡Se me parte el corazón!

ROMEO. Es mi esposa; -nuestras almas nacieron gemelas. -Detente, Capuleto. -
Suéltame, Paris; no tires así las fibras de nuestros corazones, -crujen, -se rompen. -¡Oh!
¡Julieta! ¡Julieta!

(Muere. JULIETA se desmaya sobre el cuerpo de ROMEO.)

(Entra FRAY LORENZO, con una linterna y una barra de hierro.)

FRAY LORENZO. ¡San Francisco, sea mi auxiliar! ¡Cuántas veces esta noche han tropezado contra tumbas mis añosos pies! -¿Quién está ahí? -¡Ay!, ¡ay!, ¿qué sangre es ésta que mancha el pétreo umbral de este sepulcro?

JULIETA. ¿Quién está ahí?

LORENZO. ¡Cielos! ¡Julieta en sí! ¡Y Romeo muerto! -¡Y también Paris! ¡Ah! ¿Qué desapiadada hora es culpable de este lamentable suceso?

JULIETA. Ahí está aún y yo le tengo bien; no le arrancarán de mis brazos.

FRAY LORENZO. ¡Cordura, señora!

JULIETA. ¡Cordura! ¡Ah! Padre maldito. ¡Hablas de cordura a una tal desventurada!

FRAY LORENZO. ¡Oh, error fatal! Alza, bella infeliz, y abandona esta escena de muerte.

JULIETA. No te me acerques; -o este puñal va a vengar la muerte de mi Romeo.

(Saca un puñal.)

FRAY LORENZO. No me admira; el dolor te vuelve loca.

(Voces fuera que gritan: ¡Venid, venid!)

¿Qué ruido es ése? -Huyamos, querida Julieta. Un poder superior, al que no podemos resistir, ha desconcertado nuestros designios. Ven, huyamos. Desgraciada mujer, yo te haré entrar en una comunidad de santas religiosas.

(Voces fuera: ¿Por dónde? ¿por dónde?)

Basta de querellas; la ronda llega. -Ea, ven, querida Julieta. -No me atrevo a permanecer más tiempo.

(Escapa.)

JULIETA. Sal, aléjate de aquí; pues yo no quiero partir. -¿Qué es esto? ¡Ah! ¡El prematuro fin de Romeo! -¡Avaro! Tomárselo todo, sin dejar ni una gota amiga para ayudarme a ir tras él! Quiero besar tus labios; ¡acaso exista aún en ellos un resto de veneno!

(Voces fuera: Condúcenos, paje; ¿por dónde?)

¡Ruido aún! Apresurémonos pues. -¡Oh, dichoso puñal! Esta es tu vaina; reposa ahí y déjame morir.

(Se clava el puñal y muere.)

(Entran BALTASAR y el PAJE rodeados de guardias. Enseguida el PRÍNCIPE y sus acompañantes con antorchas.)

BALTASAR. Éste es el sitio, señor.

PRÍNCIPE. ¿Qué infortunio ocurre a tan primera hora, que nos arranca de nuestro matinal reposo?

(Entran CAPULETO y otros señores.)

CAPULETO. ¿Qué es lo que pasa, que así alborotan por fuera? Unos gritan en las calles, ¡Romeo! otros, ¡Julieta! otros, ¡Paris! y todos corren con gran vocería hacia el panteón de nuestra familia.

PRÍNCIPE. ¿Qué alarma es ésta que ensordece nuestros oídos?

BALTASAR. Augusto señor, el conde Paris yace asesinado ahí; Romeo sin vida, y Julieta, de antemano muerta, caliente aún y acabada segunda vez.

CAPULETO. ¡Ay de mí! Este cuadro mortuorio es campana que llama al sepulcro mi vejez.

(Entran MONTAGÜE y otros señores.)

PRÍNCIPE. Acércate, Montague: temprano te has puesto en pie para ver a tu hijo y heredero más temprano caído.

MONTAGÜE. ¡Ay! Príncipe mío, mi esposa ha muerto esta noche; el pesar del destierro de su hijo la dejó inánime. ¿Qué nuevo dolor conspira contra mi vejez?

PRÍNCIPE. Mira y verás.

MONTAGÜE. ¡Oh, hijo degenerado! ¿Qué usanza es ésta de lanzarte en la tumba antes de tu padre?

PRÍNCIPE. Tened, sellad el ultrajante labio hasta que hayamos podido esclarecer estos misterios y descubrir su origen, su esencia, su verdadera progresión. Hasta entonces, reprimíos y avasallad a la paciencia el infortunio. Haced que avancen los individuos sospechosos.

(Entra FRAY LORENZO.)

FRAY LORENZO. Yo soy el principal.

PRÍNCIPE. Di, pues, sin retardo, todo lo que sabes acerca de esto.

FRAY LORENZO. Apartémonos de esta lúgubre, mortal escena, y os lo contaré todo. Si en lo presente ha ocurrido desgracia por mi falta, que mi vieja existencia, algunas horas antes de su plazo, sea sacrificada al rigor de las leyes más severas.

PRÍNCIPE. Siempre te hemos tenido por un santo varón. -Que el criado de Romeo y este paje nos sigan. Vamos a salir y a informarnos bien de este triste desastre. -Prudentes demasiado tarde, lamentad al presente, ancianos, las trágicas consecuencias de vuestros mutuos odios. ¡Cuántas desgracias terribles ocasionan las discordias privadas! Sea la causa cualquiera, el inevitable efecto es una calamidad.

(Retíranse todos.)

Tercera historia trágica

Tomada de las obras italianas de Bandello y puesta en francés por Pedro Boisteau, conocido por Launay

DE DOS AMANTES QUE MURIERON EL UNO DE VENENO Y EL OTRO DE TRISTEZA.

Durante la época en que el señor de la Escala gobernaba a Verona había en la ciudad dos familias, que se distinguían sobre las demás por razón de su lustre y riquezas, una de las cuales se apellidaba de los Montescos y la otra de los Capuletos; mas entre ambas casas, como siempre acontece respecto de los que se hallan en un idéntico grado de honor, se levantó cierta enemistad que, si bien ligera y bastante mal fundada, fue tomando cuerpo con los años, hasta el extremo de ocasionar tramas que acabaron con la vida de muchos. El Sr. Bartolomé de la Escala, viendo tal desorden en su república, trató por cuantos medios estaban en su mano de reducir y conciliar los opuestos partidos; pero todo fue en vano: el rencor de aquéllos se había hecho tan fuerte que nada podía ya obrar la prudencia ni el consejo. Preciso fue, pues, dejar en esta lucha a las dos casas, y aguardar una oportunidad más propicia para poner fin a tales reyertas.

Mientras se pasaban así las cosas, uno de los Montescos, que se llamaba Romeo, de edad de veinte a veintiún años, el más bello y más apuesto hidalgo de toda la juventud de Verona, se enamoró de cierta noble doncella del mismo punto, y en pocos días se dejó arrastrar tanto de sus gracias que, olvidándose de todo, dedicó a ella exclusivamente sus atenciones, remitiéndola al efecto cartas, mensajes y presentes continuos. Determinado al fin a confiarle sin reserva sus sentimientos, hízolo en la primera ocasión; pero la doncella, educada en los más rectos principios de virtud, contestó de un modo tal a sus declaraciones y puso semejante coto a sus vehementes afectos, que acabó con toda futura esperanza, sin hacer gracia de una sola mirada. Sin embargo, cuanto más esquiva la contemplaba el joven, más crecía su ardor, y por esto, después de haber continuado así por algunos meses, sin poder reprimir ni hallar remedio a su pasión, determinó al fin salir de Verona, en la idea de

que un cambio de sitio pudiera en algo variar sus sentimientos. «¿De qué me vale -se decía- amar a una ingrata que de tal modo me desdeña? A todas partes la sigo, y no hace más que huírseme; yo no me siento bien sino cuando estoy a su lado, y ella no halla contento sino ausente de mí. Quiero no verla más en lo adelante; pues, no viéndola, quizás este fuego mio, que toma alimento y sostén de sus ojos, se amortiguará poco a poco.» Pero todos estos planes quedaban en un segundo deshechos, y así, no sabiendo el joven por qué resolverse, pasaba noches y días en quejumbres extraordinarias; pues Amor le había tan bien impreso en el alma la hermosura de la doncella, le estrechaba tan fieramente, que, no pudiendo resistirle, sucumbía bajo su peso y se acababa insensiblemente, como la nieve al sol.

Sus padres y deudos, que esto veían, lamentaban hondamente su desastre; pero, sobre todo, un íntimo compañero suyo, de alguna más edad y experiencia, el cual tanto le amaba que se hacía partícipe de su martirio; por lo cual, viéndole así entregado a sus desvaríos amorosos, le dijo:

-Romeo, me admira en gran manera que consumas los mejores años de tu vida en solicitar una persona que te excusa y menosprecia, sin hacerse cuenta de tus excesivas dilapidaciones, sin cuidarse de tu dicha, de tus lágrimas, ni de la vida miserable que llevas, capaz de mover a piedad los más duros corazones; ruégote, por lo tanto, en nombre de nuestra antigua amistad y por tu propio bien, que aprendas a dominarte en lo futuro y a no entregar tu corazón a persona tan ingrata; pues, a lo que puedo inferir por las cosas que han pasado entre vosotros, o ella tiene amor por alguno, o ha formado el propósito de no querer a nadie. Eres joven, rico en bienes de fortuna, de mejor parecer que ningún otro hidalgo de la ciudad, tienes instrucción, eres hijo único. ¡Qué angustia para tu pobre, anciano padre, para tus demás parientes, el verte así lanzado en este abismo de vicios, en la edad precisamente en que debieras hacerles esperanzar en ta virtud! Empieza a reconocer el error en que has vivido hasta aquí, aparta ese amoroso velo, que te tapa los ojos y que te impide seguir la recta senda por que han marchado tus progenitores; y si en amar te empeñas, pon tu afecto en persona distinta, elige una mujer que lo merezca y no siembres más tus penas en fructífera. La época en que las damas de la ciudad se reúnen se halla próxima: quizás en medio de esa sociedad pueda tu vista fijarse tan agradablemente en alguna, que te haga al cabo olvidar tus precedentes pasiones.

Habiendo escuchado el joven atentamente las persuasivas palabras de su amigo, comenzó a moderar su ardor y a conocer que las exhortaciones hechas no tendían sino a buen fin, disponiéndose, por lo tanto, a asistir a todas las concurrencias y festines de la ciudad, sin conservar preferencia determinada por ninguna dama. Y pensado que lo hubo, lo puso en planta por dos o tres meses consecutivos, creyendo de este modo extinguir las chispas de su antigua llama.

Llegó a poco tiempo de esto la fiesta de Navidad, en que, según costumbre, se daban bailes de máscaras; y como Antonio Capuleto era el jefe de su casa y uno de los más encumbrados señores de la ciudad, concertó un festín, convidando, para mejor solemnizarlo, a toda la nobleza de ambos sexos, en la que se hallaba comprendida la mayor parte de la juventud de Verona. La familia de los Capuletos, como se ha dicho al principio de esta historia, se hallaba en desavenencia con la de Montescos, razón por la cual ninguno de los de ésta asistió a la fiesta, exceptuando el adolescente Romeo, que, disfrazado de

máscara, entró después de la cena, en unión de otros jóvenes caballeros. Mantuviéronse todos por algún rato con la faz cubierta, mas luego se desenmascararon, y Romeo, vergonzoso, colocose en un rincón de la sala, donde, sin embargo, por la claridad de las bujías que iluminaban la estancia, fue al punto notado, especialmente por las damas, a quienes, no sólo cautivaba su natural belleza, sino la seguridad y atrevimiento de verle penetrar con tal privanza en la mansión de los que tan mal debían quererle. Y como los Capuletos, bien por su propia respetabilidad o por consideración a las personas que les rodeaban, disimulando su odio, no le hiciesen reproche de especie alguna, Romeo, que a su sabor podía contemplar a las damas todas, lo hizo con tan cumplida gracia, que no quedó una sola que no recibiera placer de verlo allí.

Después que el mancebo, siguiendo la corriente de sus inclinaciones, hubo formado juicio particular de todas las jóvenes, se fijó en una, no vista hasta entonces, que por su extrema belleza vino a ocupar el primer puesto en su corazón; y esta nueva llama, que destruyó por completo la antigua, tomó tan colosales proporciones que jamás pudo extinguirse en lo futuro sino por la muerte, como vais a saber por una de las más extrañas narraciones que ha podido el hombre imaginar.

La joven de quien Romeo se apasionó tan perdidamente se llamaba Julieta, y era hija de Capuleto, señor de la casa donde tenía lugar la fiesta. Sus miradas, paseándose de un extremo a otro, habían tropezado con el mancebo y fijándose en su belleza singular, y Amor, que estaba en acecho y nunca antes de allí tocara el tierno corazón de la doncella, lo punzó tan a lo vivo que, por más resistencia que quiso oponer, no pudo contrarrestarle en fuerza; resultando de aquí que la pompa del festín comenzó a serle indiferente, y que el único placer de su pecho vino a cifrarse en contemplar a Romeo y en que éste clavase sus ojos en ella. En tal disposición de sentimientos, los dos amantes, en cuyas almas ya había la pasión abierto una ancha brecha, buscaban con ansia la ocasión de reunirse y platicar juntos, lo cual les ofreció la propicia fortuna; pues viendo Romeo que Julieta había sido invitada al baile de La Antorcha, en el que por cierto sobrepujó a todas las jóvenes de Verona, calculó el puesto en que debía quedar, y tomó tan bien sus medidas que a la conclusión, vuelta Julieta al punto de que había partido, se encontró sentada entre el mancebo y otro llamado Mercucio, cortesano muy estimado y bien recibido de todos, a causa de sus chistes y galanteos, y sobre todo, atrevido con las vírgenes como un león con las ovejas.

Viendo Romeo que el dicho Mercucio (cuyas manos lo propio en verano que en invierno se hallaban heladas) se había apoderado de la derecha de la joven, tomó la izquierda de ésta y apretándola un poco, se sintió tan favorablemente correspondido que perdió el habla. Notándolo Julieta, ya deseosa de escucharle, volviose para mirarle y le dijo: «¡Bendita sea la hora de vuestra llegada a este sitio!» Y como el mancebo, suspirando y tembloroso, le preguntase la causa de semejante manifestación, prosiguió la doncella, algún tanto más repuesta: «No os asombre que de ello me felicite, pues el frío glacial que me ha comunicado la mano de Mercucio me lo ha quitado felizmente la vuestra».

A lo cual contestó inmediatamente Romeo:

-Señora, si el cielo me ha favorecido hasta el punto de poderos brindar un servicio por haberme casualmente acercado aquí, lo estimo bien empleado, no deseando otra fortuna, para colmo de mis contentos en el mundo, que honraros y servirlos durante el resto de mi vida. Si el calor de mi mano os ha confortado algún tanto, puedo aseguraros que su fuego es harto insignificante en comparación con las chispas que despiden vuestros bellos ojos, fuego que ha inflamado de tal modo todas las partes sensibles de mi ser, que, si no le asiste vuestra divina gracia, va a verse pronto reducido a cenizas.

Apenas pronunciadas estas frases, dio fin el juego, y Julieta, que en puro amor se encendía, sólo tuvo ocasión de decir por lo bajo a su celebrador:

-No sé qué más cierto testimonio podéis desear de mi afecto que el de aseguraros que soy tan vuestra como vuestro propio individuo, hallándome pronta a obedeceros en cuanto el honor permita. Es todo lo que al presente puedo manifestaros, suplicando que ello os baste hasta que una ocasión propicia nos proporcione la dicha de hablar privadamente.

Viéndose, pues, obligado Romeo a partir con sus compañeros, sin saber de qué medio valerse para tornar al lado de la que era su vida y su muerte, ignorando hasta su nombre, inquirió de un amigo y por él supo que la joven era hija de Capuleto, el señor de la casa en que había tenido lugar el festín. Julieta, por su parte, anhelosa igualmente de conocer al que tanto la había obsequiado, al que ya ocupaba en su alma un preferente lugar, yéndose a una anciana camarera, la dijo: «Madre, ¿quiénes son esos dos hidalgos que llevan antorchas y salen los primeros?» Y como el aya la indicara el nombre de sus familias, añadió la doncella: «¿Qué joven es aquél que lleva un antifaz en la mano y va cubierto con una capa de damasco?» «Es Romeo Montesco -contestó el ama-, hijo del capital enemigo de vuestro padre y sus parientes todos».

El solo nombre de Montesco bastó para sumir a la joven en una confusión extrema, comprendiendo toda la distancia que le apartaba de su bien amado; sin embargo, supo tan bien disimular su descontento que la nodriza, sin concebir la menor sospecha, la instó a recogerse. Hízolo así la joven; pero, ya en su lecho, un millar de pensamientos diversos surgieron en su mente y comenzaron a atormentarla de tal modo que le era imposible conciliar el sueño. Vagando entre la idea halagadora que daba fomento a su pasión y el temor de obrar indiscretamente, que tendía a cortar el vuelo de aquella, no sabía qué partido adoptar, y exclamaba deshecha en llanto, reprochándose a sí misma: «¡Ah! Infeliz y miserable criatura, que pierdes el reposo sin saber cómo te vienen estos desusados trastornos que en el alma sientes, ¿sabes acaso si te ama ese joven, si te ha dicho verdad? Quizás, usando de melosas palabras, trata él de arrebatarte el honor, de vengar en tus parientes las ofensas que han recibido los suyos, de inferirte una infamia eterna, haciéndote la fábula y el ludibrio de Verona».

Variando luego de sentido, condenaba su conducta y se decía: «¿Cabe en lo posible que, bajo formas tan bellas, bajo una tan completa apariencia de dulzura, se alberguen la deslealtad y la traición? Si la faz es la fiel mensajera de las concepciones del espíritu, segura estoy de que me ama, pues sus mutaciones de color al hablarme, sus repentinos trasportes son ciertos augurios de pasión. Quiero, pues, persistir en este afecto, hacerle el

constante ídolo de mi existencia. Nuestra alianza, concluyendo la desunión de las dos familias, traerá a ellas una paz inextinguible».

Fija en esta determinación, cuantas veces pasaba Romeo por la puerta de su casa se presentaba con alegre rostro y le seguía con los ojos hasta verle desaparecer; mas esto duró solo por espacio de algunos días, siendo la causa que el mancebo, habiendo atisbado cierta vez a su adorada en la ventana de su aposento, que daba a una calle muy estrecha limitada en la acera opuesta por un jardín, comenzó desde entonces a pasearse por allí de noche, cubierto con una capa y bien provisto de armas, excusando pasar por la puerta y abrir camino a las sospechas.

Julietta, que no se explicaba la ausencia del joven, mantenía una continua impaciencia, la cual, llevándole al sitio de que hemos hablado, se lo hizo descubrir a favor de la claridad de la luna, casi tocando a su ventana. Alarmada al par que conmovida viéndole tan cerca, preñados de lágrimas los ojos y con voz interrumpida por los suspiros, se dirigió a él y le dijo:

-Señor Romeo, paréceme que prodigáis mucho vuestra vida, aventurándola en tal hora a la merced de los que mal os aman, de los que, a encontraros, os harían pedazos y comprometerían mi honor, que estimo más que la vida.

-Señora -contestó Romeo-, mi vida está en manos de Dios, y él sólo puede disponer de ella. Si alguno intentase quitármela, le haría entender en vuestra presencia cómo sé defenderla, sin que por decir esto la estime en tanto que, en caso de necesidad, no la sacrificara gustoso por vos. De perderla aquí, no me pesaría otra cosa que haber perdido con ella el medio de haceros comprender cuánto os amo y deseo serviros. Para rendiros sólo homenaje de adoración y respeto hasta el último suspiro la quiero, no para otra cosa.

Conmoviose hondamente Julieta al escuchar estas palabras, y dando entrada en su pecho a la piedad, apoyada la cabeza en la mano y bañado el rostro en lágrimas, dijo a Romeo:

-Señor, os suplico que no me recordéis el peligro de que habláis, pues la sola idea de él me hace estar entre la vida y la muerte. Mi corazón se halla tan unido al vuestro, que el menor sinsabor que recibierais se haría extensivo a mí: en gracia, pues, de nuestro bien común, decidme en pocas frases lo que tratáis de hacer. Aguardar privanza alguna contraria al decoro sería manteneros en un error; si, por el contrario, es santa la voluntad que os anima, si el afecto que me confesáis se halla basado en la virtud y arde en deseos de hacerme esposa vuestra, tan amante y dispuesta me encontraréis que, sin tener en cuenta la obediencia y respeto que debo a mis padres, ni la antigua enemistad de nuestras familias, os haré dueño y señor perpetuo de mi persona y de cuanto la atañe, y me hallaréis pronta y dispuesta a seguiros a donde quiera que os plazca.

Romeo, que no aspiraba a otra cosa, elevando las manos al cielo y en medio de un indefinible contento, respondió:

-Pues que me hacéis el honor de aceptarme por esposo, estoy pronto a serlo, y mi corazón, que ardientemente lo anhela, os quedará en prenda y como seguro testimonio de la

palabra empeñada hasta que Dios me permita mostrarlo con la evidencia. Para dar, pues, comienzo al asunto, ir mañana a consultar con Fray Lorenzo, quien, no sólo es mi padre espiritual, sino mi consultor ordinario en negocios de interés privado, y tan pronto como le hable (si no lo lleváis a mal) acudiré a este propio sitio y a idéntica hora, a fin de instruiros de nuestros planes.

Y esto dicho y convenido, se apartaron los dos amantes sin que Romeo, a excepción del consentimiento prestado, hubiera alcanzado otro favor.

Fray Lorenzo, de quien más adelante se hará amplia mención, era un antiguo doctor en teología, de la orden de religiosos menores, el que además de su vasta instrucción canónica era muy versado en filosofía, escudriñador profundo de los secretos de la naturaleza, y hasta tenido, en tal concepto; como inteligente en materias de magia y en otras ciencias reservadas, lo que en nada realmente atacaba su reputación. Y se había, por su discreto proceder y sus bondades, tan bien ganado la voluntad de los ciudadanos de Verona, que era casi el único confesor de ellos. Chicos y grandes le reverenciaban y querían, los altos magnates le pedían su voto en las circunstancias difíciles y le dispensaban entero favor, especialmente el señor de la Escala y las familias de los Montescos y los Capuletos.

El joven Romeo, según queda dicho, desde su más tierna edad profesaba una gran afección a Fray Lorenzo y le hacía depositario de sus menores secretos; así es que, tan pronto como dejó a Julieta, se fue derecho a San Francisco y puso en noticia del buen padre cuanto pasado y convenido había, añadiéndole, por conclusión, que, antes de faltar a su promesa, se hallaba dispuesto a elegir una muerte vergonzosa. Enterado el digno religioso, hizo al joven cuantas observaciones el caso requería exhortándole a pensar con más detenimiento; mas vencido por su pertinacia y, por otro lado, halagando la idea de que el tal matrimonio pudiera quizás concluir la desunión de las dos familias, accedió al fin a sus instancias bajo condición de tomarse un día para convenir el medio de llevarlo a cabo.

Mientras así obraba Romeo, Julieta, por su parte, no se descuidaba, y como, a excepción de su nodriza que en clase de camarera la acompañaba de continuo, no tenía otra persona a quien abrir su corazón, confió a la expuesta todo su secreto, viniendo al fin a alcanzar que le prometiese su ayuda y fuese a inquirir de Romeo lo convenido entre él y Fray Lorenzo. El enamorado joven, que otra cosa no deseaba, la informó al instante de lo resuelto; díjola que el padre había remitido para el día en que estaban la decisión del caso; que, en consecuencia de ello, hacía apenas una hora acababa de verle, y que el proyecto era, en resumen, que la joven pidiese permiso a su familia para ir a confesar el sábado próximo a cierta capilla de la iglesia de San Francisco, donde debía quedar secretamente celebrado su matrimonio.

Instruida Julieta de todo, se condujo con tal discreción que alcanzó el permiso de su madre, y sólo acompañada de la nodriza y de una joven amiga suya se fue a la iglesia el día convenido, haciendo avisar su llegada a Fray Lorenzo. Éste, que se hallaba a la sazón en el confesonario, vino al instante en su busca, y bajo pretexto de confesarla se la llevó a su celda, donde estaba Romeo. Una vez allí, cerró tras sí la puerta y dijo a la doncella:

-Montesco, aquí presente, me ha dicho que deseáis tomarle por esposo y que él también quiere haceros su mujer; ¿persistís ambos en dicho propósito?

Y como los dos amantes contestasen de acuerdo, viendo conformes sus voluntades y previas las competentes recomendaciones, pronunció las sacrosantas palabras, invitando a los nuevos esposos a que conferenciasen libremente si tenían algo que decirse. Romeo, precisado a salir, aprovechose del permiso que le daban, y después de pedir a Julieta que le enviase al ama por la tarde, la previno que iba a proveerse de una escala de cuerdas a fin de penetrar en su habitación a través de la ventana y poder comunicarle a solas sus pensamientos.

Arregladas así las cosas, separáronse los dos amantes, llena el alma de increíble contento y de la más dichosa esperanza. Tan pronto como Romeo llegó a su casa, contó cuanto se deja dicho a un servidor suyo, llamado Pedro, en cuya experimentada fidelidad tenía confianza extrema, mandándole hacerse de una escala de cuerdas, provista a los extremos de fuertes garfios de hierro; y Julieta, por su parte, cuidó de enviar la nodriza a la hora convenida, la que pudo así recoger el utensilio citado y traer con él a su señora la seguridad de la próxima visita del mancebo.

Preciso es creer, por lo que otros en idéntica situación han sentido, que la distancia del tiempo debió parecer en extremo larga a los apasionados, que cada minuto se trocó para ellos en una hora, y que, si hubiesen podido mandar al cielo, como Josué al sol, la tierra se habría instantáneamente cubierto de las más oscuras sombras.

Llegado el instante, engalanose Romeo con su más suntuoso traje, y favorecido por su buena estrella, se sintió poseído de tal vigor al acercarse al sitio que daba aliento a su alma que, sin el menor embarazo, franqueó la muralla del jardín, y hallando ya pendiente de la ventana la escala consabida, subió por ella a la habitación de Julieta. Ésta, que con tres cirios de cera virgen había puesto su estancia como el día para mejor distinguir, se arrojó incontinenti al cuello de Romeo, e incapaz de proferir palabra, toda suspirante y siempre unidos sus labios a los de su bien, quedó como desfallecida en brazos de éste, enviándole tiernas miradas que le hacían vivir y morir a un propio tiempo. Al cabo, volviendo de su éxtasis, dijo al joven:

-Romeo, ejemplo de virtud y gallardía, sed bien venido a este sitio en que, por causa de vuestra ausencia, temiendo por vos, he derramado tantas lágrimas que casi se ha agotado su manantial. Puesto que ahora os tengo en mis brazos, por satisfecha me doy de lo que he sufrido, y dispongan como quieran sobre el porvenir la muerte y la fortuna.

A lo cual, todo enternecido, contestó Romeo:

-Señora, aunque no alcance a comprobaros la influencia y poder que ejercéis sobre mí, si puedo asegurar que los tormentos sufridos por vuestra ausencia me han sido mil veces más dolorosos que la muerte, la cual, a no haberme esperanzado de continuo en esta hora venturosa, habría tronchado el hilo de mis días. El presente instante compensa, empero, mis pasadas aflicciones, y me hace más feliz que si fuera señor del mundo. Sí, olvidemos las antiguas miserias; demos expansión a nuestras almas, y obremos con tal discreción y

prudencia que nos sea dable continuar por siempre en reposo y tranquilidad, sin ofrecer ventaja alguna a nuestros enemigos.

A este punto habían llegado cuando, presentándose la nodriza, les dijo:

-Quien malgasta su tiempo en balde, demasiado tarde lo recobra. Uno y otro os habéis proporcionado sinsabores, y he ahí, prosiguió señalando a determinado punto de la habitación, el sitio en que podéis desquitaros. Los amantes no desperdiciaron el consejo, y redoblando los dulces agasajos, arribaron al colmo de su felicidad.

Habiendo amanecido, apartose Romeo del lado de Julieta jurándola antes que no dejaría pasar dos días sin visitarla, en tanto que la suerte le impidiera proclamar su matrimonio a la faz del mundo. Y cumpliéndose esto así, los dos esposos continuaron viéndose y gozando de un contento increíble hasta que la fortuna, envidiosa de tal prosperidad, tornose en adversa y los llevó a un abismo en que pagaron con usura las dichas pasadas, como lo vais a ver en el curso de esta relación.

Según queda ya dicho, el señor de Verona no había podido llevar a tal punto la reconciliación de los Montescos y Capuletos que hubiera hecho desaparecer las chispas de su antiguo rencor, y por esta causa sólo aguardaban las dos familias un ligero pretexto para atacarse. Las fiestas de Pascua proporcionaron esta ocasión, pues que, habiéndose encontrado cerca de la puerta de Bursari, delante del viejo castillo de Verona, dos partidas de las casas ya mencionadas, sin entrar en palabras comenzaron a acuchillarse, instigados y movidos los Capuletos por un tal Tybal, primo hermano de Julieta, el que hacía las veces de jefe, siendo en extremo atrevido y diestro en el manejo de las armas. Esparcido bien pronto el rumor de la contienda por los cantones de la ciudad, empezó a acudir gente de todas partes; el propio Romeo, que a la sazón se paseaba con algunos amigos por la población, no tardó en presentarse en el sitio de la riña, y viendo el desastre que se operaba entre sus allegados, no pudiendo reprimirse, dijo a sus compañeros: «Separémosles, señores, pues unos y otros se hallan tan ciegos que va a hacerse general la pelea». Y dando el ejemplo, precipitose en medio de los combatientes y, sin hacer otra cosa que parar los golpes que le asestaban, exclamaba sin interrupción: «Basta, amigos; tiempo es ya de que acaben nuestras rencillas; con ellas ofendemos a Dios grandemente, escandalizamos al mundo entero o introducimos el desorden en la república». Pero era tal la acritud de los contendientes que, sin oír la voz de paz, sólo trataban de herirse y descuartizarse. Los espectadores, viendo cubierta la tierra de brazos, piernas y miembros ensangrentados, se llenaban de terror, no acertando a darse cuenta de semejante coraje ni a juzgar de qué parte se inclinaba la victoria. De improviso, encontrándose Tybal con Romeo, le asesó una furiosa estocada, creyendo atravesarle de parte a parte; mas librado Romeo por la cota de malla, que a precaución usaba siempre, sin mostrarse agraviado, le dijo:

-Tybal, comprenderás por la paciencia que hasta el presente he guardado que no me ha traído aquí el afán de combatir y sí sólo el de mediar entre vosotros, y si a otra cosa atribuyeras mi falta de acción, harías gran injusticia a mi renombre. Créeme, existe otro particular respeto que me impone abstención en las actuales circunstancias, y te ruego así que no abuses, que te des por conforme con la sangre derramada, con la mucha más que antes de ahora se ha vertido, y que no traspases los límites de mi buen deseo.

-Cobarde, respondiote Tybal, te equivocas si crees que tu lengua ha de servirte de escudo; procura defenderte o, si no, te arrancaré la vida.

Y esto diciendo, le asestó tan tremenda cuchillada que, a no pararla su contrario, le hubiera separado la cabeza de los hombros. Indignado éste y sintiendo sobre sí la injuria, empezó a su vez el ataque, y lo hizo con tal empuje y presteza que, al tercer golpe, atravesó a Tybal por la garganta, derribándole muerto a tierra. La caída del jefe puso fin a la pelea, y como el finado descendía de una casa encumbrada, el podestá destacó tropas para prender a Romeo, el cual, viéndose perdido, se dirigió presuroso a la celda de Fray Lorenzo, quien, enterado del lance, le proporcionó secreto asilo en el convento.

Mientras esto pasaba, se hizo público en la ciudad el accidente sucedido a Tybal, y los Capuletos, para mejor reclamar justicia, cerrados de luto y llevando el cadáver de su deudo, se presentaron al señor de Verona, ante el cual también acudieron los Montagües, ansiosos de justificar a su pariente y de probar la agresión de su contrario. Reunido el Consejo, mandó que al punto se depusieran las armas, y en cuanto al hecho de Romeo, como había tenido lugar en defensa propia, la sentencia dictada fue la de perpetuo destierro.

Estas determinaciones no calmaron, empero, la general pesadumbre. Los unos, viendo en Tybal al más diestro de sus campeones, llamado a gozar de una posición brillante, lamentaban sin rebozo su pérdida; los otros, especialmente las damas, se dolían de la ruina de Romeo, el que, además de una gracia exquisita, tenía el natural privilegio de atraerse los corazones. Sin embargo, ninguno de éstos sentía pesar tan hondo como la infortunada Julieta, que, noticiosa de la muerte de su primo y del destierro de su marido, se mostraba inconsolable. Dejándose a veces arrastrar por el imperio de su extrema pasión, se arrojaba en el lecho, y allí, con lloros y lamentos extraordinarios, rendía los ánimos de todos; otras, en medio de súbito trasporte, mostrándose inquisidora, al divisar la ventana por la que solía entrar su marido, exclamaba:

-¡Oh ventana infeliz! ¡A través tuyo se han urdido las fatales tramas de mis primeras desventuras! ¡Ah! Si en otro tiempo me ofreciste un leve placer, una felicidad transitoria, ¡con cuánta usara me haces pagar ahora! ¡Mi débil cuerpo, incapaz de resistencia, sucumbirá irremisiblemente, libertando al espíritu de la pesada carga que le abrumba! ¡Romeo, Romeo! cuando, principiada nuestra intimidad, di oídos a tus dobladas promesas confirmadas por tantos juramentos, ¡cuán lejos estaba de pensar que, en vez de mantener el afecto y apaciguar a los míos, habías de romper aquel lazo de un modo tan vil y reprehensible, desprestigiando para siempre tu nombre y dejándome sin consorte! Si tan sediento estabas de la sangre de los Capuletos, ¿por qué no has derramado la mía en las mil ocasiones que secretamente me he hallado a merced tuya? ¿No tenías por bastante el haber triunfado de mí, para así poner el sello a tu victoria, sacrificando a mis parientes? Anda, prosigue engañando a otras infelices, sin tratar de encontrarme, sin que ninguna de tus excusas llegue a mis oídos. Mi triste vida se pasará en medio de lloro tan continuo que, agotada al fin toda la humedad del cuerpo, buscará en breve su refugio en la tierra.

Y así produciéndose, lleno de apretura el corazón, quedaba un instante sin llanto ni palabra, hasta que, poco a poco reponiéndose, continuaba con exhausta voz:

-¡Ah! Lengua que matas el honor ajeno, ¿cómo osas infamar al que rinden elogios los propios enemigos? ¿Cómo insultas a Romeo, a quien nadie defiende? ¿Qué refugio tendrá en lo adelante, cuando la que ser debiera su único amparo le persigue y le difama? ¡Oh, Romeo, recibe, como expiación de mi ingratitud, el sacrificio que estoy pronta a hacerte de mi propia vida; así se ostentará evidente la falta que he cometido contra la lealtad, así serás vengado y yo castigada!

Y tratando de continuar su discurso, perdió las fuerzas, viniendo a quedar como muerta.

Mientras Julieta se entregaba de tal suerte a su dolor, la buena nodriza, inquieta de su larga ausencia y recelosa de lo mucho que sufría, la buscaba sin descanso por todo el palacio de su padre, hasta que, habiendo penetrado al fin en el aposento de la joven, la halló tendida en su lecho, yerta y rígida como un cadáver. Creyéndola muerta al principio, comenzó a gritar fuera de sí; mas notando en breve que respiraba, llamándola repetidamente, la hizo volver de su éxtasis. Esto alcanzado, la dijo:

-No sé en verdad por qué obráis de este modo, ni por qué os dais a tan inmoderada tristeza. Viéndoos ha poco, he pensado morir.

-¡Ah! Mi excelente amiga -contestó la desolada Julieta-, debéis fácilmente comprender con cuán justa razón me lamento, pues que he perdido en un segundo los dos seres que me eran más caros.

-Paréceme -replicó la buena anciana-, que, tomando en cuenta vuestra honra, obráis mal llegando a tal extremo, porque en la hora del conflicto debe predominar la prudencia. ¿Pueden acaso nuestras lágrimas volver la vida al señor Tybal? Su temeridad excesiva es solo la causa del accidente. ¿Hubiérais querido que Romeo, haciendo afrenta a su raza, sufriera el ultraje de un igual suyo? El que viva debe ser para vos un consuelo. Además, siendo como es persona de rango, bien emparentado y querido de todos, puede más adelante ser llamado de su destierro. Armaos, pues, de paciencia: si la fortuna lo aleja de vos por algún tiempo, al devolvéroslo, estad cierta que os hará experimentar una dicha más grande, un contento mayor del que hasta aquí habéis sentido. Vaya, dadme palabra de no afligiros así, e iré a la celda del padre, a saber de vuestro esposo y a inquirir el sitio en que se oculta.

Accedió la joven, y la buena ama, habiéndose encaminado a San Francisco, supo por boca del mismo Fray Lorenzo que Romeo iría, cual de costumbre, a ver a Julieta y a enterarla de lo que pensaba hacer en lo futuro.

Las horas que ésta pasó esperando fueron horas de inquietud y ansiedad, horas iguales a las del marino que ve la calma después de la tormenta, y sucederse otra vez al tiempo bonancible, que le tranquilizaba, un nuevo y más furioso huracán.

Llegado el momento convenido, se presentó Romeo en el jardín, y hallando ya dispuesto lo necesario, hizo su habitual ascensión, cayendo en brazos de Julieta, que, conmovida, le esperaba. Y uno y otro amante, sin poder pronunciar palabra, deshechos en lágrimas y

mezclando con ellas sus besos, permanecieron así largo rato, hasta que, apercibiéndolo el joven, dijo a su compañera:

-Amiga mía, no entra ahora en mi pensamiento hacer os relato de los mil extraños accidentes de la frágil, inconstante fortuna, que tan pronto eleva al hombre al pináculo de su favor como le sumerge en las mayores miserias. En un solo día se sufre por lo gozado en cien años, y esto precisamente me pasa a mí, que, siempre objeto de la contemplación de mis parientes y favorito de la fortuna, esperaba llegar al colmo de la felicidad reconciliando, por medio de una dichosa unión, el encono de nuestras dos familias. Todo mi propósito ha venido a tierra, todo me ha salido contrario, y de hoy en adelante tendré que vagar por extrañas provincias, sin tener seguro asilo. Ésta es mi situación, y sólo me resta pedir os que soportéis con resignación mi ausencia hasta que Dios se digne terminarla.

Al llegar a este punto, Julieta, sin dejarle seguir adelante, deshecha en llanto, le dijo:

-¡Cómo! Romeo, ¿tendréis tan duro el corazón, seréis tan despiadado, que me dejéis aquí sola, rodeada noche y día por miserias que me presentan sin cesar la muerte, sin consentir que la alcance? La desgracia quiere conservarme la vida, a fin de recrearse en mi pasión y triunfar con mi pena, y vos, como ministro y tirano de su crueldad, después de haberme alcanzado, no tenéis, por lo que veo, reparo alguno en abandonarme. Prueba evidente de que han decaído las leyes del afecto es lo que sucede; esto es, que aquel en quien cifraba mi mayor confianza, y por quien me he hecho enemiga de mí misma, me desdeñe y desprecie. No, no, Romeo, fuerza es que optéis por uno de estos extremos: o el de verme arrojar por la ventana, a fin de seguiros, o el de permitirme que os acompañe a todas partes. Mi corazón se ha identificado a tal punto con el vuestro, que a la sola idea de separación me siento morir. Sólo ansío la vida para estar junto a vos y ser partícipe de vuestros infortunios. Así, pues, Romeo, si el hidalgo pecho fue una vez albergue de la piedad, recibidla ahora en el vuestro y acordadme seguiros. Si el traje femenino es un inconveniente, mudaré de vestido; otras de mi sexo lo han hecho ya por huir de la tiranía familiar. ¿Creéis que Pedro, vuestro criado, os sirva mejor que yo? ¿Será acaso más fiel? Mi belleza, que tanto habéis ponderado, ¿no tiene poder alguno? Mis lágrimas, mi afecto, las satisfacciones que os he dado, ¿no se tomarán en cuenta?

Viéndola Romeo que tanto se exaltaba, y temeroso de que fuera a más, la tomó en sus brazos y, besándola tiernamente, la dijo:

-Julieta, única dueña de mi corazón, ruégoos en nombre de Dios y del ferviente cariño que me profesáis que desechéis tal intento, si no queréis la completa ruina de entrambos. Sí, en cuanto vuestro padre os eche de menos, nos hará perseguir por todas partes y, descubiertos, como es fuerza que seamos, nos hará castigar, a mí como raptor, y a vos como hija rebelde y desobediente. Venid a razón; yo prometo obrar de tal modo en mi destierro que, antes de cuatro meses lo más tarde, será alzado, y si así no sucede, resulte lo que quiera, vendré aquí y, auxiliado de mis amigos, os sacaré de Verona, no con disfraz alguno, sino como a mi esposa y eterna compañera. Moderad, pues, vuestra pena y vivid en la persuasión de que tan sólo la muerte podrá apartarme de vos.

Las razones de Romeo hicieron tal fuerza en Julieta, que ésta respondió:

-Mi eterno amigo, sólo deseo lo que sea de vuestro agrado; id donde quiera; siempre mi corazón os permanecerá fiel. Lo que os pido es que no dejéis de comunicarme, por conducto de Fray Lorenzo, el estado de vuestros asuntos y el lugar de vuestra residencia.

Y sin más, los dos pobres amantes permanecieron juntos hasta que la luz natural les obligó a separarse, poseídos de una profunda tristeza. Romeo se fue en derechura a San Francisco, y después de haber enterado a Fray Lorenzo de lo que importaba, partió de Verona, disfrazado de mercader extranjero. Llegado a Mantua sin el menor inconveniente, despachó a Pedro, su criado y acompañante, a casa de su padre, para que permaneciese al servicio de éste, y él, por su parte, alquiló una casa, donde por espacio de algunos meses hizo vida ejemplar, tratando de vencer el disgusto que le atormentaba.

No así la infeliz Julieta. Incapaz de vencer su dolor, palidecía notablemente, y con hondos, continuados suspiros revelaba su pena. Notándole, pues, su madre, la dijo:

-Querida mía, si continuáis de tal suerte, atraeréis antes de tiempo la muerte de vuestro buen padre y la mía; tratad, pues, de consolaros y esforzaos por estar alegre, sin pensar más en la desgracia de vuestro primo Tybal. ¡Dios se ha servido llamarle! ¿Pensáis contrariar su voluntad por medio del lloro?

Pero la pobre criatura, no hallando fuerzas contra su mal, la respondió:

-Señora, tiempo hace que he vertido mis últimas lágrimas por Tybal, y tan deseco se halla el manantial de ellas, que no brotará otras.

No comprendió la madre el verdadero sentido de estas palabras y calló, por temor de entristecerla; pero viendo pocos días después que continuaban sus tristezas y angustias, trató de inquirir, no sólo de la paciente, sino de los criados de la casa, lo que podía ser motivo de semejante duelo. No acertando a conseguirlo, la pobre madre, apesurada al extremo, formó la resolución de comunicarlo al señor Antonio, su marido, y con esta idea, yendo hacia él un día, le dijo:

-Señor, si habéis observado el comportamiento de nuestra hija después de la muerte de Tybal, su primo, notaréis con sorpresa que se ha operado en él una rara mutación; pues no contenta con privarse de beber, comer y dormir, ni se ejercita en otra cosa que en llorar y lamentarse, ni tiene más gusto y deleite que mantenerse reclusa en su alcoba, entregada tan profundamente a su dolor que, si no ponemos remedio, dudo que pueda vivir. Inútiles han sido mis indagaciones; por más que he inquirido el origen de su mal, permanece aún secreto, pues si bien juzgué al principio que fuera la muerte de su primo, pienso ahora lo contrario; habiendo oído de su propia boca que ya había derramado por ella las últimas lágrimas. No sabiendo qué pensar de todo esto, he venido a figurarme que la causa de su tristeza es el despecho de ver establecidas a la mayor parte de sus compañeras y la convicción que se ha formado quizás de que deseamos conservarla soltera. En tal virtud, por vuestro reposo y por el suyo os pido encarecidamente que tratéis en lo futuro de proporcionarla un enlace digno de nuestra casa.

A lo cual, mostrándose anuente, contestó el señor Antonio:

-Muchas veces he pensado en lo que me proponéis, habiéndome sólo decidido a dar largas el no haber cumplido nuestra hija los diez y ocho. Hoy, empero, que las cosas están a punto, me daré tal prisa de hacerlo, que motivo habrá para que vos quedéis contenta y ella se recobre de las desmejoras sufridas. Sin embargo, conveniente me parece que indaguéis si se halla apasionada de alguno para, en tal caso, no pretender altas alianzas, sin mirar primero por su salud, tan cara para mí, que prefiriera morir pobre y desheredado a dar mi hija a quien mal pudiera tratarla.

Hecha pública la decisión del señor Antonio, no tardaron en presentarse muchos hidalgos, conocedores de la belleza, virtudes y linaje de Julieta, solicitándola en matrimonio; pero entre todos ellos ninguno pareció tan ventajoso como el joven Paris, conde de Lodronne, a quien desde luego fue acordada la mano de aquélla. Gozosa la madre de haber encontrado tan excelente partido para su hija, la hizo llamar en privado, y después de referirla cuanto había tenido lugar precedentemente, le hizo larga y detallada relación de la belleza y gracias del conde, exaltándole, por conclusión, sus exquisitas prendas e inmensos bienes de fortuna. Julieta, que antes hubiera sufrido ser descuartizada que consentir en tal enlace, revistiéndose de una audacia no habitual en ella, dijo a su madre:

-Señora, me admira que con tanta franqueza me deis a un extraño sin consultar antes mi parecer; obrad, si os place, así, mas estad segura que no es a gusto mío. En cuanto al conde Paris, primero que ser suya perderé la vida, y causa de que la pierda seréis vos, que me entregáis a quien ni puedo, ni quiero, ni sabré amar. Pensad en esto, os lo suplico, y dejadme en completa libertad hasta que la cruel fortuna disponga de mí.

La doliente madre, que no sabía qué juicio formar de la respuesta de su hija, toda confusa y fuera de sí se fue en derechura a su marido, a quien sin reserva alguna contó el caso; siendo consecuencia de ello que el buen anciano previniese la inmediata presentación de Julieta. Obedeciendo ésta al punto, comenzó por echarse a las plantas de su padre y bañarlas con sus lágrimas; luego, queriendo implorar gracia, la ahogaron los gemidos, y quedó sin poder articular palabra. Pero el anciano, sin moverse en lo más mínimo a compasión, la dijo con cólera:

-Hija desobediente e ingrata, ¿has olvidado ya lo que tantas veces me has oído contar en la mesa acerca del poder que los antiguos padres romanos tenían sobre sus hijos? Lícito les era venderlos, darlos en prenda, traspasarlos a su antojo en caso de necesidad; mas aún, tenían sobre ellos el derecho de vida y muerte. ¿Con qué prisiones, con qué tormentos, con qué ataduras no te castigarían esos padres de Roma, si resucitasen y vieses la ingratitud, la felonía y la desobediencia que usas con el tuyo? Él te ha proporcionado uno de los más grandes señores de esta provincia, uno de los más renombrados por sus virtudes, uno del cual tú y yo somos indignos, atendidas sus esperanzas y lo alto de su alcurnia, y, sin embargo, ¡te haces la delicada y rebelde, y quieres contrariar mi voluntad! Juro por el Dios que te ha hecho venir al mundo que si en todo el día del martes no te pones en aptitud de presentarte en mi castillo de Villafranca, a donde debe acudir el conde Paris, y no das a éste allí palabra de esposa, según lo convenido, no sólo te desheredaré de cuanto tengo, sino que te encerraré en una estrecha y solitaria prisión, que te hará mil veces maldecir la hora en

que naciste. Y cuenta ser más cauta en lo futuro; porque sin la promesa que tengo empeñada al conde, ahora mismo te haría sentir todo lo que pesa la cólera de un padre indignado.

Y esto dicho, sin esperar ni querer oír cosa alguna, salió el anciano, dejando a su hija de rodillas en el aposento. Ésta, penetrada de la gran irritación en que ardía su padre, temerosa de que fuese a más, se encerró en su alcoba, y toda llorosa, pasó la noche sin pegar los ojos. Venida la mañana, saliose a la calle, acompañadla de su camarera, y bajo pretexto de ir a misa, se fue a los Franciscos en busca de Fray Lorenzo, a quien, en símil de confesión, hizo relato de todo lo ocurrido, concluyendo con estas frases:

-Señor, pues sabéis que no puedo casarme dos veces, y que sólo tengo un Dios, un esposo y una creencia, me hallo resuelta, al salir de aquí, a dar fin con estas dos manos que unidas veis ante vos a mi dolorosa existencia, para que mi espíritu testifique al cielo y mi sangre a la tierra la fe y lealtad que he guardado.

Sorprendido a lo sumo Fray Lorenzo, y leyendo en el feroz continente de Julieta, en sus errantes miradas, que algo de siniestro maquinaba, para disuadirla de su propósito, la dijo:

-Hija mía, os suplico en nombre de Dios que moderéis vuestro enojo y os mantengáis tranquila en este sitio hasta que yo haya tomado providencia, segura que antes de marcharos os daré tal consuelo y pondré tal remedio a vuestras angustias que quedaréis satisfecha y contenta.

Y habiéndola así tranquilizado, salió de la iglesia y se fue a su celda, donde comenzó a proyectar diversas cosas, fluctuando siempre entre su conciencia, que le imponía estorbar el matrimonio del conde Paris, y el peligro de llevar a cabo una empresa dificultosa por mano de una joven sencilla e inexperta, cuya menor falta de ánimo habría de traer por resultado la publicación del secreto, la deshonra de su nombre y el castigo de Romeo. Por fin, después de pensarlo mucho, comprendió que triunfaba el deber de su conciencia y que era fuerza evitar a todo trance el adulterio de Julieta, desposada por él mismo. Firme, pues, en esta resolución, abrió su gabinete, tomó un frasco, y viniendo en busca de la joven, que yerta esperaba su sentencia de vida o muerte, la preguntó:

-¿Qué día es el señalado para la boda?

-El fijado para prestar mi consentimiento al matrimonio acordado por mi padre es el miércoles próximo; pero la celebración de los desposorios no debe verificarse hasta el dos de setiembre.

-¡Hija mía -dijo entonces el religioso-, levanta el espíritu; el Señor me ha abierto un camino para librar, tanto a ti como a Romeo, de la cautividad que les amenaza! Conocí a tu esposo en la cuna, he sido el depositario de sus más íntimos secretos, le amo cual si fuera mi hijo, y nunca permitirá mi corazón que sufra daño en lo que pueda intervenir mi experiencia. Siendo tú su esposa, debo amarte también y tomar empeño en sacarte del martirio y la angustia que te oprimen; así, pues, hija mía, entérate del secreto que voy ahora a descubrirte, y guárdate bien de revelarlo a persona alguna, porque tu vida depende de ello.

No debes ignorar, por lo que aquí se dice y por el renombre de que gozo en general, que he viajado por casi todos los puntos habitables del globo; durante veinte años consecutivos he mantenido el cuerpo en movimiento perenne, exponiéndolo en los desiertos a merced de las brutas fieras; en las ondas, al azar de los piratas; y así en la tierra como en el mar a mil otros peligros y contratiempos. Estas peregrinaciones, no te creas, no, que me han sido inútiles: aparte del increíble contento que han hecho sentir a mi espíritu, me han proporcionado otro particular provecho, del que, mediante la gracia de Dios, tendrás pruebas en breve. Es el de haber aprendido las propiedades secretas de las piedras, metales y otras cosas ocultas en las entrañas de la tierra, aprendizaje que me sirve de auxiliar (contra la común ley de los hombres) cuando la urgencia lo pide, y comprendo que no hay ofensa contra el cielo; pues estando, como estoy, al borde de la tumba, y debiendo dar pronto cuenta de mis actos, me cuido más de los juicios de Dios que cuando bullía en mi cuerpo la ardorosa sangre juvenil. Uno de los tantos frutos alcanzados consiste en la preparación de una pasta, ya probada, que hago de ciertos soporíferos, y la cual, reducida a polvo y tragada en un líquido, adormece de tal modo al que la toma, y paraliza sus sentidos y espíritus vitales tan altamente, que no hay médico, por excelente que sea, que dé por vivo al que se halla sometido a su influjo; siendo lo extraño del caso que no produce el más simple dolor y que el paciente, después de un sueño dulce, torna a su primitivo ser así que ha terminado la operación. Desecha, pues, todo femenino temor; ármate de brio, porque solo en la fuerza de tu alma estriba la salvación o la muerte. Escucha mis instrucciones. He aquí este frasco; guárdalo cual si fuera tu vida, y en la tarde, víspera de tus esponsales, o en la madrugada del mismo día, llénalo de agua y bebe su contenido. Un sopor agradable te invadirá en el acto, y extendiéndose insensiblemente por las partes todas de tu cuerpo, las dominará con tal vigor que quedarán inmóviles, sin visos de sensibilidad. En ese éxtasis permanecerás, por lo menos, cuarenta horas; sorprendidos los que te cerquen, juzgándote muerta, según la inveterada costumbre de la ciudad, te harán llevar al cementerio, que está cerca de la iglesia, y te colocarán en la tumba do reposan tus antepasados los Capuletos. En el intermedio, por persona de nuestra devoción se dará aviso en Mantua al señor Romeo, que no dejará de acudir aquí la noche subsecuente, y entre él y yo, abriendo el sepulcro, te sacaremos de él, y tu esposo, terminado el éxtasis, podrá llevarte consigo sin que lo recelen tus parientes, y guardarte a su lado hasta el instante feliz en que, lograda la armonía, todos reciban contento del caso.

Terminado el discurso de Fray Lorenzo, del que Julieta llena de atención no había perdido una sola frase, dio ésta entrada en su alma a una nueva alegría y contestó a aquél:

-Padre, no temáis que me falte valor al poner en práctica lo que me habéis ordenado; pues, aunque fuese una terrible droga, un veneno mortal lo que me dais, preferiría apurarlo a caer en las manos de quien no puede poseerme. A más de esto, es deber mío armarme de fortaleza y arriesgarme a todo, a fin de acercarme a la persona de quien depende completamente mi vida y toda la ventura que espero en la tierra.

-Anda, pues, hija mía, bajo la guarda de Dios, la repuso el buen padre. Yo le pido que sea tu guía y que te mantenga en la firmeza que muestras, durante la ejecución de tu obra.

Separada Julieta de Fray Lorenzo, se volvió cerca de las once al palacio de su familia, donde a la entrada se vio con su madre, que la aguardaba impaciente, para preguntarle si

continuaba en sus primeros errores; pero la joven, anticipándose a la pregunta y mostrando un semblante más alegre que de ordinario, la dijo:

-Señora, vengo de San Francisco, donde, si bien me he demorado más de lo conveniente, no ha sido sin fruto ni sin alcanzar, por conducto de nuestro padre espiritual, un gran reposo de conciencia. He hecho a éste una franca confesión de lo ocurrido, y el buen religioso me ha ganado tan bien con sus santas advertencias y dignas exhortaciones que, a persistir aún en mi repugnancia al matrimonio, me veríais dispuesta a obedeceros en todo lo que tuvierais a bien mandarme. En tal virtud, señora, os suplico que impetréis la gracia de mi padre y le digáis, si no os enoja, que, de acuerdo con sus prescripciones, me hallo dispuesta a reunirme en Villafranca con el conde Paris y a aceptarle allí, en presencia vuestra, por señor y esposo. En prueba de que lo siento así, me voy a mi alcoba a elegir el más precioso traje, para, presentándome en tal atavío, proporcionarle mayor contento.

Regocijada altamente la buena madre, y sin hallar palabras con que responder, se fue presurosa a buscar al señor Antonio, a quien contó punto por punto el buen sentir de su hija y el completo cambio que en ella había operado Fray Lorenzo. Oído esto por el anciano, se llenó de placer extremo y dijo bendiciendo a Dios:

-Amiga mía, no es éste el primer bien que hemos recibido de este santo varón y, de seguro, no existe un ciudadano en esta república que no le sea deudor de algo. ¡Así hubiera querido el Señor rebajarlo veinte años a costa de un tercio de mi vida; tanto me apesara su mucha vejez!

Incontinenti fue a ver el señor Antonio al conde Paris, a quien trató de persuadir que viniese a Villafranca; pero éste, no considerándolo oportuno, propuso por el pronto y como más conveniente hacer una visita a Julieta, lo cual se llevó a efecto. Advertida la madre, hizo prevenir a su hija, quien se mostró lo más complaciente posible y supo desplegar tales gracias, que su futuro, ya antes de partir, sintió cautivo el corazón, y no cesó de instar a los padres de su prometida por la pronta realización del matrimonio. Y así como este día se pasaron otros y otros más hasta la víspera de los desposorios, para los cuales se había preparado tan en grande la madre que nada faltaba de lo que pudiera dar lustre y realce a su casa. Villafranca, como ya lo hemos dicho, era un sitio de placer, a una o dos millas de Verona, donde el señor Antonio acostumbraba ir a solazarse, sitio en el que debía darse el convite de bodas, así que éstas se celebrasen en Verona.

Sintiendo Julieta que su hora se acercaba, fingía lo mejor que podía y, llegado el momento, dijo a su inseparable camarera:

-Mi excelente amiga, sabéis que hoy es la víspera de mi casamiento, y como deseo por esta causa pasar la mayor parte de la noche en oración, os suplico me dejéis sola y que mañana, sobre las seis, vengáis a ayudarme a vestir.

A lo que asintió sin dificultad la buena anciana, bien ajena de lo que trataba de hacer.

Sola en su estancia la joven, tomó agua de una vasija que estaba sobre la mesa, llenó el frasco que le había dado el religioso, y hecha la mistión, puso el todo sobre el travesero de

su cama. Acostándose enseguida, comenzaron a asaltarla nuevos pensamientos y a hacerla sentir tal recelo de muerte que, no pudiendo con su irresolución, se quejaba sin cesar, diciendo:

-Sí, soy la más desventurada e infeliz mujer que ha venido al mundo. Para mí no hay en la tierra sino desgracia, miseria y mortal angustia; pues el hado me ha reducido a tal extremidad que, para poner en, salvo mi honor y mi conciencia, necesito apurar aquí un brebaje cuya virtud desconozco. ¿Quién me asegura que estos polvos no operen con más presteza o retardo de lo preciso y que, descubierta por ello mi falta, no se me convierta en la fábula del pueblo? ¿Quién me responde de que las serpientes, de que otros venenosos reptiles, huéspedes cotidianos de los sepulcros y las mazmorras, no me ofendan, teniéndome por muerta? ¿Cómo soportar la fetidez de las pudriciones y osamentas de mis antepasados, a cuyo lado estaré? ¿Y si es que me despierto antes que Romeo y el padre vengan en mi auxilio?

Y así influida por estas ideas, fue tan adelante su imaginación que se la figuró ver el aspecto o fantasma de su primo Tybal, herido y chorreando sangre, pronosticándole que iba a ser enterrada viva en medio de cadáveres y descarnados huesos. Su cuerpo delicado comenzó entonces a estremecerse, sus blondos cabellos a erizarse, y presa del miedo, empapada en copioso sudor, se contempló ya entre infinitos muertos, que la daban tirones por do quiera, desgarrándole las carnes. En tal aberración de espíritu, sintiendo que las fuerzas la abandonaban poco a poco y que por exceso de debilidad iba a fallar en su empresa, como furiosa y arrebatada, conteniendo la mente, apuró el líquido del pomo y, cruzados los brazos, se dejó caer sobre el lecho.

Un instante después el éxtasis la invadió completamente.

Llegada la hora, su camarera, que la había encerrado bajo llave, abrió la puerta y, creyendo despertarla, comenzó a decirla en voz alta: «Señorita, señorita, basta de sueño; el conde Paris vendrá a levantaros». Pero la pobre mujer gritaba en balde; pues, aunque los más horribles y tempestuosos ruidos del mundo hubieran sonado en los oídos de la joven, sus espíritus vitales se hallaban de tal modo adormecidos, que no la hubieran hecho incorporar.

Sorprendida la infeliz anciana, comenzó a tocarla, notando que estaba fría como el mármol; luego, percibiendo que no respiraba, le vino a la mente que se encontraba muerta. Fuera entonces de sí, corrió en busca de la madre, la cual, frenética; como un tigre que ha perdido sus cachorros, se precipitó en el cuarto de su hija y al verla en tan lastimoso estado, juzgándola sin vida, prorrumpió de este modo:

-¡Ah! Muerte cruel, que has puesto fin a toda mi alegría y felicidad, acaba de cebar tus iras, a fin de que no se aumente mi martirio viviendo en tristeza el resto de mis días.

Dicho esto, se puso a gemir de tal modo que parecía iba a deshacerse el corazón, y en fuerza de sus clamores, el padre, el conde y gran número de señores y damas que habían llegado para honrar la fiesta se enteraron del caso y movieron semejante duelo que, a ver sus semblantes, hubiera creído cualquiera que era el día del Juicio Final. El señor Antonio,

sobre todos, sentía tan oprimida el alma que le faltaban llanto y voz, y no sabiendo qué hacer, mandó por los más expertos doctores de la ciudad, los cuales, enterados del pasado de la joven, declararon unánimemente que había muerto de melancolía. Si hubo, pues, en algún tiempo mañana triste, lamentable, desgraciada y fatal, ninguna ciertamente lo fue tan en alto grado como la que se publicó en Verona la muerte de Julieta; tan sentida fue de grandes y chicos que, en vista de la común lamentación, se hubiera creído, y no sin fundamento, que estaba en peligro la república.

Y causa había para ello, porque la joven, además de su esplendente belleza y de las muchas virtudes de que la había dotado naturaleza, era tan dulce, prudente y modesta que reinaba en los corazones de todos.

En tanto que estas cosas se pasaban, Fray Lorenzo había despachado diligentemente un buen religioso de su convento, llamado Fray Anselmo, con una expresa carta para Romeo, en la cual, después de referirle cuanto había tenido lugar entre él y Julieta, le hablaba de la virtud del brebaje y le recomendaba venir la noche próxima, en que debía terminar la operación de aquél, para que recogiese a su esposa y al abrigo de un disfraz la llevase a Mantua, conservándola a su lado hasta que ocurriese un cambio de fortuna.

Diose prisa el monje, y llegó en breve a su destino; mas como es costumbre de Italia que los franciscos se acompañen de un hermano de su orden para andar por la ciudad, el de que hablamos se fue a buscarlo a su convento, encontrándose con que no podía salir después de haber entrado, en razón de que pocos días antes había muerto un religioso, de peste según se decía, y los diputados de la sanidad habían prevenido al guardián de los Franciscos que no permitiese a ninguno de éstos comunicarse con las personas de fuera en tanto que los señores de justicia no diesen permiso. Causa fue esto de un gran mal, como después veréis; pues el portador de la carta, que ignoraba el contenido de ella, no pudiendo entregarla personalmente, prefirió aguardar al día siguiente para hacerlo.

Esto acontecía en Mantua, mientras en Verona tenían lugar los funerales de Julieta. De acuerdo con la antigua usanza del país, que da abrigo en un propio sepulcro a los parientes más cercanos, la joven fue llevada al común panteón de los Capuletos, erigido en un cementerio inmediato a la iglesia de los Franciscos, el mismo en que Tybal reposaba.

Terminados en toda forma los fúnebres obsequios, se retiraron los concurrentes, siendo uno de tantos Pedro, servidor de Romeo, el que, como ya antes dijimos, había sido enviado de Mantua a Verona para servir a Fray Lorenzo y comunicar a su amo cuanto pasara en su ausencia. Habiendo, pues, este fiel criado visto poner en la fosa a Julieta, y creyéndola muerta a ejemplo de los demás, tomó la posta en el acto y se presentó en casa de su señor, a quien dijo, todo deshecho en lágrimas:

-Amo mío, os ha sucedido un tan extraordinario accidente que, si no os armáis de fortaleza, me temo ser el ministro de vuestra muerte. Sí, señor, sabedlo; desde ayer mañana, salida del mundo, reposa en paz la señorita Julieta. Yo la he visto enterrar en el cementerio de San Francisco.

Al oír tan triste nueva, no conoció límites el dolor de Romeo, pues tal parecía que iba a abandonarle la vida. Su acendrado amor, tomando creces en tal extremidad, le sugirió de pronto la idea de que muriendo él junto a su amada, no sólo alcanzaría más glorioso fin, sino que aquella (a tal punto llegaba su delirio) se mostraría más complacida. Firme en esto, después de haberse enjugado el rostro para extinguir las huellas de su pesar, se salió de casa, prohibiendo seguirle a su criado, y se puso a recorrer los barrios de la población en busca de remedios para su mal. Y habiéndole, entre otras, llamado la atención la tienda de un boticario, por lo mal provista de pomos y otros adherentes del oficio, pensando entre sí que la suma pobreza del dueño le haría prestarse a lo que proyectaba, le llamó aparte y le dijo en secreto:

-Maestro, he aquí cincuenta ducados: dadme por ellos un tósigo violento, que mate al que lo tome en un cuarto de hora.

Vencido por la avaricia, el desgraciado le acordó lo que pedía y; fingiendo preparar ante los que se hallaban presentes una droga ordinaria, compuso el veneno y dijo por lo bajo al comprador:

-Os doy más de lo que necesitáis, pues sólo la mitad de la poción haría morir en una hora al hombre más robusto del mundo.

Recibido el veneno, fuese Romeo a su casa, y habiendo manifestado a su servidor que pensaba partir inmediatamente para Verona, le mandó hacer provisión de velas, yesqueros e instrumentos propios para abrir el sepulcro de Julieta, recomendando especialmente que fuese a esperarle al cementerio de San Francisco, sin hablar a nadie de su desgracia, bajo pena de la vida. Obedeció Pedro religiosamente y anduvo tan listo que llegó en breve al sitio designado y tuvo tiempo de prepararlo todo.

Romeo, por su parte, abrumada el alma de mortales pensamientos, se hizo traer tinta y papel, y después de consignar sucintamente por escrito la historia de sus amores, los detalles de su matrimonio, los auxilios prestados por Fray Lorenzo, la compra del veneno, hasta su futura muerte, y de cerrar, sellar y poner sobre las cartas la dirección de su padre, encerró el todo en la bolsa, montó a caballo y llegó en breve, a través de las densas tinieblas de la noche, a la ciudad de Verona, a tiempo suficiente para reunirse con su criado, que ya le esperaba en San Francisco provisto de linternas y los demás utensilios recomendados.

-Pedro -dijo Romeo a su servidor-, ayúdame a abrir este sepulcro, y así que lo esté, bajo pena de muerte, ni te acerques a mí ni pongas estorbo a lo que quiero ejecutar. Toma esta carta, haz que mi padre la reciba al levantarse, pues quizás le sea más agradable de lo que imaginas.

No acertando a comprender el criado la intención de su amo, se mantuvo a la distancia necesaria para observarle. Ya abierto el sepulcro, bajó Romeo dos escalones, alumbrándose él mismo, y después de contemplar dolorosamente el cuerpo de la que era el órgano de su vida, de estrecharle mil veces contra sí, de cubrirlo de lágrimas y besos, sin poder apartar de él un instante la vista, puso las temblorosas manos sobre el frío estómago de Julieta,

pasolas por sus yertos miembros y, no hallando el menor síntoma de vida, sacó de su bolsa el veneno y, habiéndolo apurado casi todo, exclamó:

-¡Oh Julieta! Mujer que el mundo no merecía, ¿cuál más grata muerte pudiera elegir mi corazón que la que sufre a tu lado? ¿Cuál más glorioso sepulcro que tu propia tumba? ¿Cuál más digno, más sublime epitafio para conservar la memoria de lo presente que este mutuo, lastimoso sacrificio de nuestras vidas?

Y así afanado en su pena, palpitándole el corazón por la violencia del tósigo que le acababa, errantes los ojos, descubrió a Tybal, que aún no corrupto yacía cerca de Julieta, y hablándole cual si estuviera vivo, le dijo:

-Primo Tybal, sea cualquiera el sitio en que estés, imploro ahora tu perdón por haberte privado de la vida. Si estás sediento de venganza, ¿qué otra más grande o cruel satisfacción pudieras esperar que ver al que mal te ha hecho envenenado por su mano propia y sepulto contigo?

Expresado así su pensamiento, sintiéndose desfallecer poco a poco, se puso de rodillas y, con voz casi extinta, murmuró:

-¡Señor Dios, que para redimarnos bajaste del trono de tu Padre y te encarnaste en el vientre de la Virgen, yo te pido que tengas compasión de esta pobre alma afligida, pues hartamente conozco que el cuerpo es tierra únicamente!

Y, presa de un dolor terrible, se dejó caer con tal ímpetu sobre el cuerpo de Julieta que el ya extenuado corazón, incapaz de resistir ese violento y último esfuerzo, le flaqueó de una vez, haciendo volar el alma.

Fray Lorenzo, conocedor del período fijo en que debía efectuarse la operación de su narcótico, sorprendido de no tener respuesta a la carta enviada a Romeo por el hermano Anselmo, salió de San Francisco y, con instrumentos a propósito, se dirigió a abrir la tumba de Julieta. La claridad que en ésta brillaba despertó, empero, su terror, detúvose instintivamente, y entonces, presentándosele Pedro, le aseguró que su amo se hallaba en el sepulcro y que no había cesado de lamentarse en dos horas. Recelosos, ambos penetraron en el panteón y, encontrando sin vida a Romeo, se entregaron a tan profundo duelo cual pueden sólo comprender los que han sentido verdadera amistad por alguno.

En tanto que esto hacían, terminó el éxtasis de Julieta, y vuelta en sí, dudosa por el esplendor que la rodeaba de si era sueño o sombra lo que miraba, reconoció a Fray Lorenzo, y le dijo:

-Padre, ruégoo en nombre de Dios que me habléis, pues no sé lo que me pasa.

Temiendo el monje verse sorprendido en el cementerio si prolongaba en él su estancia, no ocultó nada a la joven y la hizo un fiel relato de todo. Contó cómo había mandado a Mantua al hermano Anselmo, con una carta para Romeo; cómo éste la había dejado sin respuesta, y cómo, al venir él a libertarla, se había dado con su muerto esposo en la propia tumba. Mostrándoselo entonces, la exhortó a sufrir con paciencia el infortunio acaecido, prometiéndola, si era de su agrado, conducirla a un privado convento de monjas, donde quizás alcanzaría con el tiempo moderar su pena y dar reposo a su alma. Pero nada de esto último oyó Julieta: fuera de sí al distinguir el cadáver de su bien querido, hecha un torrente de lágrimas, sin poder casi respirar en fuerza del inmenso dolor que la oprimía, se arrojó sobre aquél y,teniéndole abrazado, parecía querer reanimarle con su aliento y sus sollozos. Por fin, después de haberle besado y rebesado un millón de veces, exclamó:

-¡Ah! Dulce reposo de mis pensamientos y de todos los placeres que he sentido, al fijar aquí tu cementerio entre los brazos de tu fiel amante, al concluir por su causa la existencia en la flor de tus años y cuando el vivir debía serte caro y deleitoso, ¿no dudó un ápice tu corazón? ¿Cómo pudo afrontar ese tierno cuerpo la imagen de la muerte? ¿Cómo permitir tu juventud que te confinases en este lugar inmundo y fétido, para servir de pasto a viles gusanos? ¡Ay, ay! ¿qué necesidad había al presente de que se renovasen en mí estos dolores, que el tiempo y la resignación debían extinguir y sepultar! ¡Ah!, ¡cuán ruin y miserable soy! ¡Ansiosa de poner fin a mis males, agucé el cuchillo causante, sí, de la cruel herida que en homenaje se me ha ofrecido! ¡Dichosa, desgraciada tumba! ¡Tú testificarás a los siglos futuros la extrema unión de los dos más infelices amantes que han existido! ¡Recibe hoy los últimos suspiros y accesos del más cruel de todos los crueles agentes de ira y de muerte!

En tal actitud se hallaba de continuar sus quejumbres, cuando vino Pedro a advertir a Fray Lorenzo que se oía ruido cerca del murallón; siendo esto causa de que uno y otro se alejaran. Viéndose entonces Julieta sola y en plena libertad, se abalanzó de nuevo sobre el cuerpo de Romeo, lo cubrió otra vez de besos, cual si ninguna otra idea que la pasión imperara en su mente, y habiendo tirado la daga que aquél llevaba al cinto, se dio de puñaladas en el corazón, exclamando lastimeramente:

-¡Ah! Muerte, fin del infortunio y principio de la felicidad, sé bien venida. No temas herirme en este instante; no prolongues mi vida un segundo si no quieres que mi espíritu se afane en buscar el de mi adorado entre éstos que ahí yacen. Y tú, mi dueño querido, Romeo, mi leal esposo, si es que aún sientes lo que digo, recibe a la que has amado fielmente y ha sido causa de tu fin violento. ¡Yo te ofrezco gustosa mi alma para que nadie goce después de ti del amor que supiste conquistar, y para que ella y la tuya, fuera de este mundo, vivan juntas por siempre en la mansión de la eterna inmortalidad!

Y esto dicho, rindió el último suspiro.

A tiempo que estas cosas se sucedían, pasaban por los contornos del cementerio los guardias de la ciudad, y notando el resplandor que despedía el panteón de los Capuletos, temerosos de que algunos nigromantes le hubiesen abierto para usos de su arte, penetraron en él y se hallaron abrazados a los dos amantes, cual si aún diesen testimonio de vida. Pronto, empero, se convencieron de la evidencia; pusieronse a inquirir y, en su afán de

sorprender a los que juzgaban autores del hecho, dieron tantas vueltas que, detrás de un banco de coro, hallaron al fin al buen Fray Lorenzo y a Pedro, servidor del difunto Romeo, a los cuales redujeron inmediatamente a prisión, dando parte de lo sucedido al señor de la Escala y a los magistrados de Verona.

Publicado el caso en la población, no hubo alma viviente que no abandonase su techo para contemplar el lastimero cuadro de que hablamos. Los magistrados, por su parte, queriendo que todos tuviesen conocimiento de la indagación y que nadie pudiera alegar ignorancia en lo futuro, dispusieron que los dos cadáveres, en la misma disposición en que fueron vistos, se colocasen en un tablado público, y que Pedro y el buen religioso vinieran allí a producir sus descargos. Presente en él Fray Lorenzo, luciendo su blanca barba, toda llena de gruesas lágrimas, mandáronle los jueces que declarase el nombre de los homicidas; pues que a indebida hora, armado de herramientas, había sido sorprendido junto al sepulcro. Y el venerable hermano, hombre ingenuo y franco de palabra, sin aparecer inmutarse por la acusación que se le hacía, dijo con voz segura:

-Señores, no hay uno entre todos vosotros que, si piensa en mi pasada vida, en mi anciana edad y en el triste papel que me hace hoy representar mi desgraciada suerte, no se admire grandemente de la inesperada mutación que contempla; pues que en setenta o setenta y dos años que llevo en la tierra experimentando las vanidades del mundo, jamás antes de ahora he sido acusado, ni menos convencido de falta alguna que me haya hecho enrojecer, no obstante creerme ante Dios el más grande y abominable pecador de la grey. Raro es, por tanto, que sea, ya tocando a mi fin, cuando los gusanos, el polvo y la muerte me llaman sin cesar a comparecer ante la justicia del cielo, cuando haya venido a labrar el desprestigio de mi vida y de mi honor. Quizás son estas gruesas lágrimas que corren en abundancia por mi faz las que han hecho germinar en vuestros corazones esta siniestra opinión de mí; pero olvidáis que Jesucristo, movido de piedad y compasión humana, también lloró, y que el llanto es a menudo fiel pronóstico de la inocencia de los hombres. Quizás, y es lo más creíble, son la hora sospechosa y los hierros hallados los que me acusan como autor del crimen; pero no reflexionáis que el Señor hizo iguales las horas, que, al mostrarnos ser doce en el día, nos ha hecho ver que no hay excepción de minutos, que en todo tiempo se ejecuta el mal y el bien, y que sólo de su divina asistencia o su abandono estriba el bien o mal obrar de la persona. Por lo que atañe a los hierros, no es necesario deciros para qué uso se crearon primero, ni menos que ofenden por la maligna voluntad del que los usa. Comprenderéis, en vista de esto, que ni lágrimas, hierros ni horas pueden hacerme delincuente ni volverme otro distinto de lo que soy, y sí sólo el testimonio de mi propia conciencia, que, en caso de ser culpable, me serviría de acusador, testigo y verdugo. Gracias a Dios, no siento ningún gusano que me coma, ningún remordimiento que me labre por lo que hace al hecho que os tiene consternados. Y a fin de tranquilizar vuestros espíritus y extinguir los escrúpulos que pudieran quedaros, sin omitir lo más mínimo, lo juro por mi salvación, voy a referiros la historia de esta lastimosa tragedia.

Y dando a ello principio el buen padre, les explicó el origen de los amores de Romeo y Julieta, el tiempo que habían durado y las mutuas promesas que se empeñaron los amantes, todo sin que él tuviera el menor conocimiento. Contoles cómo aquéllos, agujoneados por su pasión, vinieron a confesarle sus cuitas y a pedirle que solemnizase ante la Iglesia el matrimonio que de alma habían contraído, so pena de ofender a Dios y obligarles a vivir en

concubinato. Cómo, temeroso de esto, teniendo en cuenta la igualdad de su riqueza, alcurnia y posición y en la esperanza de alcanzar un día la reconciliación de las dos casas enemigas, juzgando a Dios propicio, dio a los amantes la bendición nupcial. Haciendo luego mención de la muerte de Tybal y del castigo y marcha de Romeo, trayendo a capítulo lo del matrimonio proyectado con el conde Paris, refirió la venida de Julieta a San Francisco y el cómo, prosternada a sus pies, llena de indignación, le había ésta jurado poner fin a sus días si no le daba auxilio y consejo; agregando el religioso que, si bien se hallaba resuelto (a causa de una aprensión de vejez y de muerte) a dar al olvido todo el misterioso aprendizaje que le había ocupado en su juventud, movido de compasión y por temor de que Julieta ejerciese alguna crueldad contra sí misma, acallando su conciencia y prefiriendo dañar en algo su alma a consentir que la joven, en perjuicio de la suya, maltratase su cuerpo, se había decidido a emplear sus conocimientos y a darla un narcótico que la hiciese pasar por muerta. Hecha esta declaratoria, contó el monje el envío de la letra por conducto de Fray Anselmo, su asombro en no recibir la esperada respuesta, el inexplicable hallazgo de Romeo, ya sin vida, en el panteón de los Capuletos, la muerte, en fin, que se había dado la propia Julieta con la daga de su amante, sin que a él le fuese posible salvarla por la imprevista aparición de los guardas.

Y terminada así su relación, pidió Fray Lorenzo al señor de Verona y a los jueces, no sólo que enviasen a Mantua para inquirir sobre el retraso de Anselmo y el tenor de su misiva, sino que se hiciera declarar a la criada de Julieta y a Pedro, el servidor de su marido.

Éste, que se hallaba allí presente, sin aguardar otra orden, dijo al punto a los jueces:

-Señores, al entrar mi amo en el sepulcro me dio este paquete (escrito, a lo que pienso, de su mano), con prevención de entregarlo a su padre.

Abriose el rollo y se vio que contenía la completa historia del suceso; hasta el nombre del boticario que había vendido el veneno, el precio de la droga y la ocasión en que se había usado. Todo quedó tan bien comprendido, tan fuera de duda que, para ver el caso idéntico, sólo hacía falta una cosa, haber estado presente.

En razón de lo cual, el señor Bartolomé de la Escala (que en esa fecha mandaba en Verona), después de haberse asesorado con los jueces, dispuso que la asistenta de Julieta, por haber ocultado a sus amos el matrimonio clandestino de aquélla y quitar la ocasión de un bien, fuese desterrada; y que Pedro, en consecuencia de haber sólo obedecido a su señor, fuese puesto en libertad. El boticario, preso, sometido a tormento y declarado convicto, sufrió la horca. El buen Padre Lorenzo, en atención a los antiguos servicios que había hecho a la república de Verona y al justo renombre de su vida, fue dejado en paz, sin nota alguna de infamia; pero él, de propia voluntad, se encerró en una pequeña ermita, a dos millas de la población, donde aún vivió cinco o seis años, haciendo ruegos y oraciones continuas. Por lo que hace a los Montescos y Capuletos, derramaron tantas lágrimas a consecuencia de este desgraciado accidente que, desahogada con ellas su cólera, vinieron al fin a reconciliarse, alcanzando así la piedad lo que nunca pudo la prudencia ni el consejo.

Y para inmortalizar la memoria de esta firme conciliación, ordenó el señor de Verona que los cuerpos de los dos infelices amantes fuesen colocados juntos en el sepulcro que les vio morir, erigido en columna de mármol y cubierto de inscripciones. Así, pues, entre las raras excelencias que se muestran en la ciudad de Verona, ninguna tan célebre existe como el monumento de Romeo y Julieta.

FIN

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo